E. M. FORSTER

LA COLINA DE DEVI

(Cartas de la India)

TERRA INCOGNITA

"La colina de Devi" es el relato que hizo E.M. Forster de dos viajes que realizó al estado indio de Dewas Senior en 1912 y 1921, como secretario particular del Maharajá de Dewas Senior. Consiste en su mayor parte en cartas escritas a su madre, así como a otros parientes y amigos junto con pasajes narrativos en los que comenta sus experiencias en la India. La colina de Devi transmite toda la emoción, la diversión y la curiosidad que suscitaron en Forster sus experiencias personales. El autor consideró su estancia en la India como "la gran oportunidad" de su vida, y empleó más tarde buena parte del material que aparece en este libro para su novela más famosa, "Pasaje a la India".

E. M. FOSTER

LA COLINA DE DEVI

(Cartas desde la India)

TIERRA INCÓGNITA

Primera edición: 1990
Segunda edición: 2001

Título original: *The hill of Devi.*

Traducción de Jordi Quingles © 1953, E.M. Forster © 2001, para la presente edición, José J. de Olañeta, Editor Apartado 296 — 07080 Palma de Mallorca ISBN: 84-7651-963-X
Depósito Legal: B-5.140-2001

Impreso en Liberduplex, S.L. — Barcelona *Printed in Spain*

A
MALCOLM

PREFACIO

Este libro ha surgido en torno a dos viajes que realicé al estado indio de Dewas Senior. El primero fue en 1912-13, el segundo en 1921. Las cartas que escribí a mis familiares en aquellas ocasiones tan lejanas no merecían, por sí solas, ser publicadas; pero se da la circunstancia de que el conocimiento que poseo de Dewas es dilatado, pues estuve más o menos al corriente de sus avatares durante un período de más de treinta años.

Las cartas de 1912-13 se reproducen aquí sin introducción con la esperanza de que el lector comparta mi aturdimiento y mi deleite al sumergirme de repente en un mundo desconocido y conocer a un personaje desconocido y posiblemente inconocible. Van seguidas de un ensayo explicativo, titulado "El Estado y su Soberano". Viene a continuación la parte principal, las cartas de 1921, escritas cuando yo era el Secretario particular del Soberano, acompañadas de un comentario. Luego viene la catástrofe[1].

La mayoría de mis cartas iban dirigidas a mi madre y otros familiares. Desgraciadamente, no por este motivo son, en modo alguno, mejores. Escribía a personas por quienes sentía afecto y a las que me proponía divertir, lo que tenía por efecto que mi tono fuera demasiado festivo y conciliatorio, y yo, demasiado propenso a convertir cuestiones lejanas y raras en bromas de barrio. Al prepararlas para la edición he tenido que eliminar un buen número de "¡ojalá estuvierais todos aquí!" o de

"¡qué raros son los indios!" Yo no creía realmente que los indios fueran raros, y mi más profundo deseo era estar a solas con ellos. Las "cartas divertidas a la familia" han tenido siempre, desde las de Miss Eden[2]*, sus inconvenientes. Con la idea de ser originales, pueden renunciar a la dignidad y la hondura. Espero que la excelencia de Dewas Senior, así como su rareza y singularidad, se transparenten de vez en cuando. Fue la gran oportunidad de mi vida.*

Me dio a conocer el lugar Malcolm Darling (ahora Sir M.L. Darling, K.C.I.E.[3]*) y él fue quien me tuvo al corriente de lo que ocurría allí. A él se lo debo todo y es a él a quien dedico este testimonio de una civilización desaparecida. Algunos se alegrarán de que haya desaparecido, otros pensarán que algo precioso ha sido arrojado entre el desecho, algo que podía ser conservado.*

Como trato de sucesos pasados, mi léxico es a menudo anticuado. Así, por ejemplo, llamo a los ingleses "angloindios". Y en todo momento empleo la palabra "India" en su sentido antiguo, que para mí es el verdadero, y que designaba a todo el Subcontinente. Por mucho que yo simpatice con el actual gobierno de Nueva Delhi, celebraría que no hubiese escogido la palabra "India" para designar su territorio: los políticos son demasiado propensos a apropiarse indebidamente del pasado.

Junto al reconocimiento de mi deuda hacia Sir Malcolm Darling, quisiera dar las gracias a Mrs. F.E. Barger, Mr. Arthur Cole, Mr. M.V. Desai, Mr. Ian Stephens y Madame van Biervliet por la ayuda, que me han prestado de distintos modos.

Cambridge, 1953

Cartas de 1912-13

Cartas de 1912-13

Casa de Huéspedes
Dewas Senior
Día de Navidad, 1912

Por fin estoy en Dewas. Me encontraba anteayer en el club de Indore, con el Mayor Luard, quien dijo mi nombre en voz alta, cuando, de un salto, se levantó un joven indio, menudo y vivo, y me estrechó fuertemente la mano con ambas manos. Era el rajá de Dewas. Me había mandado ya un gentil telegrama diciendo que me esperaba. También entendí que iba a mandarme un coche a la mañana siguiente. Pero el coche no llegó, y los Luard, muy amables y nada sorprendidos, consiguieron el automóvil del Maharajá de Indore. Con Baldeo[4] y el equipaje apretujados detrás, salimos zumbando hacia Dewas con todo confort: son 23 millas. Aquí encontré a los Goodall, a la señora Darling e hijo, y a otro hombre; Malcolm Darling ha llegado esta mañana. El rajá está fuera hasta mañana, pero el Dewan (Primer Ministro) salió a recibirnos y fue muy amable. Por la tarde fuimos al Club de Tenis —todo indios— y volvimos en coche atravesando la pequeña y cuidada ciudad. La Casa de Huéspedes está situada a la orilla de un lago en el que mi ropa está siendo lavada y Baldeo tomándose un baño. Estoy en una tienda —¡imagínate, por Navidad!—, una tienda excelente con pasillo en torno de la habitación central y muchas puertas. El jardín, por natural tan hermoso, está engalanado con unos horribles gallardetes, un arco de triunfo de color carmesí que lleva “Damos la bienvenida a nuestros huéspedes de Navidades”, y muchos banderines de George y Mary[5]. Estaremos aquí sólo hasta el uno de enero, me temo. Dewas no es bonito, pero está dominado por una colina sagrada, cubierta de templos, que hace interesante el paisaje.

A las siete tomé tostadas con té, que me trajo B. a la tienda; le di dos rupias como me habían aconsejado, diciendo: “bara din ke waste” = “con motivo de este gran día”, para indicar que

se trataba de un aguinaldo. Respondió: “Bahut achha”, “Muy bien”, y se despidió con una reverencia. Parece no existir ninguna palabra india para decir “Gracias”. Luego, llegó una comitiva de palacio. La conducía un hombre que portaba un palo con banderolas, y detrás de él iban catorce criados llevando cada uno de ellos un gran plato de metal cubierto con un paño bordado. Dos platos para cada uno de nosotros. Uno de ellos estaba dividido en cuatro sectores, llenos, respectivamente, de azúcar cande, cacahuetes, pistachos y pasas de Esmirna; el otro contenía frutas y verduras. Los catorce platos fueron depositados en la galería con reverencias, mientras el Dewan sonreía afablemente. A continuación desayunamos, y él se sentó a cierta distancia de la mesa: el rajá, cuando venga, tomará las comidas con nosotros, y comerá de lo que sea excepto carne de vaca. Sus costumbres varían muchísimo. Nos aguarda diversión. Goodall y su esposa han de volver a casarse al estilo indio y montar a lomos de un elefante; luego, un banquete del país. Otro día habrá actores.

Malcolm ha venido directamente desde Delhi, y no ha hecho más que hablar del atentado con bomba. No necesito entrar en detalles, pues ya habréis conocido demasiados por los periódicos. Él piensa que es una lástima que Lord Hardinge, viendo que su herida era leve, no fuera del hospital al Durbar[6], pues esto habría causado una gran impresión y habría evitado que la facción sediciosa dijera que el Virrey no había llegado nunca a Delhi. Me imagino que tenía los nervios demasiado destrozados, aunque no estuviera herido. Es un feo asunto, no sólo en sí mismo, sino también porque reforzará el bando reaccionario. M. dice que después de que llegara la noticia, algunos ingleses —entre los que había funcionarios de alto rango— hubieran querido ver cómo se ordenaba a los soldados británicos que dispararan sobre la multitud, y parecían lamentar realmente que el Virrey no resultara muerto, pues entonces habría existido una excusa mejor para hacer una cosa así. Malcolm estaba en la comitiva del Panjab, que iba delante de la del Virrey, y se enteró de la noticia en el camino. Conozco el Chandni Chauk: las habitaciones del Dr. Ansari estaban en la parte alta. Los mahometanos están aterrados, pues Delhi es su ciudad, y la bomba fue arrojada probablemente por algún hindú, indignado por el traslado de capital de Calcuta a Delhi. No había policías cerca, pero ellos no tienen la culpa, pues a Hardinge no le gustan y les había dado

contraorden.

Fue apropiado que yo viera por primera vez al príncipe de Dewas en un momento de crisis. Cuando se levantó de un salto en aquel club de Indore para darme la bienvenida, se encontraba redactando un enorme telegrama de condolencia, parabién e indignación, dirigido al Virrey, por el asunto del atentado de Delhi. En la que fue, casi, la última ocasión en que le vi —nueve años después—, él estaba redactando nuevamente un enorme telegrama. Y la última vez, casi, que supe de él —veinticinco años después—, había estado redactando un enorme telegrama, y de nuevo dirigido a un Virrey.

En mi carta siguiente, dejo constancia de mi primera impresión de su principado.

26 de diciembre

Aun cuando soy poco ducho en cuestiones políticas, en rigor debo informarte un poco acerca de este pequeño y sorprendente estado, que no tiene paralelo, salvo en alguna ópera de Gilbert & Sullivan[7]. En el siglo XVIII, el entonces rajá, por cariño hacia su hermano, le dio a éste participación en el gobierno, y sus descendientes hicieron extensiva esta merced a los descendientes del hermano. Cuando llegaron los ingleses (a principios del siglo XIX), parece que éstos no comprendieron bien cuál era la situación y supusieron que había dos soberanos independientes en la misma ciudad. Y confirmaron a ambos, resultando de ello que ahora hay dos dinastías, y sus territorios respectivos están esparcidos y entremezclados. Cada uno de los rajás tiene su propia corte, su propio ejército, su propia planta de agua potable, su propio club de tenis y su propio palacio, frente a cada uno de los cuales toca piezas distintas una banda distinta cada tarde a la misma hora. Verdad es que Devi (la montaña santa que domina como una acrópolis la fraccionada ciudad) ha sido finalmente dividida entre los dos, a fin de que cada uno pueda acceder a su propio

santuario sin pisar la senda del otro. Y también es cierto que han llegado a un acuerdo a propósito del asta de bandera que hay en la cima, según el cual ésta les corresponde a los dos, la parte superior a uno, la inferior al otro, y cuando la bandera ondea a media asta no es de ninguno de los dos.

Nuestro anfitrión —Raja de Dewas, Rama Primaria[8], es su título— fue pupilo de Darling hace cinco años, y ambos sienten un afecto recíproco. Le vi sólo un momento, pero me pareció un joven muy agradable y muy capaz. Al "Rama Secundaria", que es más viejo y menos capaz, no le vemos nunca. Estoy adquiriendo la costumbre de levantarme temprano —¡ojalá dure!—, y esta mañana estaba ya levantado para ver salir el sol por entre las palmeras y a las grullas salir hacia el lago a buscarse el desayuno. El aire era muy agradable, y sólo se oían unos pequeños tambores que estaban siendo tocados en los templos. Devi tomó una coloración pardo rosada y al cabo de poco la luz alcanzó el llano, dorando indistintamente la cochera para automóviles de la Rama Secundaria y los elefantes de la Primaria. Pronto habremos de montar a lomos de uno de estos elefantes, entre los aplausos de las masas (apropiadas), el cual nos ha de transportar a un banquete indio, con guirnaldas y parlamentos y qué sé yo. Otro día hemos de ver representaciones de teatro autóctono, pero, como estoy impaciente por echar esta carta antes de la recogida del correo, escribo cuando aún no han tenido lugar estos actos. El rajá está fuera por el momento, asistiendo a un congreso *maratha*. Espero que regrese esta noche, pues luego, tan pronto como los sacerdotes lo hayan purificado del ferrocarril, pasará todo el tiempo con nosotros.

1 de enero [1913]

Muchos deleites, que hago con dificultad un momento para describírtelos. Enguirnaldado con jazmines y rosas, espero el coche que nos ha de llevar al Teatro Indio, levantado para la temporada de Navidad delante del Palacio Viejo. Pero vayamos por partes.

El 29 de diciembre, el rajá ofreció un banquete indio a los recién casados. He olvidado tanto la hora en que debía celebrarse como aquélla en que se celebró realmente. Como de costumbre, éstas discrepan considerablemente, pero, en cualquier caso, a la caída de la noche, el jardín y el camino que

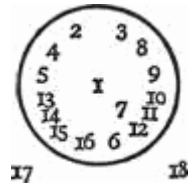
hay junto a la Casa de Huéspedes se llenaron de soldados, policías, caballos, niños, portahachones y un elefante de lo más vistoso. (Hay dos elefantes del estado, pero el otro no se encontraba muy bien.) Goodall tenía que llevar atuendo indio, y yo me retiré a mi tienda para ponerme mi ropa de etiqueta inglesa. Baldeo, muy entusiasmado por la pompa que nos rodeaba, estaba intentando sacar el máximo partido de mi sencillo vestuario y me ayudaba a recortar con las tijeras los puños de mi camisa allí donde estaban raídos, cuando oímos un grito de: "¿Puedo entrar?" y entra el rajá, trayendo vestimenta india también para mí. Le acompañaba un *sirdar* (cortesano)[9], un muchacho muy agradable[10], y entre los dos ayudaron a Baldeo a desvestirme y volverme a vestir. Fue una escena muy divertida. Al principio nada me caía bien, pero el rajá mandó traer otros vestidos, quitados de las espaldas de otras personas, hasta que encontramos los que me iban bien. Deja que te describa cómo iba vestido. Zapatos..., bueno, éstos no cuentan, pues me los tuve que quitar una vez llegado al palacio. Llevaba las piernas enfundadas en pantalones de montar[11] de muselina blanca. Colgando por fuera llevaba la camisa blanca del joven *sirdar*, pero quedaba oculta por un chaleco de color de helado italiano: rojo, blanco y verde; y éste quedaba casi oculto por la prenda principal, una suntuosa chaqueta de seda, color burdeos, guarnecida de oro. No llegué a enterarme de quién era su propietario. Me llegaba por debajo de las rodillas, se me ajustaba muy bien en torno a las muñecas y me iba ceñida al cuerpo. Ladeado sobre un oído, llevaba un turbante *maratba* de color escarlata y oro; no debe confundirse con el turbante corriente; es una cosa confeccionada, más bien como un sombrero de tres picos. Y esto no era todo. En la mano izquierda llevaba un echarpe de seda color naranja con los extremos dorados. Y antes de que terminara la velada, una señal carmesí tan grande como una hogaza de pan me fue estampada en la frente, significando que yo era de la secta sivaíta. Mientras, los demás también habían sido sorprendidos con trajes indios. Malcolm tenía muy buena pinta, de rosa y con una espada, y el otro hombre, de púrpura. Las damas iban a su aire. Por fin todos estuvimos listos, y realmente resultó digno de verse cuando los Goodall fueron encaramados a lomos del elefante, sentados en paño de oro auténtico, rodeados de antorchas y bajo una espléndida luz de las estrellas. Tocaba la banda, gritaban los niños y la vieja *aya*[12] de los Darling, de

pie en la galería, invocaba bendiciones del cielo. Cada uno de nosotros iba en un carruaje con *sirdars*. Yo tuve a dos hombres viejos y uno gordo, los tres vistosamente ataviados, pero la conversación no era tan buena como nuestra indumentaria. Como los elefantes tienen paso meditabundo, tardamos en llegar al Palacio Nuevo, aunque está cerca de la Casa de Huéspedes. ¡Qué edificio más horrible! Pero estaba demasiado oscuro para verlo. Cuando el rajá nos hubo dado la bienvenida, nos dirigimos al Salón de Banquetes. Éste también he de intentar describírtelo.

Nos sentamos todos en el suelo, con las piernas cruzadas, en derredor de un gran salón, mientras los criados corrían por el centro. Cada uno de nosotros estaba sentado en una silla sin patas y tenía delante una bandeja, como las de cama, sobre la cual estaba otra bandeja de metal, y en ésta se disponían los manjares. Los brahmines no comen carne, y eran servidos por criados especiales, desnudos hasta la cintura. Los demás teníamos carne e igualmente el resto de platos. Alrededor del pequeño dominio de cada cual, había un diseño ornamental estarcido con yeso en el suelo. Mi bandeja estaba dispuesta más o menos de este modo, pero "Jane, Jane, ¿cómo vamos a poder acordarnos de los platos?", como observó Miss Bates:

1. Un montón de delicioso arroz, un gran recurso a mano.
2. Bolas de azúcar de color marrón; no era malo.
3. Unas volutas doradas, tan dulces que resultaban empalagosas.
4. Pequeñas croquetas picantes.
5. Segundo montón de arroz, mezclado con especias y lentejas.
6. Tercer montón de arroz, lleno de azúcar y pasas de Esmirna; muy apetitoso.
7. Curry en una salsera de metal, para mezclarlo con el arroz n.° 1.
8. Salsa, como si fuera hecha de manzanas que supieran mal. También para mezclarla con arroz, pero yo sólo lo hice una vez.
9. Otra salsa, pegajosa y de color marrón.
10, 11 y 12. Tres espantosos platitos que no sabían a nada hasta que los tenías ya bien en la boca; entonces toda la lengua parecía estallar en llamas. Llegué a odiar este lado de la bandeja.
13. Una torta larga y delgada, como una galletica de jengibre

pero salada.



14. Puede que fueran fideos.
15. Semejante a comida para canarios.
16. Cuarto montón de arroz, al que ya no llegué.
17. Agua.
18. Pan del país, especie de delgada torta de avena.

Algunos de estos platos habían sido cocinados bajo el supuesto de que un elefante llega puntual, y estaban enfriándose en nuestras bandejas cuando nos reunimos con ellos. Otros fueron servidos calientes por los criados, que tomaban un puñado y lo depositaban donde hubiera algo de espacio. A veces esto era difícil, y los platos antiguos tenían que alterar su disposición inicial y buscar nueva acomodación. Cuando llegó mi arroz dulce, todo fueron empujones, apretujones y golpecitos, que yo tomé bastante a mal, pues no sabía el apego que debía sentir por el recién llegado. Todo había de comerse con la mano, y con una mano —es de mala educación usar la izquierda—, y yo tenía pavor a manchar mis galas prestadas. Cayó mucho, pero en su mayor parte en la servilleta y el pañuelo que había llevado conmigo. Temía, también, meter la rodilla en las salsas o arrastrar mi echarpe color naranja por la cenefa ornamental de yeso, que se despegaba al menor contacto y que en realidad llegó a adherirse a mis pantalones de montar. Los calambres eran también, de vez en cuando, terribles. Los cortesanos vieron que estaba sufriendo y ordenaron a los criados que cambiaran de sitio la bandeja para que yo pudiera estirar las piernas. Pero no acepté, como tampoco quise ni probar la cena inglesa completa que se sirvió durante este banquete: pollo asado, verduras, manjar blanco, *etc.* Al terminar, cada comensal entonó algún breve himno de los Vedas en alabanza de alguna divinidad; y el rajá estuvo, como siempre, encantador. Hizo que los Goodall se dieran de comer mutuamente cinco veces y pronunciaran el nombre del otro en voz alta. Ésta es una de sus costumbres nupciales. Luego, el rajá, su hermano, el Dewan y todos

nosotros subimos a la azotea del palacio, donde había champán y nuez de areca, y bailamos con nuestros suntuosos trajes y nuestros calcetines a los sones de la banda que tocaba abajo en la plaza. Esto me agradó mucho. Nos interrumpió la llegada de un mensaje de la raní: deseaba vernos. Esto representó una gran sorpresa para mí. Las dos damas fueron primero, y luego nosotros, y contemplamos una visión encantadora. La raní era extraordinariamente bella y tenía ojos oscuros "de gacela". Después de estrecharnos a todos la mano, se apoyó contra la jamba de la puerta y permaneció en silencio. Hubo entonces una pausa embarazosa pero respetuosa, y luego que Malcolm hubiera pronunciado algunas palabras en urdu sin recibir respuesta, nos fuimos. Su indumentaria era muy informal, pero ella no tenía el propósito de recibir visitas. Al rajá le complació mucho que nos hubiera mandado llamar. Él desea modernizarla, pero ella sigue siendo una adorable criatura salvaje. Volvimos abajo al salón, nos sentamos de nuevo en el suelo y escuchamos un poco de canto a cargo de unas bayaderas. Volvimos en coche a la Casa de Huéspedes, y allí encontramos a la Sra. D. y la Sra. G. ataviadas con los más suntuosos vestidos indios: la raní las había vestido así y las había hecho volver en un coche de *purdab*[13]. Así terminó una velada muy agradable, llena de magnificencia pero informal.

El día 30 trajo consigo celebraciones de signo muy distinto. El Delegado del Gobernador General[14], que vive en Indore, y su subordinado el Consejero Político[15], de Neemuch, trajeron cada uno un grupo, y comimos todos aquí, muy rígidos y encorsetados, y el rajá fue una persona completamente distinta. Es curioso que yo haya visto tanto de ese lado de la vida que permanece oculto para la mayoría de ingleses. Igual que en Chhatarpur, yo conocí desde dentro todas las angustias por las que ha de pasar un indio cuando sus superiores políticos le hacen una visita. ¿Irá todo bien? ¿Qué pensarán de mí? ¡Válgame Dios!, ¿por qué no traen la comida los criados? ¿He de ir y darles prisa?, *etc.* Todo fue bien. El D.G.G. era un tipo muy agradable; su esposa, nada simpática. El C.P., que se aposentó en palacio por aquella noche, y que empleó y estropeó todos los automóviles, tampoco era simpático, pero por otro lado traía tres invitados italianos que sí lo eran. Como su inglés era de lo más pobre, yo hice buen papel. Después del té tuvimos una representación acrobática en el jardín de la Casa de Huéspedes, y teatro indio por la noche: cursi y aburrido. Aplaudimos un

acto por pura cortesía y lo repitieron entero. Así que los invitados hubieron partido, el rajá jugueteó como un gatito.

El acontecimiento más destacado del 1º de enero fue el *Durbar* en el Palacio Viejo, un edificio bastante hermoso situado en el centro de la ciudad. Vestido de blanco, el rajá estaba sentado en el "Gaddi", mitad lecho, mitad trono, acodado en un cojín blanco y con plumas de pavo real cimbreando sobre su cabeza. La corte estaba sentada con las piernas cruzadas a todo lo largo del salón en ambos lados; nosotros, en un hueco en sillas: el rajá no quiso que tuviéramos que estar sentados en cuclillas. Todos rindieron "nazir" (homenaje), pero él eximió de ello a los criados. Su expresión cambiaba según quién se le acercaba: con los *sirdars* se mostró grave y solemne, con los invitados *marathas*, cortés y afable. Y se rió disimuladamente cuando llegó el *subahdar*, su bufón. (Éste es un hombre desagradable y enigmático; un espía de Kolhapur, me han dicho. Su Alteza traduce siempre sus chistosos parlamentos, y yo no les veo la gracia por ninguna parte; a veces inflama su turbante, y esto me pone malo; tiene a su cuidado a "Lady", la perra picada de pulgas.) Cuando todos hubieron rendido homenaje, el rajá pronunció un largo y tedioso discurso acerca de los cambios constitucionales que está llevando a cabo: un nuevo consejo consultivo; es importante, creo. A nadie le complació mucho. A continuación distribuyeron perfume y nuez de areca. Los actos se prolongaron por espacio de dos horas, y fueron solemnes gracias a la arquitectura del pequeño y bonito salón y a los trajes. Pero, ¡oh!, los cuadros. El rajá no tiene ni pizca de gusto, y en las oscuras columnas de madera pendían esos "Quiéreme" o "Quiere a mi perro", o ilustraciones navideñas del *Graphic*[16]. Incluso cuando los temas son hindúes, se trata de estampas baratas. Y ha llegado a poner bolas de cristal colgadas del techo. Se me parte el alma, pues él es un príncipe enérgico y capaz, y si vive mucho tiempo, Dewas parecerá al final Euston Road. Malcolm le ha pedido que quite esas bolas, y él lo hará, pero no sirve de nada. Malcolm y Josie escogieron todas las decoraciones del Palacio Nuevo, pero los tonos "no acabaron de hacer juego", y el resultado es una pesadilla de empalagoso verde, mostrado con orgullo como un ejemplo del gusto inglés. El Maharajá de Chhatarpur, por su parte, parecía incapaz de hacer cosa alguna que no fuera hermosa.

Al día siguiente, concluyó mi estancia. Sólo había durado una semana, pero me había ofrecido vislumbres de lo que iba a serme familiar más tarde. En mi diario hay algunas notas al respecto. Consigno cómo subí andando a Devi antes de desayunar, y también cómo vi, abajo en el llano, una tumba de tierra bajo una higuera, cercada por lustradas raíces. En la cabecera de la tumba colgaba una guirnalda de jazmines; hincados a sus lados ardían palitos de algodón hidrófilo empapados en incienso, y delante había un montón de grano con utensilios de cocina sagrados. Un hombre con turbante rojo nos contó que él era un oficinista que quería 8 rupias al mes en vez de 7, y que iba allí a rezar cada jueves para pedir ese aumento. También había, allí, una mujer vieja; se encargaba de conservar limpia la tumba, para lo cual se le había adjudicado un pedazo de tierra. “Un lugar consagrado a Durga”[17], pensaba Malcolm, pero se equivocaba: era islámico; uno siempre se equivocaba con eso.

La tarde última jugamos a ese típico juego británico, “Cualidades”, a la orilla de un pequeño lago. El rajá quería dar la máxima puntuación a todas nuestras cualidades, siempre que Malcolm saliera ganador, pero quedó asombrado de que una de las cualidades por las que uno podía ser puntuado era la pasión. “¿No es mala, acaso, la pasión?”, preguntó preocupado. Luego, almorzamos, “pero no demasiado cerca de esas piedras rojas, Malcolm, prefiero que no”. Su cara menuda, inteligente y alegre, asomaba de un enorme turbante: era encantador, adorable, era imposible resistirse a él o a la India. De todos modos, encuentro una anotación severa: “Tierra de traiciones

mezquinas, de reptiles que se deslizan demasiado cautelosamente para herirse mutuamente. No hay línea de demarcación entre lo insolente y lo servil en el trato social. En cada comentario, en cada gesto, ¿no reduce el príncipe indio, bien su propio 'izzat'[18], bien el de su interlocutor? ¿Existe en alguna parte, aquí, cortesía conjugada con hombría? ¿Y a quién se ha de echar la culpa, a la conquista extranjera o al carácter nacional?"

Levantamos el campo el 2 de enero por la tarde. La corte en pleno estaba en el Palacio Nuevo para decirnos adiós. El transporte volvió a fallar; el Maharajá de Indore nos prestó de nuevo su automóvil y el tren nos esperó cuarenta minutos en Rutlam. Yo continué mi viaje —iba de gira—, y no pensaba volver a ver nunca más a mi encantador anfitrión.

Pero quiso la buena fortuna que nuestros caminos volvieran a cruzarse en Delhi un par de meses después.

Delhi, 6 de marzo

Debo relatarte nuevos y apasionantes acontecimientos. Estoy alojado aquí con el querido rajá de Dewas. Éste, su hermano, la raní, el Dewan y 65 sirvientes han venido para asistir a una Asamblea de Jefes, y mi día en Delhi, que ahora he hecho que sean dos, los coge aquí. Me enteré de su paradero por los Darling, y le puse un telegrama. Contestó que me irían a recibir a la estación. Esto, no obstante, no sucedió, pero Rashid, con quien también había estado en comunicación, estaba allí, y después de desayunar nos pusimos a buscar a la corte en *tonga*[19]: habían llegado dos trenes a la misma hora y ellos habían ido a esperar el que no era. El rajá había reservado una habitación para mí en un hotel, pero al verme exclamó que yo tenía que estar más cerca. Y aquí me tienes, en una preciosa habitación superior, mientras abajo hierve de cortesanos y el rajá y su hermano están tomando un baño en la galería. En

cualquier momento nos tienen que servir una comida, pero cuándo o qué no se sabe, como tampoco se sabe cuándo va a partir de Delhi el rajá, ni si va a ir a Lahore para hospedarse con los Darling o a Hardwar para bañarse allí en el río sagrado. Fue tan dulce cuando yo llegué: se levantó de un salto y me puso las manos sobre los ojos por detrás. Dewan Sahib también fue amable, y ambos le han enseñado al hijo y heredero a chillarles menos a los europeos y también, con expresión angustiada, a estrecharles la mano. Es un niño tan hermoso. La raní y muchas doncellas están sentadas en cuclillas en una masa informe, todo el rato, detrás de un biombo.

Creo que ahora me he de ir. Espero añadir algo más antes de esta noche... No, no tengo que irme. El rajá está haciendo *puja*[20] después del baño, ríos de agua del cual corren por todo el jardín. Mi comida la traen del hotel, pues es día de ayuno en honor de Shiva y la corte está a dieta de patatas y dulces. No sé realmente qué viene a continuación: uno pocas veces lo sabe.

Hace ya una hora desde que la embajada empezó a traer comida del hotel. Dewan Sahib sugiere continuar con galletas y dulces, pero éstos también han fallado. La habitación donde estoy tiene representaciones de Krishna en las paredes, entremezcladas con el arzobispo de Canterbury coronando al Rey y la Reina en la abadía de Westminster. Y ahora llegan los refrigerios ligeros: platitos de pasas de Esmirna y cacahuetes, bolas de pasta, cardamomo, dulces, patatas frías y galletas María, agrupado todo ello en torno a una taza de leche caliente con especias.

La siguiente carta, de la misma fecha, ahonda un poco más. Va dirigida a mi vieja amiga la Sra. Aylward, que era profundamente cristiana y estaba interesada, además, en todas las manifestaciones de la religión.

Delhi, 6 de Marzo de 1913

El rajá acaba de estar hablando conmigo, descalzo y con las piernas cruzadas sobre una pequeña silla de mimbre. Hemos tenido una larga conversación sobre religión, en el transcurso de la cual he pensado muchas veces en Vd. Los indios son tan naturales y comunicativos sobre este tema, mientras que los

ingleses en su mayoría se ofenden cuando se saca a colación, o bien se indignan si existe una diferencia de opinión. La actitud del rajá fue muy difícil para un occidental. Cree que todos nosotros —hombres, aves, todo— somos parte de Dios, y que los hombres se han desarrollado más que las aves porque se han aproximado más a comprender esto. Eso no es tan difícil; pero cuando le pregunté por qué habíamos sido, cualquiera de nosotros, separados de Dios en algún momento, él lo explicó diciendo que Dios perdía conciencia de que formáramos parte de él, debido a que su energía, en algún momento, estaba concentrada en otra parte. "Del mismo modo, dijo, un hombre que esté pensando en otra cosa, puede perder conciencia por un momento de la existencia de su propia mano y no notar nada si se la tocan." La salvación es, pues, el estremecimiento que se produce cuando sentimos que Dios vuelve a ser consciente de nosotros; y durante toda nuestra vida debemos ejercitar nuestras percepciones para ser capaces de sentirlo cuando llegue el momento.

Creo que comprendo lo que hay detrás de todo esto: si crees que el Universo fue la creación *consciente* de Dios, te enfrentas con el hecho de que Él creó conscientemente el sufrimiento y el pecado, y esto el indio se niega a creerlo. "Se nos puso aquí, o bien intencionalmente, o bien sin querer —dijo—, y plantea menos dificultades si suponemos que fue sin querer."

Me imagino que, tal como he tratado de describírselo, esto suena más a filosofía que a religión, pero está inspirado por su creencia en un ser que, aunque omnipresente, es personal, y al que llama Krishna. El rajá es realmente un hombre notable, pues todo esto se alía con mucho talento práctico y un gran sentido del humor. En medio de una conversación, puede ponerse de repente a rezar, dándose golpecitos en la frente y las rodillas, y luego continuar la frase allí donde la dejó. "Los días que uno experimenta gratitud, es conveniente que la demuestre", dijo. Hoy es un gran día de ayuno en honor de Shiva, así que he visto mucho de eso, y ello también ha impedido que él comiera conmigo, como hubiera hecho de no darse esta circunstancia.

La conversación antes descrita fue la primera de cierta importancia que tuvimos. Terminó repentinamente, pues llegaron noticias de que la raní

estaba enferma. El rajá se levantó de un salto y rodeó la habitación haciendo *pujah* ante las imágenes de Krishna, y dijo que volvería pero no lo hizo.

Aproximadamente un mes antes yo había tenido una conversación sobre Krishna con otro príncipe soberano, el extravagante y poético Maharajá de Chhatarpur. Se desarrolló, no en una oscura habitación de Delhi, sino en medio del magnífico paisaje del Bundelkhand. Nos sentamos en un patio del palacio, en una estribación de los boscosos Vindhyas[21], disfrutando de una vista que abarcaba selvas y colinas; a la derecha, el curso del río Ken estaba señalado por árboles más oscuros. Le pregunté si él meditaba. "Sí. Cuando puedo, durante dos horas; y cuando tengo ocupaciones, durante cuarenta y cinco minutos." —"¿Y puede concentrarse y olvidar sus preocupaciones?"— "Ah no, en absoluto, éstas me acompañan siempre, a menos de que pueda meditar en el amor, pues el amor es la única fuerza capaz de mantener apartado al pensamiento. Trato de meditar en Krishna. No me consta que él sea un dios, pero yo amo al Amor, y a la Belleza y la Sabiduría, y encuentro estas tres cosas en su historia. Le venero y adoro como hombre. Si es un dios, me lo tendrá en cuenta y me recompensará por ello; si no lo es, me volveré pasto y polvo como los demás." Mientras conversábamos, se acercó volando hasta nosotros un hermoso pájaro de color escarlata, el doble de grande que una golondrina, y distrajo los pensamientos del Maharajá. "¿Puede tratarse de un petirrojo, ese pájaro? —preguntó—. Brilla como un rubí." Era un personaje disparatado y desconcertante, y su homólogo de Dewas tenía muy mal concepto de él.

Pero sus temperamentos distintos convergían en la adoración de Krishna, y entre los dos contribuyeron a aclararme la religión hindú. Más adelante volveré a referirme al Maharajá de Chhatarpur.

Salí de Delhi el 9 de marzo. La carta siguiente fue escrita después de mi partida.

En mi último día en Delhi, el rajá hizo algunas visitas oficiales, y yo me paseé en coche con él, pero no entré con él, permaneciendo en el coche con "Lady", la vieja perrilla faldera, que va a todas partes, no acabo de comprender por qué. Para terminar nos detuvimos en casa de los Cotes, a quienes, como amigos de los Malcolm que son, él deseaba conocer; y luego, como un chico a quien han soltado de la escuela, se volvió loco de alegría porque sus obligaciones hubieran concluido y dio brincos de contento entre los almohadones.

Fuimos al centro en coche y nos topamos con su hermano y varios miembros de la corte, que habían ido de compras. Mucho alboroto, y seguimos adelante. Pero no habíamos recorrido veinte metros, cuando pensó que sería divertido que todos vinieran con nosotros. Pero ellos se habían subido al tranvía eléctrico para vivir la experiencia, que era nueva para ellos, y nosotros fuimos tras ellos como locos, estorbados por búfalos, camellos, cabras, vacas, vendedores de dulces y perros callejeros. El tranvía ya se perdía de vista, pero el cochero, siguiendo órdenes del rajá, saltó del pescante y lo persiguió a pie, gritando. Al cabo de cinco minutos, regresó, precediendo a toda la comitiva, que se subieron, junto con las compras que habían hecho de pipas de brezo, tabaco, monos de juguete para sus hijos, papel de cartas, tinta: envoltorios de todos los tamaños y formas. En total éramos diez; los caballos eran fuertes y avanzaban con lentitud: parecía una carroza de carnaval. Me senté entre el rajá, que llevaba un enorme turbante amarillo claro, y su hermano, que llevaba uno de color púrpura e intentaba fumar con su pipa inglesa. Enfrente estaban el doctor, con un tocado *maratha* de color rojo, un secretario que llevaba una taza y un platillo de color naranja, y el bufón y espía de la corte, sobre cuyas rodillas descansaba "Lady", indiferente a todo. El cochero, otro criado y el lacayo sumaban tres en el pescante, mientras el mozo de caballos iba

agarrado detrás. Por lo que pude notar, no atrajimos la menor atención, aunque todos ellos hablaban cada vez más fuerte, como hacen los indios cuando están contentos.

Estábamos de vuelta en los aposentos reales cerca de las 7 de la tarde, cuando se produjo una escena de mayor confusión todavía. Tenía pensado hacer mis propios preparativos para desplazarme a la estación, los cuales, gracias a Baldeo, funcionan siempre sin la menor dificultad: sólo tengo que decir de qué tren se trata, y cuando yo llego cinco minutos antes de que éste salga, allí está él con todo el equipaje ya en el vagón y la cama hecha si se trata de un viaje nocturno. Pero no, yo era el invitado del rajá y él se ocuparía: dos *tongas* para el equipaje, él y yo solos en un faetón, y la corte, que iba a bañarse en el Ganges en Hardwar, iría detrás —el tren de Hardwar salía dos horas más tarde que el mío de Jaipur—. Pero la corte ya se había puesto en marcha y se había desmandado, y tan pronto como llegó un coche, todos ellos, con sus perros, sus loros, sus criados y sus criadas saltaron a su interior y partieron antes de que Baldeo pudiera bajar el equipaje. Y tampoco pudo encontrar a nadie que lo llevara. Como tampoco pudo el rajá desaprovechar la nueva ocasión que se le presentaba de aumentar la confusión al haber dos entradas al jardín, mandando a Baldeo a una de ellas mientras un coche esperaba en la otra. Por fin reinó la más absoluta tranquilidad. Todos se habían ido, excepto nosotros y la raní, que se estaba vistiendo, ayudada por una asistenta. Llevando a B. aparte, le dije: "No causemos más molestias a Su Alteza; organiza los preparativos que puedas". La historia podía haber acabado así, con Baldeo haciendo eso, pero en aquel preciso instante apareció un decrépito *band-gharri* (= vehículo de cuatro ruedas), y mi equipaje y yo subimos a él. No así el rajá, que tuvo que rezagarse para dar prisa a la raní, pues no quedaba nadie más que pudiera hacerlo. Es tan típico de un oriental el que organice un embrollo tremendo por una cosa sencilla y luego haga otra con eficacia y resultado perfecto, que cuando llegué a la estación de Delhi, salió a mi encuentro un empleado con billetes a Jaipur para mí y Baldeo: el rajá los había encargado. Es una atención tan corriente como abrumadora, en Oriente, hacer eso, como es un tremendo insulto el rehusarla; y en mi caso me complacía el que me ofreciera billetes alguien por quien siento tanto aprecio y que es tan rico como este hombre. Pero lo encontré irritante cuando un oscuro indio, por quien no sentía

ninguno, me compró una vez el billete, afortunadamente sólo por el importe de nueve peniques.

Los billetes —el mío de primera clase, en contraste con mi habitual de segunda— no dieron su disfrute completo, puesto que como era tarde, el tren iba completamente lleno y sólo pude conseguir una litera superior, mientras Baldeo no podía ni sentarse. La corte, enmarañada con otras cortes que también partían después de la Asamblea de Jefes, corría arriba y abajo por los andenes buscando los trenes. Rashid vino también, muy atento, a despedirme a la estación, e inmediatamente después vino el rajá, una vez hubo dejado acomodada a la raní. Mi tren se puso en movimiento antes de que yo me subiera a él: apretones de mano, recados, gritos. Lo cogí en marcha, y me proponía introducir en el vagón a Baldeo, a quien el jefe de tren no había podido colocar en ningún sitio, pero el burro de mi compañero de viaje protestó y propuso que Baldeo y su propio sirviente —estábamos en la misma situación— viajaran en la plataforma exterior del final del vagón (eran del tipo continental), recibiendo el viento de pleno en la cara toda la noche. Dijo: "Sería impropio, ellos no entenderían", ese argumento tan caro a los necios. Técnicamente tenía razón, así que sólo pude hacerle ver lo molesto que le resultaría que su criado cayera a la vía por la noche o enfermara. En la siguiente estación —15 minutos después— me disponía a buscar de nuevo al jefe de tren, pero para entonces aquel individuo ya había recobrado el buen juicio y señaló que, realmente, parecía hacer bastante frío, y que si yo estaba dispuesto a abandonar las convenciones, él también lo estaba. Así, pues, los sirvientes durmieron en el suelo del vagón, y lo entendieran o no, llegaron a Jaipur sin pulmonía. Aquel hombre, descubrí, era americano. ¡Viva la democracia! Parecía absolutamente inglés —clase alta, maneras de Oxford— y sin duda alguna había frecuentado las altas esferas de Delhi, cenando con el virrey y los jefes, según dijo él.

EL ESTADO Y SU SOBERANO

El estado y su soberano

I

"Los curiosos estados gemelos de Dewas", como los denomina acertadamente un viejo diccionario geográfico, están situados en el centro de la India, en una meseta que se eleva a 2.000 pies sobre el nivel del mar. En la época que yo los conocí, sus territorios estaban inextricablemente confundidos, entre sí y también con los territorios de algunos estados vecinos. La confusión administrativa debía de ser mayor incluso de la normal, el Gobierno de la India[22] expresaba periódicamente su perplejidad, y los dos príncipes hacían tímidos intentos para escapar cada uno de los brazos del otro. Era demasiado difícil. Nunca lo lograron. Tengo ante la vista un mapa de sus dominios. La Rama Principal (de color verde) poseía 446 millas cuadradas y tenía una población de 80.000 almas; la Rama Secundaria (rosa) era un poco más pequeña. La provincia de Sarangpur (amarillo) era administrada conjuntamente por las dos, no sé cómo, aunque en una ocasión me llevé de ella un coche cargado de rupias. El conjunto del territorio estaba dividido entre los dos estados, no por ciudades o barrios, sino por campos y calles; en la ciudad de Dewas, la Rama Principal poseía un lado de una calle y la Rama Secundaria el otro. Este acuerdo debía de ser único, y una dama inglesa, que conocía la India de

cabo a rabo y hablaba con conocimiento de causa, me dijo en una ocasión que tal cosa no existía ni podía existir, y me dejó con la sensación de que yo no había estado nunca allí.

La primera noticia que tuve de su existencia se la debo a Malcolm Darling. En mayo de 1907, recién llegado allí para asumir sus funciones como tutor y curador del joven príncipe, escribía acerca del "rincón más extraño del mundo fuera de Alicia en el País de las Maravillas", donde los dos príncipes tenían, cada uno, su propio palacio, su propia corte, su propio ejército y su propio himno nacional. El ejército de Dewas Senior estaba compuesto entonces por "80 soldados de caballería, 70 infantes y 60 hombres de tropas no regulares; también, por 14 cañones: dos de ellos son disparados a veces. Por la noche toca la banda. Ésta se compone, al menos, de diez hombres y constituye, por lo tanto, una parte importante de las fuerzas de la nación. La educación, al ser menos importante, era entonces conjunta: cada príncipe nombraba a un director de estudios, el cual afirmaba ser el único en ostentar el cargo. Los escudos de armas eran casi idénticos. Cada uno de ellos exhibía al Dios Mono[23] sosteniendo una montaña y sostenido a su vez por elefantes, que significaba soberanía mundial, y lucía la divisa "Dos Ramas embellecen un tronco".

¿Por qué se dividieron las dos ramas y cuándo? La familia —de nombre Ponwar o Puar— era *maratha* y llegó del Decán a finales del siglo XVII con la expansión *maratha* general. En el siglo XVII dos hermanos, Tukoji y Siwaji, obtuvieron diversos dominios, incluida la zona de Dewas, y también el permiso del Peshwa[24] de "portar un estandarte y

tocar un tambor". Al principio gobernaron su territorio mancomunadamente, luego consideraron conveniente la división y dieron origen, respectivamente, a las Ramas Principal y Secundaria. No debió de parecer extraño en aquellos tiempos, cuando la organización era vaga y la centralización imposible. Fue un convenio de familia entre dos terratenientes que casualmente era de estirpe real. Y tampoco les pareció extraño a los ingleses cuando éstos aparecieron en la escena. El 12 de diciembre de 1818 se firmó un tratado de amistad entre los dos príncipes, y la Honorable Compañía de las Indias Orientales les confirmó en sus dominios respectivos.

Había varios estados *maratha*. El principal era Kolhapur, a unos centenares de millas hacia el sur, en el Decán. Aparece frecuentemente en mi historia. Nunca he estado en Kolhapur, pero he oído hablar mucho de él: tradicionalista, orgulloso, insidioso, paisajísticamente magnífico. Dewas estaba rodeado por los tres importantes estados de Baroda, Gwalior e Indore. Estos entran también en mi historia, pero en términos de poder, más que de prestigio, pues eran advenedizos. Luego estaba Dhar (donde me refugié en una ocasión), un pequeño estado estrechamente emparentado dinásticamente con Dewas, y estaban también los rajás Bhonsla, que no poseían territorio alguno y vivían en la India Británica. Todo este aglomerado significaba mucho para el príncipe de Dewas Senior, sobre todo en su primera juventud. Soñaba con fusionarlo en una confederación *maratha* que le tuviera a él, tal vez, como jefe. Y por lo que a cuna e inteligencia se refiere, él era perfectamente apto para liderar.

Hay poco en la India que sea neto y bien definido, y después de haber recalcado que esa familia era *maratha*, debo declarar ahora que era *rajput*. Pretendía ostentar la representación —al menos nuestro amigo lo hacía— de los *rajput* que habían gobernado en aquella región ya en el siglo IX. Estos *rajput*, afirmaba, habían sido rechazados hacia el Sur por musulmanes hostiles, habían llegado a la patria *maratha* y habían sido bondadosamente acogidos en ella, se habían casado con miembros de esta etnia y él descendía de ellos, de modo que, volviendo al norte, él volvía en realidad con los suyos. Esta pretensión no era convincente, pero constituía una de las fuentes de su orgullo, y yo metí un par de veces la pata al olvidar que él formaba parte de la aristocracia militar medieval de la India y descendía, si me apuran, del sol. Prácticamente, y sentimentalmente, era un *maratha*, lo parecía, y en ocasiones se refería jocosamente a sí mismo como una rata *maratha* y a los *rajput* como guerreros estúpidos: "Tipos buenos y francotes. Ah sí, esto es lo que el gobierno quiere que sean los jefes. Un buen tipo como el *rajput*, que no se entera de nada. Bueno, he de intentarlo." Podía haber sido más un *rajput* todavía, si el príncipe *rajput* principal, el Maharaná de Udaipur, no lo hubiera desairado en una ocasión enviando a un noble de segunda clase a recibirle a la estación de Udaipur.

Contemplado con los fríos ojos de la Administración británica, los dos estados gemelos formaban parte de las Provincias Centrales[25]. Demasiado poco importantes como para tener un funcionario acreditado especialmente cerca de ellos, se integraban en un grupo junto con otros estados bajo

un Consejero Político que vivía en otra parte. Por encima de este C.P. estaba el Delegado del Gobernador General, que vivía en la Residencia Oficial de Indore. Y por encima del D.G.G., estaba el Secretario Político, que vivía en Delbi o en Simla según la estación. Por encima de él estaba el virrey, y por encima de éste, el Rey-Emperador. ¡Dewas y Rey-Emperador! En Dewas a menudo parecía que debían de tener mucho en común. Si uno de los dos se pusiera en cortocircuito, todo podía aún ir bien.

Contemplado con los ojos todavía más fríos de la actual República de la India, los estados gemelos han desaparecido por completo. Se han fundido en el Madhya Bharat, cuya capital es Gwalior en la estación calurosa e Indore en la fría.

II

El Soberano nació el 1.° de enero de 1888, de modo que era exactamente nueve años más joven que yo, aunque a veces parecía aún más joven, y otras veces, mucho mayor e infinitamente más sabio. Sucedió a su tío, que murió sin descendencia en 1899 y había pensado en adoptarlo. La adopción fue confirmada por su tía, que todavía vivía cuando yo estuve, y que era conocida entonces como la Maharaní Viuda. Yo solía disfrutar de su compañía, y ella aportaba mucho al color local, pero no hacía nada de buenas migas con su sobrino, como los acontecimientos demostrarán.

El Soberano tenía un hermano menor, a quien sus amigos llamaban Bhau Sahib, y de esta manera me

referiré a él. Bhau Sahib vive aún y goza de buena salud, me alegra decirlo, y sigue todavía en Dewas. Sentían afecto el uno por el otro, y crecieron en el pueblo ancestral de Supa, en el Decán. Una infancia feliz como la mayoría de infancias indias. El Soberano recordaba cómo su padre recitaba en *marathi* las baladas y las epopeyas de su raza, durante horas, y le infundía nobles pensamientos; como se acordaba de haber estado buscando el tesoro de familia y una serpiente se lo había impedido. Sentía gran cariño por su madre, que procedía de Baroda. Todavía la lloraba muchos años después de su muerte, y un día se lamentaba, mientras se anudaba un turbante, diciendo que ya no disfrutaba haciendo eso, ahora que la voz amada que podía alabar su habilidad ya no estaba. "Hacemos cosas sólo por consideración hacia los que nos quieren." Un peligroso credo. Y peligro hubo, aun, en su infancia hogareña y fácil: creció rodeado de intrigas, y la intriga se convirtió para él en una cuestión especial, cosa que no puede ocurrirle a un niño inglés; la voz se le mudaba al mencionarlo. Había rumores constantes, había agotadoras disputas, especialmente entre su madre y su tía; había todos los resentimientos de la *zenana*[26] por cuestión de joyas y de precedencia, parejos a los agravios de los hombres fuera de ella; había enlaces matrimoniales con otras cortes, fecundos en nuevos resentimientos y agravios, y, oculta en este gran semillero doméstico, estaba siempre la posibilidad del veneno. No conozco ningún caso en Dewas, ni de envenenamiento ni de intento de envenenamiento, pero recuerdo no menos de tres alarmas de envenenamiento. Éstas creaban una atmósfera extraña para el norte protestante y

farmacéutico, y han de ser aceptadas como parte de la herencia emocional del Soberano.

Antes de su adopción, el príncipe era conocido como Bapu Sahib, y por este nombre me pidió que lo llamara. Sus amigos íntimos, los Darling, lo llamaban Tukoji o Tukky. Su título como soberano era el de Sir Tukoji Rao III. El Gobierno de la India le concedió plenos poderes en 1908, el K.C.I.E.[27] en 1911 y el rango de maharajá unos cuantos años después.

Sus años mozos fueron muy prometedores. Fue un alumno sobresaliente en el colegio, primero en Indore y luego en Ajmere. Al cumplir los dieciocho años —un mozuelo de grueso bigote—, se produjo un acontecimiento de la mayor importancia. El Gobierno de la India nombró a Malcolm Darling, I.C.S.[28], tutor y curador suyo, y la gran amistad de su vida se inició.[29]

Esta amistad se inició de forma vacilante. Él era sensible, animoso y suspicaz, y Malcolm, que no había conocido nunca a nadie como él, ni en Eton ni en el King's College de Cambridge, no sabía cómo tratarle. En la primera semana ya hubo dificultades. Él no quería ir a visitar a su poco sincera tía, y su nuevo tutor le ordenó que fuera. Fue, pero sus ojos despedían llamas.

Por suerte llegó la madre de Malcolm, y ésta contribuyó en gran medida a mitigar la situación. De corazón bondadoso y espíritu sencillo, la Sra. Darling pronto congenió con aquel encantador oriental. Él la llevó a pasear una tarde en su *tum-tum*[30]. Al principio, él pensó que la habían puesto para espiarle, de modo que trató de hacerla caer en el lazo. Habiéndole revelado un par de secretos sin

importancia, añadió: “No se lo contará a nadie, ¿verdad?” Ella contestó: “No, pero puedo contárselo a mi hijo, ¿no?” Si ella hubiera contestado simplemente “no”, él habría seguido desconfiando de ella. Al contestar de ese modo, él supo que era “franca”. Sus paseos en coche se hicieron rápidamente más íntimos. Por regla general, hablaban de religión, pero en una ocasión la conversación tomó un cariz un poco más delicado. “Ésta es la casa donde vivía la amante de mi padre, la construyó para ella”, observó él, señalando sin darle importancia hacia un edificio. Los principios de la Sra. Darling eran estrictos y creyó que no debía dejar pasar aquello por alto. “Pero *tú* no harías una cosa así”, dijo, a lo que él respondió: “¡Oh, no!”, pero en un tono de voz poco satisfactorio, demasiado seguro de sí. “Nosotros tenemos un versículo de la escritura que dice: Él que cree estar en pie, mire no caiga”[31], dijo la Sra. Darling dulcemente. A él le gustó este principio y prosiguió: “¿Se acuerda de aquel hombre viejo cuyo sombrero le gustó tanto anoche?: tiene una amante.” —“¿Pero es que hacen lo mismo todos los demás?”, preguntó sofocada la pobre señora, pues había asistido a un gran banquete del país en el que se lo había pasado muy bien. De nuevo la respuesta no fue del todo satisfactoria: “Oh no, están más al día.” Y con este equívoco acento concluyó su conversación. Pero eran amigos, y el camino quedaba abierto para la amistad con Malcolm.

Las cartas de Malcolm a su familia ofrecen una descripción, día por día, de la vida en Dewas en 1907-8. Además de escribir a su familia, mantuvo extensa correspondencia con nuestro amigo Arthur Cole y conmigo mismo. Es interesante comprobar de

qué modo el lugar lo transformó. Cuando llegó allí, él tenía el sentimiento de superioridad racial corriente entre los ingleses en aquel tiempo. En unos pocos meses lo perdió, y ya nunca lo recuperó. Se encariñaron el uno con el otro y todas las dificultades se desvanecieron; ningún problema, entonces, en ir a visitar a Su Alteza Viuda. El afecto fue, en toda su azarosa vida, la única fuerza a la que Bapu Sahib fue sensible. No siempre el solo afecto obraba, pero sin él nada lo hacía; el afecto y sus acompañantes, el calor humano y la cortesía instintiva. Cuando ellos estaban presentes, su corazón cobraba vida y dictaba sus actos. En ausencia de ellos, podía ser astuto y taimado, aunque nunca cruel. La amistad entre ambos duró hasta la muerte de Bapu Sahib. Los años finales la empañaron, pero es que lo empañaron todo, fueron una emanación de sepultura. En aquellos primeros años, con la promesa de una importante carrera pública que se iniciaba, el joven inglés y el todavía más joven indio estaban llenos de esperanza y se sentían símbolos de sus respectivos países y prendas de una unión política más feliz. Viajaron tres meses juntos, por toda la India y Birmania; cuando regresaron, el Estado obsequió a cada uno de ellos con un discurso de elogio y bienvenida, y los muchachos de la Victoria High School rompieron a cantar:

> Aplaudamos y cantemos,
> Alegre corro hagamos,
> Dios ha traído sano y salvo
> A casa a nuestro señor,
> Cargado de valiosas lecciones.

Leían juntos la *Política* de Aristóteles. Malcolm sentía interés por los métodos agrícolas modernos, de modo que se montaron, pero no por mucho tiempo. Pasaron a ser hermanos después de sus respectivos matrimonios; sus esposas, hermanas. La madre del uno pasó a ser la madre del otro. Sus amigos eran también comunes; de ahí que yo fuera recibido con tanta franqueza.

Además de las cartas de Malcolm, existe el informe confidencial que éste redactó acerca de su pupilo y que presentó después de que hubiera permanecido junto a él por espacio de un año. En un lenguaje acomodado a los funcionarios que habían de leerlo, analiza en él el carácter del príncipe: "Si se le trata bien en las cosas pequeñas de la vida, dará mucho a cambio… Por lo que se refiere a mujeres, hasta ahora se ha ajustado rígidamente a la norma"; es generoso, entusiasta, susceptible; ambiciona hacer algo por sus hermanos *maratha*, en lo cual debería ser alentado, pues, aparte de patriotismos locales, se mantiene leal a los británicos y aprecia lo que éstos han hecho. El informe indica, también, que está prometido en matrimonio con la hija del Maharajá de Kolhapur; ésta es a la que yo iba a ver, mal vestida, en mi estancia de 1912. Y fue la única vez que la vi. En el informe se alude, también, a su inveterada enemistad con los brahmines del Decán; su propósito era ser reconocido como un *kshatriya* y ser revestido con el sagrado cordón[32]. Gracias a su habilidad, lo consiguió; los brahmines no llegaron a ser nunca importantes en la corte, y las notables ceremonias religiosas que ésta desplegaba no eran conducidas por el clero sino por el príncipe. El informe concluye dejando constancia de

"mi reconocimiento del gran privilegio que ha representado el estar tan íntimamente vinculado con alguien cuya amistad mereció tanto la pena obtener."

Y están luego las cartas que el propio soberano le escribió a Malcolm luego que la tutoría hubo terminado, en especial durante los años 1908-10. Ésta es una correspondencia única, verbosa, desgarbada, íntima, y que ofrece un retrato conmovedor de sus esperanzas juveniles, de su nobleza, su generosidad y su introspección.

Quiero que las cartas que te dirijo sean absolutamente auténticas; quiero decir, escritas tal como lo pienso en el momento. Cuando hay otra persona, como un escribano, sentada junto a uno, uno siempre reflexiona un poco y luego dicta para evitar errores, *etc.* Entonces pienso que la carta no es auténtica del todo, aunque las ideas lo son, pero las palabras y el estilo no.

Se logra la autenticidad. ¿Qué otro príncipe, en la India o en cualquier otra parte, podría haber escrito lo que sigue?

Por alguna razón siento que no tengo cualidades para ser de alguna utilidad o ayuda a nadie de este mundo, y siento que las circunstancias me imponen el estar solo sin mis auténticos parientes, como tú, mi madre y mi esposa. Lo que veo desde hace algún tiempo es que ser un soberano significa que todos los amigos y parientes te dejan solo. En mi caso el Todopoderoso ha obrado de un modo que no puedo comprender. A veces pienso que si mi destino es estar solo, mi vida no vale la pena ser vivida. No puedo entender realmente por qué me vienen a la cabeza, actualmente, todos estos pensamientos, y estoy bastante deprimido, aunque trato de ocultarlo y de mantenerme ocupado.

Realmente se mantenía ocupado. Tenía un lado

que era versátil e ingenioso. Podía hacer un discurso con ocasión de la fundación de una Escuela Femenina, e incluir en él esclarecidas observaciones como ésta:

> El débil por naturaleza es el que requiere mayor protección. Y la mayor protección es la que ofrece una mente instruida... Uno puede identificarse instintivamente con los que hablan de raza y nacionalidad, pero la civilización, que ésos a menudo ignoran, es más grande que éstas.

O también:

> Las semillas de la agitación actual en la India las plantó ese bienhechor de la raza humana que es la educación.

La boda de Kolhapur se celebró en marzo de 1908, y la unión se consumó seis meses después. Malcolm y sus hermanas asistieron a la boda, y el primero ha dejado constancia de ello: la llegada a la estación de Kolhapur; el gigantesco Maharajá de Kolhapur, vestido de seda de color verde claro y con una faja de oro ciñendo su enorme cintura; el encuentro de los dos soberanos; la banda de Dewas interpretando "A menudo en peligro, a menudo con dolor" con uniformes nuevos de color rojo y verde; elefantes con castillos de plata y arreos de oro, dos de ellos arrastrando una especie de coche-salón de ferrocarril en el que se introdujo a empujones a las damas de Dewas, mientras el novio se sentaba sobre el techo de ese coche-salón, que estaba cercado con una barandilla de oro para impedir que él se cayera. Lentamente avanzaron y rápidamente se pelearon las damas. Su tía estaba, como siempre, celosa y poco amable, y trató de separarlo de su madre, a la que acusó de tener "pies infaustos", es decir, mal de ojo.

Se organizó una encarnizada disputa en su suntuoso campamento, que él tuvo que calmar. Vinieron luego los rumores nada propicios, propagados por los brahmines del lugar, de que el salón de la boda se desplomaría, que la novia iba a morir como sacrificio contra la peste y la hambruna, que el novio se volvería loco, y así sucesivamente. El peligro estaba, en realidad, más cerca de lo que se pensaban. Unos sediciosos de Puna habían enviado una bomba que tenía que ser arrojada en el interior del recinto de la boda y acabar con todo el mundo. Llegó demasiado tarde.[33]

Siempre sensible a la belleza femenina, estaba ahora profundamente enamorado, y sus cartas revelan sus sentimientos y su gozo y orgullo por aquella espléndida alianza. Personal y dinásticamente, todo era perfecto; además, la novia era muy bella, aunque él, con su delicadeza, no menciona este particular. Avanzado el año, cuando él fue a buscarla a Kolhapur, se produjo una escena patética y de bastante mal agüero. Ella era una gran amante de la caza, y su padre había organizado para ella un gran *shikar*[34] de despedida, en el cual participó su marido, aunque no tenía nada de deportista. Al comienzo todo fue alegría, "y pensé que soy muy afortunado respecto de haber conseguido una esposa afectuosa y de buen corazón". Pero hacia el final un acceso de dolor sacudió a la concurrencia: "S.A. y toda la partida de *shikar*, y también las damas, no estaban haciendo prácticamente otra cosa más que llorar o sollozar ante la idea de la partida de Kolhapur de mi mujer. Ella es extraordinariamente estimada, y la pobre no podía evitar sentirse afectada por el alejamiento de su tierra

natal y de las personas que la criaron y con quienes jugó de niña." Era como si ella dejara atrás su corazón. Sus padres estaban demasiado acongojados para ir a despedirla a la estación, y sólo unos cuantos sirvientes la acompañaron al exilio, por cortesía hacia el marido cuyas órdenes ella había de obedecer en lo sucesivo. El 19 de noviembre de 1908, a las cinco y media de la mañana, la gentil y joven pareja entraba en Dewas a lomos de un elefante, "ella en la parte posterior con cortinas". Detrás iba otro elefante, que llevaba a Bhau Sahib. Todas las demás personas iban a pie, con excepción de "nuestro alto y gracioso *Senapati"* (comandante en jefe), que iba a caballo. La ornamentación era profusa; los lemas leales en los arcos eran tan numerosos que no tuvo tiempo de leerlos todos; incluso la corte de Dewas Junior se había desplegado. La pareja penetró en el Palacio Viejo para orar durante una hora en la capilla dinástica, se detuvieron un momento en la casa de su fallecida madre (había muerto aquella primavera), y llegaron al Palacio Nuevo a las 9.30. Allí fijó su residencia la muchachita salvaje, en un Estado comparativamente oscuro, con un marido para el que nada, en su educación, la había preparado y cuyo altruismo debía de resultar desconcertante. En las cartas late un absoluto embeleso: él nunca se ha sentido tan feliz; ¡ojalá logre hacer feliz a su esposa! Más adelante, él se inquieta por la salud de ésta: ha tenido fiebre, histeria; tiene que regresar a Kolhapur para un cambio de aires. Después viene una confusa y preocupada carta (dieciséis hojas llenas) acerca de dos de las azafatas de su esposa, Parvati y Radha. Están de pique, y Parvati va a ver a su señora y acusa a Radha

de haber tenido relaciones íntimas con él. Él jura que es inocente, y nosotros le creemos de buena gana, pero su esposa, incapaz de examinar los indicios, monta en cólera y golpea a Radha; él la reconviene, ella se niega a verle y de nuevo cae enferma.

Ahí debemos dejar por el momento la alianza de Kolhapur.

Malcolm también se había casado, una unión que iba a aportar felicidad y apoyo a otros además de a él mismo. Josie compartía su amor por la India y, como tenía menos obligaciones, podía desplegar esa ilimitada cordialidad que la India aprecia. No podría imaginarse nada menos parecido a una *mensahib*[35]: poco formalista, apasionada, intrépida, ella encajaba indistintamente en los círculos oficiales de Lahore como en otras partes, pero, realmente, a veces no encajaba en absoluto. Dewas se convirtió inmediatamente en su hogar espiritual. Intuitivamente, comprendía a "Tukoji" y su actitud ante la vida; no sólo le quería a él, sino también a todo su pueblo, y ella fue inmediatamente amada por éste. Su asesoramiento y su comprensión iban a significar mucho para él en los años sucesivos, y su muerte, acaecida en 1932, pudo haber acelerado el derrumbe final.

III

He intentado dar una idea general de los problemas y el carácter de nuestro amigo. Fue ciertamente un genio y probablemente un santo, y tenía que ser rey. Ahora viene la tarea, más fácil, de

indicar el escenario exterior en el que su drama iba a representarse. Permítanme situar brevemente al Palacio Nuevo, el Palacio Viejo, la Casa de Huéspedes y Devi.

El Palacio Nuevo estaba en construcción durante mis dos estancias. ¡Y menuda construcción que era! [36] Fundado en honor de su padre, era conocido oficialmente como el Palacio de Shri Anand Bhuvan. Estaba muy mal hecho, era plebeyo, sin color: predomina una impresión de blanco-amarillo. Hacía lo posible por rodear un patio en el que se concentran mis recuerdos más felices, pues en él extendían a veces una gran alfombra y nos sentábamos sobre ella, formando un gran semicírculo, con vasos de oporto y whisky a nuestro lado, y jugábamos a un excelente juego de cartas llamado "Jubbu". Era maravilloso. Todos estábamos muy alegres y juguetones, y el soberano, el jefe de la pandilla. A nuestra espalda se levantaba el horrible salón de recepciones, encima de éste el salón de Estado, y rodeándonos por los otros lados había habitaciones, algunas terminadas, otras no, y de dimensiones variadas. Era difícil, a menudo, saber en qué habitación se encontraba uno, pues ni una sola de ellas era agradable o venerable[37]. Higiénicamente, el Palacio Nuevo estaba bien emplazado, lejos de la ciudad. Se levantaba en un recinto tan monótono como él mismo, y cerca de él se encontraba la residencia de Bhau Sahib. Afuera discurría la carretera a Indore, bordeada de árboles de aspecto nada imponente. La luz caía a plomo por todos los lados. Aquí había, en efecto, una India muy monótona, si exceptuamos a Devi, la sagrada acrópolis de gorra ladeada[38], a media milla de distancia.

El Palacio Viejo representaba un contraste en todos los sentidos. Construido en el siglo XVIII, estaba acurrucado en el centro de la ciudad. Era incómodo, sucio, oscuro y un semillero de intrigas: "Ya han vuelto a empezar las intrigas en el Palacio Viejo. No lo toleraré", exclamaba de vez en cuando S.A. Aquí se movían furtivamente los orgullosos sirvientes hereditarios, algunos de ellos hijos ilegítimos de algún antepasado. Pero también aquí, y dando a todo un lado del patio estaba la capilla dinástica, y encima de ella el salón de recepciones con el sagrado lecho junto al que ardía siempre una lámpara. Y aquí estaba también la vieja armería. El lugar poseía esa condición que se conoce como "numinosa": le llevaba a uno, de la luz monótona, a otra India, y en las pocas ocasiones que dormimos allí experimenté la sensación de liberación y de iniciación. Las tumbas reales también eran misteriosas cuando se las veía desde una barca en el lago, y a la luz del crepúsculo, y de improviso. El Palacio Viejo y las tumbas eran el telón de fondo de nuestras actividades. Podíamos ignorarlos durante semanas, pero ellos estaban siempre a la espera, y me figuro que cuando él murió los tenía en el recuerdo.

En torno a la Casa de Huéspedes no es necesario conservar sentimiento alguno. Era un tugurio de color rojo oscuro, dejada a su suerte junto a las aguas del lago; eso cuando había agua. Cuando no había, miraba hacia la lejana ciudad, por encima de barro resquebrajado y de matas de espino varadas. Aquí se hospedaban, o se presuponía que debían hacerlo, los visitantes y funcionarios europeos; aquí me hospedé yo en 1912, pero nadie sentía afecto por la Casa de Huéspedes. Estaba sólo a unos cuatrocientos metros

del Palacio Nuevo, y esto proporcionaba la excusa para un corto paseo. Más allá se extendían unos amenos jardines. También aquí Devi dominaba, y cuando las aguas de las crecidas se retiraban, se la podía ver coquetonamente al revés.

Devi (o Devivasini, la Residencia de la Diosa) dio probablemente nombre a Dewas. Se levantaba a unos trescientos pies sobre el nivel. Unas gradas de piedra conducían a la oscura cueva de Chamunda en lo alto. Ésta era un tosco objeto bermellón, al que no nos acercábamos a menudo. En ocasiones, había peregrinaciones, y en determinadas fiestas religiosas ella jugaba un papel en el ritual. ¿Quién era Chamunda? ¿Cuánto tiempo llevaba residiendo allá arriba? Nunca lo averigüé, pero se convenía en que ella llevaba allí más tiempo que nadie[39].

Con ella terminan las curiosidades de Dewas. Nada detenía allí al turista, y el territorio circundante carecía igualmente de espectacularidad. Ninguna antigüedad, ningún paisaje pintoresco, ningún río, montaña o bosque de importancia, ningún animal salvaje de ciertas dimensiones, “aves y peces corrientes” como dice el Diccionario Geográfico, ninguna fábrica, ninguna estación de ferrocarril. Sólo agricultura. Campos llanos u ondulados, interrumpidos acá y allá por algún cerro de cima llana. La agricultura era el principal sostén del Estado. Trigo, mijo, algodón. En estos contornos iba yo a pasar seis meses de 1921 en calidad de Secretario Particular.

Cartas de 1921

Cartas de 1921

Para cuando fui a Dewas por segunda vez, la posición del soberano había variado, para bien y para mal. Políticamente, las cosas eran excelentes. Él había seguido siendo leal a los británicos y entusiásticamente leal al Rey-Emperador, a quien consideraba su señor feudal; y había hecho todo lo posible para ayudar a los aliados durante la Primera Guerra Mundial. En consecuencia, se le estimaba mucho en círculos oficiales, y Sir Valentín Chirol, un periodista itinerante de reputación, lo había señalado como uno de los príncipes jóvenes más esclarecidos y había dado a conocer su nombre a un público más amplio.

Por otro lado, se había producido un espantoso desastre interno. Su matrimonio había fracasado, y en el invierno de 1916, él había devuelto a su mujer a Kolhapur. Ésta por lo menos era su versión; la familia de su mujer afirmaba que era ella la que le había abandonado. En cualquier caso, él, un príncipe insignificante, había ofendido a uno importante, y su estrella palideció a partir de entonces. No llegué a saber quién tenía razón en este asunto; de aquí y de allá, uno puede oír lo que más le guste en una corte india. Yo sé que él la quería cuando se casaron —sus cartas están ahí para probarlo— y sé también que él podía vivir afectuosa y fielmente con la misma mujer durante años. Conjeturo, pues, que a ella debió de

ponerla en contra de él algún pariente hostil. Nació un hijo de este infeliz matrimonio, Vikramsinha, al que sus familiares llamaban Vikky, y a quien vi, aún niño, en mi primera estancia. No le vi durante la segunda, pues estaba en las montañas. Había nacido en Kolhapur, pero creció bajo el control de su padre.

S.A. era tan alegre, tan sutil y tan orgulloso, que a menudo era difícil saber lo que pensaba. Se dio cuenta, ciertamente, de que se había asestado un duro golpe a la unidad *maratha*, y de que él se había granjeado un implacable enemigo en la principal potencia *maratha*. Y, ciertamente, se sentía solo. Aunque volvió a abrirse para él una vida hogareña feliz, necesitaba a algún amigo que estuviera al margen de la corte y sus intrigas. Le pidió a Malcolm que fuera su secretario particular. Malcolm declinó el ofrecimiento y recomendó a un tal coronel Wilson, de quien habremos de hablar extensamente en la continuación de esta historia. El coronel Wilson, un viejo soldado que había realizado también labores administrativas en la India y que conocía usos e idiomas indios, tuvo mucho éxito. En el verano de 1921 regresó a Inglaterra con un breve permiso por enfermedad, y se dispuso que yo fuera a Dewas en calidad de sustituto temporal para cubrir su ausencia.

Me encantó la idea. Iban a pagarme el pasaje de ida y el de vuelta, y cobraría trescientas rupias al mes. No tenía muy claro qué era lo que tenía que hacer, y cuando me marché de allí tampoco tenía muy claro qué era lo que había hecho. Pero partí con el mejor ánimo y en un vapor P. & O.[40] que era bueno en su clase. El viaje terminó en “alegría febril, conciertos, trampas con los premios, disputas entre hombres

mayores por motivo de un juego de tejos de cubierta, reunión especial del Comité de Juegos para sentenciar sobre el mismo": en realidad, yo de todo ello me escapaba.

Dewas no era mi único objetivo. Quería ver a Masood[41], mi amigo musulmán, que en aquel entonces había accedido al puesto de Delegado Jefe del Ministerio de Educación en Hyderabad.

Adaptándome

Residencia de los Goodall
Nepean Road
Bombay

28 de marzo de 1921

Daré inicio a una carta, ahora que veo un poco claro en mis planes. Tuve una llegada feliz, pero bastante enojosa. Llegamos el 26. Nadie a recibirme, así que fui en coche desde el muelle hasta Cook's[42] y no encontré allí nada en absoluto: nada de Dewas, nada de Baldeo, y ni una carta ni dinero de Masood. Le escribí dos veces desde Inglaterra, y le envié un telegrama desde Adén; ahora le he escrito desde aquí y le he pedido que telegrafíe, pero todavía no hay noticias. Los Goodall, muy hospitalariamente, me han alojado en su casa; de otro modo no sé qué habría hecho.

No obstante, mientras estaba esta mañana en la Oficina de Correos de Bombay bregando con la situación, corrieron a mi encuentro con gritos de alborozo dos nobles de la corte de Dewas. Tenían la dirección de los Goodall, pero equivocada: Napier Road en vez de Nepean. Hemos decidido partir estar tarde. Debo recoger mi ropa en Mhow[43], y los criados de Dewas se ocuparán de mí hasta que llegue alguno de los míos.

Los nobles han sido muy agradables y simpáticos. Hemos ido a ver a Bhau Sahib, que es miembro del nuevo Consejo y tiene aquí un "piso". Se me ha preguntado: "¿Son como éstos los pisos de Londres?" La planta baja estaba ocupada por un hombre mayor que dormía sobre una especie de andas, con una tela sucia extendida por encima. Sus pies desnudos y rígidos sobresalían. Luego, hemos subido por una tambaleante escalera de madera en la que había montones de mortero, intercalados con comida y criados a medida que nos

acercábamos arriba. Luego ha asomado una perra y he comprendido que habíamos llegado al piso, pues, aunque no era la perra que yo recordaba, llevaba el mismo atuendo desaliñado. Bhau Sahib y yo hemos conversado mientras se esperaba la vuelta del automóvil del Estado, que había ido por gasolina. Al final se ha tenido que mandar a buscarlo a "alguien importante". El secretario, a quien recordaba de Delhi (un hombre inteligente y de buen humor) me ha llevado en coche a casa de los Goodall, y ha sostenido con la Sra. Goodall una agradable charla. Dice que enviará por mi equipaje a las 6. El tren sale a las 9. ¡Ya veremos! Y cuando llegue a Dewas, ya me figuro que el maharajá, o bien habrá salido para Bombay, o bien querrá que yo vuelva enseguida allí junto a él.

Palacio Nuevo
Dewas Senior[44]

1 de abril de 1921

Llegué el martes y todavía estoy bastante aturdido y como soñando. Todo va bien. Masood había estado visitando centros de educación todo un mes seguido en la selva, donde no hay estafetas, y mis cartas se habían ido acumulando. Me ha enviado gran cantidad de dinero, pero, naturalmente, ahora no lo necesito. He reembolsado a Goodall.

¿Por dónde empiezo? Cogí el tren nocturno en Bombay y no tuve un viaje muy cómodo. Los trenes de la India han venido a menos en los últimos diez años. Mis pintarrajeados acompañantes (habían estado celebrando el Holi[45]) fueron extremadamente atentos en los empalmes, y no consintieron que metiera la mano en el bolsillo ni siquiera para pagar una taza de té. El último tramo atraviesa los montes Vindhya, muy salvajes y bellos. En su mayor parte, los árboles y la vegetación, abrasados, pero aquí y allá un árbol sorprendentemente verde, erguido como si lo hubieran hecho de plastilina. Me esperaba un buen coche en Indore, y, dejando el equipaje pesado con el acompañamiento, fui a toda velocidad por la calzada a lo largo de 23 millas: un aburrido trayecto en coche, y una aburrida tarde. La carretera era recta y llena de baches, y estaba

bordeada por unos tristes arbolitos. Pasamos al lado de una vaca muerta a cuyo alrededor se estaban congregando buitres.

No obstante, a la puerta de palacio estaba Su Alteza, dando saltos con la cabeza descubierta, y muy amable y simpático. De entrada, casi, preguntó por ti. Luego dictó unos telegramas a su secretario indio, para ti y para Malcolm. Y después de cenar fuimos volando a una fiesta que daba el Cuerpo de Caballería, yo con traje indio. Bastante sencillo. Pantalones de montar blancos y camisa por fuera de ellos, chaqueta y chaleco de seda; y metros y más metros de tela de color carmesí-escarlata arrollados formando un formidable turbante. Nos dio la bienvenida el comandante en jefe (cuyo turbante era de color azul verdoso), mientras sus hombres interpretaban su Himno nacional; y luego tomamos té y dulces en unas mesitas. A continuación hubo representaciones y canto. Tuve las piernas cruzadas todo el tiempo que pude soportarlo, luego me senté en una silla, detrás, y medité, complacido, en que no había ningún otro europeo en un radio de veinte millas.

Temo que nunca lograré comunicar las noticias. La vida aquí será indescriptiblemente singular. El Palacio Nuevo ("un monumento a la memoria de mi difunto padre") todavía está en construcción, y las partes del mismo que estaban construidas hace diez años ya se están cayendo. Se te caerían las lágrimas al ver tanta ruina, tanto gasto y tanta fealdad, y a mí casi me ocurre. Vivimos rodeados de cascotes y mortero, y de excavaciones de las que seis hombres sacan un capazo de tierra, no mayor que la canastilla de un gato, y lo llevan a veinte metros una vez cada cinco minutos. Todavía no he conseguido saber quién levanta la tierra, pero ya conozco bien al muchacho que la mete en el capazo con sus dedos, al hombre que lleva éste sobre su cabeza por el fondo de la zanja, y al siguiente —muy locuaz y que va casi desnudo—, que lo recibe de aquél y que, simplemente dándose la vuelta, lo coloca en la cabeza del n.° 4. El n.° 4 inicia el ascenso, el n.° 5 lo continúa, y el n.° 6, que es tremendamente viejo, se tambalea por la superficie y echa la tierra en un montón que algún día tendrá que ser quitado de en medio. Y el capazo tiene que ser devuelto. Ésta es la escena que discurre bajo mi ventana, pero por aquí alrededor hay extensiones de terreno donde el suelo está picado de hoyos fruto de similares empeños. Esparcidos por ahí hay bloques de mármol; hay carreteras que no llevan a ninguna parte; valiosos árboles frutales mueren por falta de agua, y acabo de descubrir

por casualidad que baterías eléctricas por un valor de 1.000 libras esterlinas (cifra exacta) se encuentran en una habitación cercana y se echarán a perder a menos de que se instalen inmediatamente. Empecemos ahora por el interior del palacio: dos pianos (uno de ellos, de cola), un armonio y un *duláphone*[46] todos ellos nuevos y todos ellos inservibles, pues las teclas se les traban y tienen la caja agrietada por la sequedad. Miro dentro de una habitación: docenas de toalleros deformados tienen aquí su cuadra[47], o un juego nuevo de sillas de salón mostrando las entrañas. Abro un armario cerca del baño y lo encuentro lleno de teteras. Pido un estante para libros, y éste se inclina cuando me ve y se desploma con un crujido. Y así sucesivamente. No sé qué hacer respecto de todo esto, y casi ni qué pensar. No sirve de nada tratar de hacer de ello algo distinto, pues es tan enraizadamente indio como un templo hindú. Informo a S.A. de las cosas peores, y él queda encantado conmigo, y yo mando un telegrama pidiendo un afinador de pianos de Bombay y declaro que debe interrumpirse todo trabajo hasta tanto que la central eléctrica se haya ampliado y se hayan instalado las baterías. Pero no me hago ya ningún tipo de ilusiones. El coronel Wilson sí que servía para algo, pues entendía mucho de automóviles, *etc.* y conocía el idioma.

El Palacio lo habitan cuatro personas principales: yo, S.A., Malarao Sahib y Deolekr Sahib, y si jamás hubo una comida normal, nosotros debíamos encontrarnos en ella. Malarao procede de un noble linaje y es un joven de tez cetrina con una jaqueca que he estado tratando de combatir con aspirinas. Me parece simpático, y es tan amable como su escaso conocimiento de inglés lo permite. Es el Mayordomo Mayor de Palacio y yo me dirijo a él cuando una puerta no cierra o un cajón lo hace con el abrazo de la muerte sobre lo que contiene; o cuando quiero que me suban la cama a la azotea, o cuando ponen flores marchitas en una mesa para una cena o los gorriones construyen nidos en el techo. Deolekr Sahib es mi ayudante en la oficina, y es también de noble cuna. Fue en mitad de su chapurreado inglés (en este punto baja corriendo por las escaleras una ardilla) cuando descubrí las baterías valoradas en 1.000 libras. Las realizaciones de la Ciencia le corresponden: todos los garajes, que yo inspeccioné ayer —¡imagínate yo inspeccionando garajes!; un mono casi me mordió y con razón—; todos los pozos y cisternas, incluyendo la planta de agua potable

Krishna; y todos los "hombres eléctricos" (aquí vuelve corriendo la ardilla; se ha ido al salón de Estado a sentarse dentro de un piano). No tengo más remedio que detenerme aquí. Esta noche terminaré y echaré la carta al correo en Indore, pues he de ir por lo de mi ropa a Mhow; más de 30 millas en coche en cada sentido. "Claro que sí, querido Morgan: el día que quieras, el coche que quieras."

Éste es el texto del telegrama que él envió a mi madre a mi llegada:

Su querido hijo llegó sin novedad anoche, y créame que él está en buenas manos y que goza de perfecta salud.

Tukojirao Puar

Yo estaba, efectivamente, en buenas manos. En lo esencial, él nunca me falló. Muy a menudo yo no le comprendía —era demasiado imprevisible—, pero con él era posible alcanzar una base en la que las precauciones resultaban innecesarias. Esto no hubiera sido posible con un inglés.

Al día siguiente de mi llegada tuvimos una desconcertante entrevista y él me señaló mis funciones; jardines, pistas de tenis, automóviles, Casa de Huéspedes, central eléctrica. Ninguna de estas cosas tenía mucho que ver con leer o escribir, mis supuestas especialidades. Yo tenía una oficina (horario de 7 a 11 y de 4 a 5). Todo el correo tenía que pasar por mis manos. Éstas no eran las obligaciones que yo habría esperado, o aquellas por las que yo estaba calificado, pero esto no nos preocupó; y él se pasó la mayor parte de la entrevista escribiéndome listas de los dignatarios del Estado. Éstos entraban en cuatro categorías: la Familia reinante, los grandes nobles *maratha*, los nobles secundarios y los nobles de rango inferior, los cuales llevaban el título de Mankari. "En este último grupo tú serás el primero." Volviendo a la Familia reinante, él hizo hincapié en los nombres y títulos de su hermano, su hijo, la esposa de su hermano, su tía y su propia esposa ausente. Éstos eran los más ilustres del país; yo tenía que hacer una reverencia con dos manos y toda la mano, y hacer extensivos cumplidos semejantes al Dewan, el D.G.G. y el C.P. Estos dos últimos eran funcionarios británicos. Cuando me viera con ellos, yo tenía que considerarme a mí mismo como un

indio. Cuando llegamos a este punto yo ya empezaba a estar un poco confuso, y no tenía nada claro, por ejemplo, lo relativo a la composición del todopoderoso Consejo de Estado. "¡Un momento!", gritó, y siguió inexorable hasta mankaris y empleados concretos, y misteriosas personas llamadas "Dieciocho Oficinas" o "Veterinario". "Nunca me aclararé", dije yo. "Oh, sí que lo harás; además, no importa lo más mínimo, excepto en el caso de Hermano y aquellas otras personas a las que he mencionado específicamente."

Llegó entonces el Día de los Inocentes[48] para reforzar aun el regocijo del Holi. Me mandó un recado a la oficina pidiéndome que fuera en seguida a un distante cobertizo del jardín, pues se había observado allí algo raro. Me dispensé de ir. No acepté, tampoco, cuando se me invitó a refresco, un cigarrillo de tamaño poco común. Tampoco se me pidió que recibiera una descarga eléctrica sentándome en un sofá. Pero sí que bebí un poco de whisky con sal, para rotundo deleite de la corte. Bufonadas, diversión, bromas pesadas, obscenidades; yo tenía que andar metido en todas ellas así que me sintiera seguro. Él incluso hizo un juego de palabras con mi nombre que no se puede repetir: demasiado indecente, demasiado estúpido; pero divertido, divertido.

Las habitaciones que destinó para mí estaban en el primer piso, al final del ala donde se encontraba el salón: dormitorio, cuarto de estar, antecámara, cuarto de baño, todos ellos aceptablemente amueblados a la europea. Se llegaba a ellas, bien por una galería que discurría por el lado interior del patio, bien por una escalera que bajaba directamente al jardín y que estaba a veces, aunque no a menudo, cerrada con llave al pie, o bien por una galería exterior que comunicaba con el dormitorio. No era muy privado, pero ¿qué lo era? Todos nosotros vivíamos en un corredor, incluido el Soberano. Yo normalmente dormía en la azotea, mirando a Devi. Las noches eran cada vez más bellas, y llegué a conocer las estrellas migratorias. La constelación del León a menudo estaba suspendida justo sobre mi cabeza, y el disco de Régulo aparecía tan grande y tan luminoso que parecía un túnel. El aire era tan seco que las sábanas despedían chispas.

6 de abril

Hoy, Malarao Sahib me ha llevado a su pueblo. Deolekr Sahib condujo el coche y vino con nosotros el primo de Malarao, un *sirdar* que me resulta muy simpático, pero que, por desgracia, no goza del favor de la corte. Él fue quien me prestó ropas indias en mi primera visita. Ahora es un joven de pelo canoso. Los cuatro hemos pasado una mañana agradable y el coche no se descompuso hasta la vuelta. Lo primero que hemos hecho ha sido andar por la ribera del Sipra, un río profundo de color verde, frecuentado por lindos pájaros saltadores. Allí hemos vivido una emocionante y típica aventura. Nuestro séquito de aldeanos se detuvo y señaló a la ribera opuesta gritando que había una serpiente. Al final la vi: una cosa negra alzada a una altura de unos tres pies e inmóvil. Dije: "Parece un pequeño árbol seco", y se me objetó: "Oh, no", indicándoseme la especie exacta de la serpiente en cuestión y sus hábitos. No una cobra, pero muy fiera y vengativa, y si disparábamos nos perseguiría varios días más tarde hasta Dewas. Cogimos entonces unas piedras y las arrojamos al otro lado del Sipra (la mitad de ancho del Támesis en Weybridge) a fin de obligar a la serpiente a irse reptando. Con todo, no se movió, y cuando una piedra le dio en la base tampoco lo hizo. Era efectivamente un pequeño árbol seco. Todos los aldeanos soltaron grandes carcajadas. El joven *sirdar* les dijo que yo estaba muy decepcionado y enfadado por lo de la serpiente, y que tenían que encontrar una de verdad. Así, pues, se dispersaron todos por el campo, afanosos, durante unos momentos, y luego se olvidó todo[49].

Llamo "típica" a esta aventura porque en la India es todavía más difícil que en Inglaterra llegar a descubrir quién tiene razón en un asunto. Todo lo que ocurre dicen que es una cosa y luego resulta que es otra, y como además lo dicen en un idioma que desconozco, vivo en la confusión.

Después de nuestro paseo volvimos a la aldea (150 habitantes), y Malarao y su primo me pidieron que escogiera un lugar para sentarnos. Yo evité un estercolero que les había atraído y acuclillamos sobre un colchón, bajo un árbol, o nos sentamos sobre unos armazones de cama. Brisa fresca y todo muy agradable. Comimos unos pepinos enormes y bebimos té, mientras los aldeanos cantaban y trataban, por cortesía, de cubrir nuestras ropas con polvos rojos. Eran una pandilla mal encarada, pero alegre. Mientras, por un boquete de la tapia de la aldea, asomaron las mujeres con un grito extraño. Ellas,

como los polvos rojos, formaban parte de la fiesta del Holi y, sentadas en cuclillas a cierta distancia, constituían un punto brillante en el polvo. Los hombres continuaron con sus cantos: uno acerca de la llegada de los europeos a la India, el otro acerca de la llegada del Hombre a la Tierra. Luego, mis compañeros me hicieron darle al grupo unas rupias (que luego han repuesto a hurtadillas en mi bolsillo), yo escogí un emplazamiento para una casa y entramos en la aldea pasando por delante de las mujeres sentadas, que nos injuriaron violentamente, tan violentamente que ni siquiera el joven *sirdar* ha podido entender lo que decían. Estas injurias son, desde luego, tradicionales y no conllevan nada personal: hace 3.000 años, en Grecia las mujeres hacían exactamente lo mismo en ciertas fiestas religiosas. Al marcharnos hemos pasado por el templo, donde Malarao ha dirigido una rápida plegaria por todos nosotros en general; luego, al coche, que se ha estropeado como ya he dicho, y vuelta a casa a paso de tortuga, dejando al *sirdar* en su casa. Lo habíamos recogido en ella por la mañana —desde luego, nadie le había informado de que íbamos—, y estaba desnudo para sus oraciones. "¡Sube, Sahib!", ha gritado él, asomándose por una ventana de arriba en este estado. "Iba a rezar, pero ahora ya no lo haré; necesito media hora." La gente habla del recogimiento oriental; lo que a mí me impresiona es la publicidad oriental. Aquí estoy yo, con nobles *maratha*, una raza conservadora y altiva, y, sin embargo, como con ellos, me siento en sus dormitorios y voy a ver a sus mujeres.

Llegando como lo hice durante el Holi, encontré Dewas en su faceta más dionisíaca. Aquella representación que presencié la primera noche en el té del Cuerpo de Caballería era tan característica de la estación desenfrenada, que no podía describirla al escribir a mi hogar suburbano. Era una escabrosa farsa oriental. Marido y mujer. Ella: "¿Puedo ir a ver a mis padres?" Él: "Peligroso para ti, y para mí, y para la moralidad en general." Ella porfía, y así que ella se va el marido grita: "¡Quiero un eunuco!" Aparecía entonces un hombre alto y esquelético, con bigote, vestido con un sari rosa, y dedicaba grotescas y

desagradables atenciones a aquellos miembros del público que S.A. indicaba —Esto parecía ser un número conocido—. Sentándose en cuclillas junto a su víctima, la horrible criatura cantaba y hacía muecas y mohines, mientras la corte aplaudía. Volviendo a la farsa, se comportaba de modo semejante con el marido, y le estaba ofreciendo dulces en el momento en que le llevaban la noticia a su imprudente esposa. Vuelve ella a toda prisa de casa de sus padres: "¿Cómo puedes arruinarte la salud con ese proceder?", era su argumento, y el que se imponía. Como tanto los actores como el público eran hombres, S.A. consideró que se había guardado el decoro. "Si hubiera actuado una chica, no habría estado bien, habría sido demasiado. Pero de ese modo fue correcto." Y ordenó una repetición aquella misma noche en palacio.

El Holi se fue apagando paulatinamente después de una semana, los cómicos volvieron al Decán, los polvos coloreados perdieron el color, las aldeanas dejaron de mostrar su buena voluntad con obscenidades y la vida volvió a ser normal, o todo lo normal que podía ser.

Ahora debo presentar a Bai Saheba.

Hasta qué punto estaba casada con el maharajá, no lo sé; casada lo estaba, pero había grados en los matrimonios hindúes. Había también concubinas de oro y concubinas de plata. Cuando yo le hablé a él en una ocasión, con prudencia y decoro, acerca de éstas, reventó a reír al punto con alegres carcajadas y exclamó: "Ella es mi concubina de diamante." Ella fue su refugio después de la catástrofe de Kolhapur. Él parecía quererla, y no me sorprendía. Cuando les conocí, ella le había dado sólo hijas; más adelante

llegaron los hijos varones y contribuyeron a complicar la vida. Nunca conoceré los pormenores, y dudo de que ningún indio los hubiera llegado nunca a comprender. A pesar de lo inteligentes que son en lo relativo a las intrigas, también los indios pueden ofuscarse e identificar ilusiones con realidades. A uno sólo le queda —como a ellos— el tomar partido por las personas que le caen bien, y a mí me caía bien Bai Saheba. Vivía en una casa destartalada a la entrada de la ciudad.

Casi nunca se mencionaba a la Maharaní ausente. Vivía, creo, en Kolhapur o en Bombay. No obstante, éramos conscientes del interés de su familia por nosotros. De vez en cuando se incorporaba a nuestro círculo un extraño: ora era un digno cortesano, ora un bufón como el Subahdar de mi primera visita. En ambos casos se trataba de un espía de Kolhapur, y yo me maravillaba por la tranquilidad con que le acogíamos y por la falta de reserva que mostrábamos en su presencia. Sin duda nosotros enviábamos también nuestros espías a Kolhapur, pero de éstos no se hablaba nunca.

4 de abril

Ha sido un día terrible. La hija menor está enferma, y yo estoy sentado con Bai Saheba mientras los doctores consultan. En realidad, debo interrumpir esta carta, pues quiero mandarla a Indore para que la echen al correo. No puedo ir a recibir a Masood mañana como esperaba hacer, pues tengo que “llevar la casa”, o mejor el palacio, en ausencia de S.A. Ella no vive aquí, sino en la ciudad, donde él está ahora alojado. Me gusta sobremanera: sumamente inteligente y encantadora. Escribiré

con más detalle acerca de ella dentro de unos días. Reina una tremenda confusión, aunque Malarao lo está haciendo lo mejor que puede. Por fortuna, un médico inglés —y eminente, creo— llegó a la Casa de Huéspedes por conveniencia propia y se ha quedado para la nuestra. He estado comiendo con él. Acabo de mandarle queso y galletas a S.A., que parece que no come nada si no se lo suministro yo. A veces pienso que no le soy de ninguna utilidad, y otras que soy la salvación de su vida.

La carta siguiente, dirigida a Malcolm Darling, tiene el carácter de un informe.

12 de abril

Llevo aquí, ya, quince días, contento y preocupado al mismo tiempo. Comprenderás ambos estados y te reirás de las preocupaciones. Mientras busco pasarlo bien, todo contribuye a ello, pero en cuanto trato de servir a Bapu Sahib o de que otros lo hagan, me veo impotente. Estoy contento de que el contrato sea sólo eventual. Ignorando como ignoro el idioma y la administración en general, yo no podría continuar en este puesto de forma definitiva. No habría sido justo. Controlar la holgazanería, la incompetencia y el despilfarro es algo absolutamente superior a mis fuerzas. Yo sabía que me iba a encontrar con eso, pero es que es mucho peor de lo que imaginaba. No sirve de nada lamentarse de las deficiencias de uno; aburre a la gente. Se las menciono de pasada a Bapu Sahib, y servirá de poco más que mencionártelas a ti. Añado confidencialmente que mi preocupación adicional es la de la relación de un estado administrado de forma tan negligente con el problema general del malestar en la India. Si el Destino, en forma de algún partido político, le hiciera a Dewas una Pregunta, ¿qué respuesta daría Dewas?

Me cae muy bien Bai Saheba, y todas las personas interesadas parecen estar conformes en que yo vaya a verla a menudo. Ella estará en breve de parto, y la pobre tiene una vieja cicatriz que añadir a su preocupación. Y Prabha Baba ha estado a las puertas de la muerte: mucha confusión y abatimiento. Lila y Susila Babas también han estado

indispuestas, y pienso que la casa donde viven, situada frente al arco de triunfo del rey Eduardo VII, es infame y debería ser declarada ruinosa. En este momento, el grupito está convaleciente y engullendo bombones.

Masood está aquí. Vino a toda prisa de Hyderabad, y ha sido muy divertido observar la contienda entre su artillería pesada musulmana y los arqueros *maratha*, una contienda llevada con gran cortesía por ambos lados, y creo que con respeto mutuo. Regresa mañana a Hyderabad. Ha sido muy gentil viniendo en esas cacerolas de trenes.

Masood (más adelante sir Syed Ross Masood) fue mi mejor amigo indio. Le conocía desde que él era estudiante en Oxford, y me había hospedado en su casa en mi primer viaje a la India. Más tarde llegó a ser Rector de la Universidad de Aligarh. Procedía de una familia musulmana eminente. Su abuelo, sir Syed Ahmed Khan, había fundado Aligarh, sus antepasados fueron nobles en la corte mogol, y su descendencia del Profeta estaba mejor documentada que la del Maharajá del sol. Yo no había advertido lo sensacional que era la ocasión cuando este importante personaje vino a verme a Dewas. Dos extremos se tocaban. Él no se había hospedado nunca en una corte *maratha*, y los *maratha* jamás habían tenido enfrente a un invitado como ése. Había un poco de nerviosismo por ambas partes. Por la de Masood, adoptó la forma de mordacidad y ostentación. Habló demasiado pomposa y enfáticamente sobre el poder y las riquezas de Su Alteza eminente el Nizam de Hyderabad y su salva de 21 cañonazos (nosotros sólo teníamos 15). Cimbreño y respetuoso, Malarao le escuchó, emitiendo sonidos educados. S.A. fue también sumamente cortés, y se condujo casi como si estuviera en presencia de otro soberano; había ciertas cortesías y atenciones que

Masood no había contado con recibir y éstas le complacieron. También le ofrecieron diversiones. Un día nos mandaron a la cima de Devi a lomos de un elefante, distracción de la que hubiéramos disfrutado más si el castillo no hubiera empezado a resbalar. Se tuvieron que sujetar contrapesos humanos a sus bordes o nos hubiéramos escurrido para atrás, amortiguando nuestra caída sobre su nervioso escribiente parsi y mi propio escribiente, que eran nuestros pares detrás. “Prefiero no estar en una torre cuando su base se tambalea”, dijo Masood majestuosamente. El elefante siguió cubriéndose la cabeza de rociada, como en la escultura budista. El escribiente parsi, que imaginamos que se desmayaría, fue todo animación durante la prueba y contó muchos cuentos divertidos sobre las costumbres de los elefantes, los cuales “si son tratados mal, pueden volverse, señor, sumamente indomeñables”.

Otro día se nos mandó en coche a Ujjain[50], en territorio de Gwalior, donde las operaciones propias de una ribera sagrada se desarrollaban a buen ritmo: centenares de *saddhus*[51] cubiertos de ceniza de color gris u ocre, esmeradamente vestidos según su propia moda e interesados en los acontecimientos pasajeros aun cuando estuvieran sentados sobre estacas. Uno de ellos (de color pardusco) se reía de una broma, otro (hollinoso y de pelo leonado) estaba molesto por algo, y otros dos o tres se invitaban mutuamente a té. “¡Vaya por Dios, chico!”, exclamó Masood, como si fuera culpa mía. Esos *saddhus* iban a veces a Dewas y bendecían el palacio, exigiendo cien rupias cada uno. Malarao hablaba con ellos lo más amablemente que podía y les daba a cada uno una rupia. Entonces,

maldecían el palacio y se volvían a Ujjain.

Después de tres días de hinduismo, Masood se retiró con sus escribientes y sus carpetas a Hyderabad. Nuestra incompetencia le angustiaba más a él que a mí, pues la veía como un ejemplo extremo de la incapacidad de su país.

La crónica que mandé a mi madre prosigue:

7 de abril

Ayer fui a dar un solitario y muy hermoso paseo en coche, al anochecer, por un gran jardín que pertenece al estado y contemplé las cigüeñas volando sobre los mangos y hurgué con un bastón los termiteros que se alzan del suelo como pequeñas dolomitas. Cuando volví encontré a Bai Saheba con S.A. Ella estaba bien de salud y con buen ánimo. Estas damas indias de clase alta merecen todo lo que se ha escrito sobre ellas. Actualmente soy poco crítico, pues todo me parece tan delicado en sus figuras y tan expresivo en sus gestos, de rostro o en el vestir. Pero Bai Saheba parece tan dulce y buena, y es tan conmovedora en su forma de hablar; y debe de ser graciosa si sabes el idioma (que es *marathi*), que yo nunca aprenderé. Fue mostrado tu retrato, donde tienes un aspecto bastante burlón, y se me preguntó por qué, a mi avanzada edad, no me había casado todavía. Más tarde, le llevé a ella una silla para los pies, pues me pareció que deseaba una. Muy complacida, exclamó: "¡Ojalá encuentres una esposa que te esté esperando cuando regreses y ojalá tengas un hijo!", una bendición habitual. S.A. se encontraba indispuesto, así que la acompañé yo a su coche. Se bajaron cortinas de paja sobre las ventanas, y ella volvió a ser la distante dama oriental, con soldados galopando detrás.

Como S.A. se imaginaba que iba a dormir mejor en el salón de estado, nos trasladamos a ese aposento. Al dar la luz, descubrimos a un criado, desnudo hasta la cintura, durmiendo a pierna suelta. Fue echado y se extendió en el suelo un amplio colchón, se puso encima una fina sábana, una almohada grande y un almohadón para cada brazo. Pero antes de que él pudiera acostarse, se oyeron en el patio más caballos, e

informaron de que su cuñada, con un séquito de doncellas, se acercaba. “¡Qué mujer tan pesada y descontentadiza!… ¡No!, debo verla. Te la presentaré. Quédate mientras puedas soportarlo. Luego la entretendrá el general.” Ella era también graciosa y pequeña, y vestía un sari color de rosa. Después de unas cuantas cortesías, él se tumbó en su lecho del suelo del salón y ella se sentó en el borde, muy solícita. “Jugad al solitario todos vosotros, si queréis —ordenó él—, puede que me alivie”. Trajeron cartas y jugamos al solitario encima de la alfombra. La dama y yo jugamos uno juntos, el general, el veterinario y el oficial de distrito jugaron a cierta distancia. El nuestro acabó pronto, debido a la pueril latitud de las reglas, que han sido modificadas, supongo, para adaptarlas a la mentalidad del harén. El fracaso era imposible. Luego me levanté y abandoné la extraña escena. Más tarde salieron cantos sagrados del salón. La cuñada se había ido a dormir, y algunos cortesanos le estaban cantando himnos *marathis* al soberano, mientras otros le daban masajes en las pantorrillas. En el curso de sus servicios, se quedó medio dormido.

A la tercera gran dama del Estado, la Maharaní Viuda, todavía no la he conocido. Ella no se ha enterado de que el soberano está enfermo, o ya la habríamos tenido encima, también. Las tres se odian triangularmente, puedes llamarlo cuadrilátero si cuentas a la Maharaní ausente, que ahora reside con su padre en Kolhapur. La cuñada ha vuelto a venir esta tarde, esta vez con su marido, y mientras los hermanos hablaban, ella y yo hemos probado el inglés. Conversación sobre temas artísticos y literarios. La cuñada pinta “en parte al estilo de Londres, en parte al estilo de la India.” También juega al ajedrez y me ha prometido enseñarme la variedad india de este juego mañana por la tarde. Como Bai Saheba ha sido invitada a cenar, las dos chocarán y tal vez tengan una pelea.

No puedo superar esta constante falta de intimidad. Incluso cuando las puertas se hacen para que cierren, éstas no lo hacen, por el alabeo; y como los sirvientes no consideran educado llamar, puedes encontrarte en cualquier momento entre formas que se arrastran. Multitud de centinelas, pero generalmente duermen boca abajo. Dormimos tan al descubierto del campo como de los demás. Es indescriptible e inimaginable; en realidad, una experiencia magnífica, pues es el residuo de una civilización desaparecida. Pero mi cabeza parece tan caótica como estos contornos, y no puedo comprenderlo en

absoluto. La tosca fealdad de este palacio también me abruma. Es un alivio salir al anochecer, pues una vez lejos me encuentro rodeado de árboles y pájaros maravillosos.

La temperatura ha alcanzado los 104°F., sólo 4 grados por debajo de nuestra máxima estival. Y esto hace que me sienta aliviado, pues no encuentro que este calor sea excesivo. He conseguido *tattis* para mi habitación y he encontrado un chico que lleva un enorme turbante que arroja agua sobre ellas desde la galería exterior; algunas veces de forma tan violenta que me empapa cuando estoy sentado dentro. Las *tattis*, aunque están hechas a medida, no guardan relación con sus aberturas. Pero las he apoyado sobre un montón de ladrillos, los cuales ladrillos fueron traídos del caos sobre las cabezas de otro chico y de tres chicas. Soy muy serio con lo relativo a mi comodidad, y Malarao es muy amable. La sequedad es extrema; no recuerdo si te dije que mis mejores ropas crujieron por la noche, dándome una descarga eléctrica, y que mi diario y otros libros se habían combado, aunque ya se han puesto mejor. El líquido contenido en un vaso de vino se evapora en tres días, y la suerte de la tinta es desesperada. Es esto, más que el calor, lo que me afecta.

Otro informe a Malcolm:

24 de abril

Desde mi última carta he estado leyendo en voz alta (principalmente, los Ensayos de M. Arnold), lo cual ha hecho que me sintiera más útil. ¡Qué inteligencia, qué sutileza, y qué memoria! Las de la Bapu Sahib, quiero decir. Sigue el hilo de todas las referencias a la mitología griega, y no puede haberlas oído desde la época de tu tutoría. Así que estoy muy contento y voy a proceder a la última intriga. No es que esté muy satisfecho por ello, pues una de las mejores personas del Estado (en mi opinión) es su centro, ese joven Sirdar Waghalkar. Tiene mucho carácter y talento, y me gusta, pero Bapu Sahib lo ve con desagrado. Yo quiero que lo despida: es demasiado independiente e inquieto para encajar en ese Dewas que yo veo. Pero Bapu Sahib propone tenerlo él mismo vigilado

y dice que no puede despedirle y al mismo tiempo permitirle conservar su *jagir*[52]. Malarao, que es Miembro Familiar del Consejo, es primo de Sirdar Sahib y está bajo su influencia: éste es uno de los motivos de irritación. Y hay otros, en los que no es oportuno entrar aquí. Pero si tú te pasaras por aquí en julio, podrías ser, en esto como en todo, de mucha ayuda. Es un problema de carácter y los enredos no pueden resolverlo, y esto tú podrías conseguir que Bapu Sahib lo viera.

Lo que te adjunto[53] es más divertido, porque (tal como señalé en mi discurso inaugural) "si fracasa, no se tambalearán los cimientos del Estado." Nuestra reunión no fue excesivamente fructuosa. El Sr. Shastri aportó parte de su astucia como también todo su entusiasmo, y planteó la cuestión de la lengua vernácula con el propósito de llegar a ser, él mismo, subsecretario o, en su defecto, intérprete. Yo (el secretario) fui insensible a esas gentiles propuestas y pronostiqué la muerte de la Sociedad si ésta llega a contraer Bilingualitis. Luego salió el problema social. ¿Cuál había de ser el criterio: noble alcurnia y distinción pública o los conocimientos de inglés? El Dewan se mostró como un demócrata, o, para ser más exactos, como un anti-palatino. Así, pues, los maestros de escuela han sido admitidos, pero los comerciantes están pendientes de un hilo, lo cual es lo mejor que uno puede esperar en la mejor de las cortes posibles.

El tiempo sigue siendo muy aceptable. Las *tattis* funcionan bien, aunque los aljibes están tan bajos que un pececito fue arrojado contra ellas del interior de un cubo. El hijo del *bhisti*[54] lo sacó y me lo trajo a mí. Le di las gracias y ahora el pez vive permanentemente en la galería. Exactamente qué papel desempeñan los animales inferiores en mi organismo, todavía no lo sé, pero me causó un sobresalto encontrarme una tortuga en la planta de agua potable Krishna. Estaba sentada en la losa central: era el propio *Vishnu*[55], sin duda. Ahora bebo gaseosa. Desde luego, las tortugas de Indore se han sentado en ella, pero no las veo, como no veo cómo se cocina en nuestra *khana* india. No vale la pena pensar. Seguir los impulsos de la vista y de la imaginación es ya lo bastante complicado. El Consejero Político Adams, con esposa e hija, llegan esta noche, y gracias a mis maquinaciones se alojan en la Casa de Huéspedes, no en palacio, que es a donde picaba su intención. Estarán más cómodos en la Casa de Huéspedes, pero éste no fue mi principal propósito. Quiero —como quiere Bapu Sahib— que el

palacio esté reservado para sus amigos íntimos, y yo querría frustrar esa jovialidad oficial que dice: "Recibiste en tu casa a Luard, Maharajá Sahib; ahora debes recibirme a mí." Además, tienen que ordeñar una vaca en presencia del Consejero Político Adams, pues de lo contrario está inquieto respecto a su té; y es mucho más delicado que esto tenga lugar lejos de mi vista. Con todo, no nos preocupan mucho los Adams. Lo que nos horroriza y nos alegra a la vez es la posibilidad de una visita por parte de Scindhia, quien, habiendo tomado las aguas en Ujjain, donde se han estado bañando tres millones de *saddhus*, puede venir aquí con sus dos esposas y contraer el cólera cuando quiera.

La Sociedad Literaria de Dewas surgió a propósito del Ensayo de Macaulay sobre Federico el Grande. Yo le había estado leyendo a S.A. la relación que hace Macaulay de las aventuras de Voltaire en la corte del tirano, y a ambos nos impresionó el interesante paralelismo. Aquí estaba yo, un literato, en su corte y presuntamente en su poder. Un Voltaire interno. ¿Acaso no debía hacer yo algo? Así, pues, redacté un manifiesto, que se ha conservado. El tono del mismo es deliberadamente protocolario. Yo informaba a mis pares *marathas* de que existen dos motivos para interesarse por la literatura: el lector entra en contacto con las nobles obras del pasado y del presente, y también con otros lectores, ocupados de modo semejante. Las actas tenían que ser en inglés, pero también se hablaría de obras en otros idiomas. No sería necesario abonar cuota alguna, sólo aportar adhesión y apoyo práctico. La primera sesión debía celebrarse el 20 de abril a las 7.30 en el salón principal de la planta baja, ala norte, del palacio Shri Anand Bhuvan. "¿Tendrían la bondad los caballeros abajo citados (a la mayoría de los cuales tengo el placer y el privilegio de conocer personalmente) de

significar si prestan apoyo al proyecto y piensan asistir a las sesiones cuando sus otros compromisos se lo permitan?"

A continuación figuraban los nombres de unas dos docenas de nobles. Todos ellos manifestaron su apoyo; la mayoría de ellos resultó que tenían otros compromisos. Con todo, se celebraron unas cuantas sesiones antes de que acabáramos desapareciendo. Recuerdo una ponencia que leí en la que cité esa historia de Dostoyevsky acerca de la mujer malvada y la cebolla. Había sido tan mala que en toda su vida sólo había realizado una buena acción: dar una cebolla a un mendigo. Fue, pues, al infierno. Mientras sufría tormento, vio la cebolla, que un ángel bajaba del cielo. Se agarró a ella y el ángel se puso a alzarla. Los otros condenados vieron lo que ocurría y también se agarraron a la cebolla. La mujer se indignó y gritó: "¡Soltad, es *mi* cebolla!" Y tan pronto como dijo "*mi* cebolla", el troncho se partió y la mujer volvió a caer en las llamas. Yo siempre había pensado que esta historia era conmovedora, pero no tenía idea del efecto que iba a producir en la Sociedad Literaria de Dewas. Hasta entonces todos habían estado correctos, pero se aburrían y hacían un gran esfuerzo por seguir el hilo. En aquel momento se les aflojaron los músculos de la cara y susurraron: "Ah, eso es bueno, bueno; eso es *bhakti*[56]" Habían encontrado algo que apreciaban y comprendían. Desde entonces he pensado muchas veces en aquel momento, en aquel destello de comprensión en medio de la India. De los muchos autores ingleses que había citado, ninguno les había conmovido. Un ruso llegó a sus corazones.

28 de abril

Gracias a Dios ya han pasado los tres días de estancia del coronel Adams, su esposa y su hija. Y no es que alguien pudiera haber sido más agradable que las dos damas. Adams le daba al whisky, tenía cara de pez y, sin duda, era un matón, aunque la nueva posición de los Estados indígenas no le ofrecía muchas posibilidades; y yo a veces devolvía ligeramente el golpe. Se alojaron en la Casa de Huéspedes, donde tenían que tener una vaca especialmente para ellos que había de ser ordeñada en su presencia, pero venían aquí a comer y a cenar. Les acompañaban diversos empleados del Gobierno, que nos exigieron dinero para comida (se lo dimos, aunque existe una circular oficial prohibiendo pedirlo) y también para el viaje de ida y vuelta de Indore a Dewas, que yo tuve mucho placer en denegarles: se lo habrían dado si yo no hubiera estado aquí, y también habrían exigido propinas. Las indirectas a Adams no surten ningún efecto. Su predecesor suprimió todos estos abusos, pero él ve bien que se arruine y se fastidie a los naturales, y pretendía que a mí me divirtieran sus graciosas historias acerca de las socaliñas de sus empleados. Tengo entendido que su superior —también un "coronel", en Indore— es todavía más bajo que él en cuanto a modo de proceder. Es extraño que la Delegación del Gobierno[57], que tiene que tratar con príncipes, se especialice en mala educación. Era exactamente igual hace ahora diez años, aunque ahora es menos lamentable, pues los príncipes son más arrogantes. No veo, ni es probable que vea, ninguno de los movimientos actuales de la India, excepto de forma indirecta. Quiero decir que el Gobierno, alarmado por el bolchevismo y por Gandhi, es atento con los príncipes, y éstos, igualmente alarmados, hacen todo lo que pueden por impedir la difusión de nuevas ideas. Se dice que hay ideas nuevas, incluso en Dewas, pero no son perceptibles para un ojo occidental. Políticamente, aunque no socialmente, todavía estamos viviendo, aquí, en el siglo XIV. Masood se asustó de nuestro estado de atraso y mantuvo una conversación (muy educada) con S.A. sobre este particular. Se ha de redactar una nueva constitución, a fin de que el pueblo pueda ser formado paulatinamente. Pero ya se estaba redactando una nueva constitución cuando estuve aquí hace diez años, y si el pueblo acaba recibiendo educación, será del

exterior. Se les ve felices, trabajan con moderación, y obstruyen las carreteras con carretas de bueyes que se despliegan en abanico así que oyen acercarse un automóvil. Este palacio, con sus pianos alabeados y sus teléfonos estropeados, es realmente sólo una excrecencia en la antigua campiña, y me encanta escapar de él en coche, al anochecer, para irme a un jardín que hay a unas dos millas de distancia, donde todo está tranquilo y puedo sentarme en el borde de un aljibe bajo árboles enormes.

Mientras estaban aquí los Adams, llegó de Indore el técnico de automóviles, con su esposa e hija y yo tuve que ir de acá para allá como una peonza. Eran gente simpática —Manchester —, y S.A. les invitó a nuestro banquete de "haute politique", del que yo había dado por supuesto que serían excluidos. Todo fue bien, y el Sr. y la Sra. Adams fueron exageradamente amables. Adams, cuando los vio por primera vez a lo lejos, en la Casa de Huéspedes, exclamó: "¿Quién demonios son ésos?" (bonitos modales, cuando él mismo era un invitado). Pero le hicimos comportarse. El técnico dio algunos buenos consejos, ninguno de los cuales será adoptado. La cosa es tener un técnico, y ahí acaba todo. Nunca podría describir la confusión que reina en este lugar; es más complicado de lo que parece. Se han instalado tuberías (por ejemplo) a todo lo largo del arriate, y las han conectado a un depósito vacío, el cual se levanta sobre cuatro pilares y contribuye a echar a perder nuestro entorno. Este depósito está conectado, a su vez, a un pozo casi vacío. Y si hubiera algo de agua en este pozo, sería elevada al depósito por una bomba eléctrica de potencia insuficiente para elevar el agua. Todavía no hemos llegado al final de la cadena, pues la bomba eléctrica está conectada a la central eléctrica, que sólo funciona por la noche, cuando se necesitan todas sus energías para la iluminación del palacio. Así que aquí nos tienes, y las flores muriéndose. Traté de elevar el agua del pozo con bueyes, pero sólo conseguí dos, y uno de ellos estaba tan enfermo que lo envié a Indore al Hospital de Vacas Indispuestas (no debemos matar ni siquiera una mosca). He dicho "envié", que suena muy imponente, pero en realidad ello representó tres días de preocupación antes de que al pobre animal se lo llevaran en coche. Las voladuras son la última etapa. Han quitado la bomba eléctrica, y una lluvia de hombres, mujeres y niños han sido bajados al pozo, donde lanzan violentamente hacia arriba el agua que queda y producen espantosos olores con la pólvora.

30 de abril

¡Ha llegado Baldeo! Más negro y arrugado de cómo le recordaba, pero indudablemente Baldeo. Nos saludamos con transportes de moderado afecto, y de momento todo es energía y entrega. Pero me temo que, como tiene poco que hacer, se pondrá pesado. Parece que no ha comido desde que llegó, hace 24 horas, y que ello no le preocupa en demasía. La religión, el obstáculo. La corte no es estricta, y B. quiere una habitación para él donde pueda prepararse su propia comida. Tendrá que trasladarse a una choza que hay junto al pozo, lo cual es una lata. S.A. es muy amable con él.

Nacimiento de una niña

9 de mayo

El nacimiento de una niña lo ha puesto todo patas arriba, en la medida en que no lo estuviera ya. Los ritos —son más que costumbres— son extraordinarios y parecen concebidos para causar la mayor incomodidad posible a la madre y al hijo. El infortunado par tiene que oír música que suena al otro lado de su puerta durante casi 15 días. Empezó con fuegos artificiales y una descarga de fusiles de todo el ejército por grupos; luego, tambores, trompetas, instrumentos de cuerda, y canto. Durante 5 días, el marido no debe ver a su mujer, pero durante todos esos 15 días, debe dormir en el recinto en que se levanta la casa de ésta; y sus amigos y sirvientes permanecen con él escuchando la música incesante. O sea que aquí me tienes. Bajo de palacio después de cenar y me siento en medio de sonidos discordantes hasta que me quedo dormido. Mi cama está junto a la de S.A.; la de Malarao, en el otro costado. El patio está más limpio de lo que lo estaba antes, pero la primera noche dormimos rodeados de bueyes. Ayer era el quinto día, y la música sonó toda la noche. Bayaderas y muchachos vestidos de chica dieron alaridos, hubo farsas, diálogos, danzas, y la banda militar interpretó plañideramente melodías occidentales. Me fui a la cama a medianoche, pero a las 3 algo inusitado me despertó: la música había pasado a ser bella. Así, pues, me puse el turbante y me reuní con el grupo. S.A. estaba dormido en su cama, los lugareños se habían ido a sus casas, y sólo sobrevivían unos pocos expertos. ¿Por qué reservar a tus mejores cantores para las 3 de la madrugada? No hay respuesta para esta pregunta en la India. Estoy tan lejos como antes de comprender el canto indio, pero no me cabe ninguna duda de que estaba oyendo arte grande: era tan complicado y, no obstante, tan apasionado. El cantor y el tambor tenían casi la misma importancia y tejían sobre un acorde en do mayor complicadas figuras que cesaban en el mismo momento; por lo menos eso es lo más aproximado que puedo explicarlo: era

como música occidental reflejada en aguas trémulas. Y continuó en un único arranque durante media hora. La letra no era importante, una mera excusa para el ejercicio de la voz.

Pero, qué diversión sacaron de ello la señora y la niñita, eso es algo que no sé. S.A. está completamente de acuerdo en que es monstruoso —él tiene la apreciación justa—, pero dice que la tradición es demasiado fuerte para cambiarla. Hubo un momento en que la banda tocó en el mismo dormitorio. Los cortesanos ni siquiera tienen esa apreciación. Uno de ellos, cuando sugerí que quince días de estruendo no es el mejor de los comienzos, replicó: "¿Por qué no? Le evitará la tristeza a la madre. Después de todo, ella no está enferma." (¡!) Si hubiera sido un hijo varón, el ruido se habría duplicado y la factura de las celebraciones habría ascendido a 2.000 libras, en vez de las modestas 1.000 libras que se prevén ahora. Necesitamos este dinero para otras cosas y se difiere la labor del Estado.

Tengo que ver a Bai Saheba esta tarde. Ella ha estado muy contenta de que yo duerma aquí abajo, pues a ella le gusta este estrépito y esta muchedumbre de hombres. Acabo de cobrar mi sueldo de abril, no a través del departamento de finanzas, sino por el Comisario de Policía, quien echó en mi salacot, jugando, 300 rupias de plata.

17 de mayo

Culminamos el 15 de mayo con celebraciones tremendas y grotescas, que empequeñecieron nuestros anteriores empeños. El número principal fue la entrega de regalos a la madre y la hija. S.A. fue tan amable: me informó de ello, para que yo no quedara excluido, y me ayudó a escondidas en mi elección. Por la mañana me quedé descansando, y bajé en coche a casa de Bai Saheba para ponerme ropa india; luego, continué en coche con mis regalos para unirme al Comandante en Jefe y sus regalos. Malarao, el Jefe de Policía, etc., etc., engrosaron el grupo, y volvimos andando a casa de Bai Saheba; primero el ejército, simulando a los granaderos británicos, luego criados, que llevaban los regalos en bandejas, luego nosotros, en afable charla, a continuación una enorme muchedumbre y finalmente la esposa del Comandante en Jefe en un coche *purdah*. Cuando llegábamos a casa de Bai Saheba, otras dos bandas empezaron a tocar, una militar pero interpretando sones indios, la otra el violento estruendo de los barrenderos, parias pero súbditos leales que se mantuvieron al borde del camino golpeando

cedazos con palas. Entramos majestuosamente en el patio, y luego todo paró en nada, de acuerdo con el espíritu indio. No hubo recepción espectacular. Los regalos fueron descargados de golpe por los criados sobre un *durry*[58], en el que, muy inquieto, estaba sentado S.A. rodeado de escribientes. Pues él tenía que ofrecerle a cada donante un regalo de igual valor, y tenía que conjeturar rápidamente lo que costaba cada regalo. Yo ofrecí a la dama un sari para llevar de día y una pieza de seda para hacer una chaqueta, y para la niña una lamentable pieza de tela de color rosa. Éste era un pasable regalo mínimo: los parientes más allegados añadían cocos, adornos de plata y arroz. Mientras todos nosotros nos entreteníamos sobre el *durry*, seguían llegando las damas, la mayoría en carros cubiertos tirados por bueyes, y eran transferidas a la tienda *purdah* que había cerca de nosotros. Los regalos no pudieron ser introducidos por culpa de la Maharaní Viuda, que como de costumbre llegaba tarde. Llegó una cuna, realizada por los carpinteros del Estado y que tenía bastante bamboleo. S.A. se había propuesto, casi, que yo entrara en la tienda *purdah*, pero desistió, pues unas cuantas personas chapadas a la antigua habrían puesto objeciones. Entramos en la casa que había detrás, contra la que se apoyaba la tienda, y me senté junto a la puerta y miré por encima de su hombro, pero vi poca cosa. Él se afanaba como un mozo de café del Soho. Por la puerta de la tienda *purdah* salían las bandejas que contenían los regalos que habían sido presentados y aceptados, y él las volcaba sobre el suelo donde estaba sentado —ropa, cocos y todo lo demás—, a fin de dejar libre la bandeja para el servicio de vuelta. Se ponía inmediatamente su regalo de retorno en la bandeja, y ésta volvía a la tienda *purdah* para la esposa del hombre que había hecho el regalo. Al no tener esposa —o por lo menos ninguna allí—, me dio directamente mi regalo de retorno. Yo lo había elegido de antemano: un turbante con hebras de oro[59] que él me dijo que era el justo equivalente monetario de lo que yo había dado. Estuve satisfecho. No así la Maharaní Viuda, que rechazó su regalo de retorno porque pensaba que sólo costaba 200 rupias, mientras que había precedente para 250 rupias. Ésta y otras malas noticias fueron filtrándose por los pliegues de la tienda. S.A. estaba triste, pero se lo tomaba con filosofía. “Me gasto todo este dinero con la esperanza de que estén contentas, y se pelean. Siempre ocurre… sí, la Maharaní Viuda ha estado grosera, pero ¿cómo puedo hacer caso de ello?

Creerán que es una venganza por su comportamiento hacia mí en el pasado, y ella ahora está indefensa. La invitaré más tarde al canto...", dijo, mientras seguía echando objetos de valor sobre el polvoriento suelo. Se me abrió el apetito y registré buscando azúcar cande y cacahuetes. En el interior, a la niña le ponían de nombre Pudmawatai Baba. Será "Padma" para abreviar. Su nombre había de contener la letra astrológica indicada por su horóscopo, pero el horóscopo indicó "Z", que fue considerada difícil y descartada. Oíamos como lloraba en su nueva cuna, y sus hermanas también lloraban por culpa del calor y tuvieron que sacarlas. Salieron echadas indolentemente sobre las espaldas de unos criados, y semejantes a muñecas vistosamente vestidas pero sin relleno. Bai Saheba —a quien no llegué a distinguir— también padecía calor y las disputas de sus damas, sofocándose dentro de un sari que era casi todo de oro.

Pasemos ahora al banquete. Las señoras comieron primero, y ya eran las once de la noche cuando nos sentamos en el patio (en realidad, un corral) para comer arroz frío, etc., todo ello bastante desagradable. No duró mucho, para mi alivio, pues el ponerme en cuclillas se me hace cada vez más difícil con los años. A continuación venía el canto, pero no pudo iniciarse porque la Maharaní Viuda no venía. Era ya casi la una de la madrugada cuando ella salió de la tienda *purdah* en una caseta de cortinas movible y fue instalada en una cabaña que tenía una cortina semitransparente, cerca de nuestro lugar de operaciones. Ella llamó a la cantora principal —una dama de Gwalior y amable en exceso— y se puso a hablar con ella a través de la cortina y luego a llorar con ella, pues salió en la conversación la madre del maharajá de Gwalior, fallecida hace poco y amiga de ambas, y tocó una cuerda sensible. Llegados a este punto, le dije a S.A.: "Si yo fuera rey, no toleraría eso por más tiempo." "Da las órdenes que quieras, Morgan", contestó lastimeramente. Así, pues, mandamos por otro cantor, pero antes de que éste llegara, los recuerdos de Gwalior concluyeron y el espectáculo comenzó. Yo estaba demasiado extenuado para aguantar mucho rato, y me acosté en una cama. Un enorme buey se tumbó justo a mi lado, tan cerca que cuando mis pies asomaban por el extremo de la cama, que era demasiado pequeña, le tocaba la joroba. Fue muy amistoso y educado y no causó problemas hasta que un perro se metió debajo de la cama y le ladró, sacudiendo entonces violentamente la cabeza.

A eso de las 3 de la madrugada, la Maharaní Viuda se marchó y las camas fueron llevadas arrastrándolas a una parte más aseada del patio.

A la Maharaní Viuda —se llamaba Tara Raja— la conocí durante mucho tiempo como la Dama-Fastidio n.° 1 de Dewas. Viuda del anterior soberano, había dado apoyo a la subida al trono de su sobrino, pero una vez éste estuvo en él no hizo otra cosa que fastidiarle. En las primeras cartas de Malcolm se habla mucho de ella. Una disputa por una cuchara de plata, que ella acusaba a su dama de compañía inglesa de habérsela robado, sacudió la corte de arriba abajo; y aún hubo más agitación a propósito de las joyas del Estado, que ella se apropió y se vio obligada más tarde a ceder al casarse él. Ella reñía con la madre de él, bailaba vestida de hombre con sus doncellas, también vestidas así, era ingobernable y extravagante, y trató de envenenarle. Eso al menos era lo que él sostenía, y por este motivo se había mostrado tan mal dispuesto a ir a verla cuando Malcolm se lo ordenó.

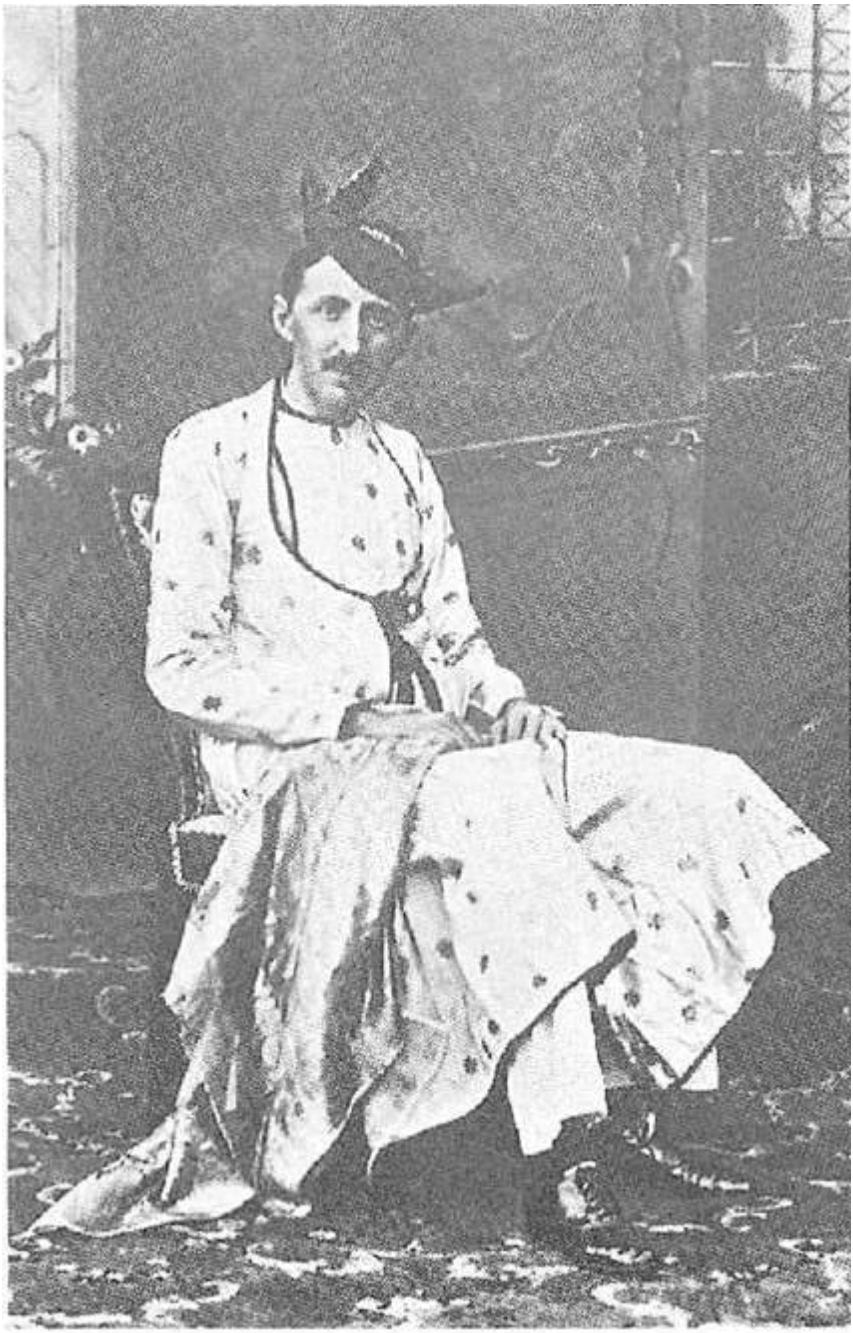
Yo nunca pude aceptar la historia del veneno —no parecía haber un motivo imaginable para este crimen —, pero S.A. creía en ella de un modo distante y afirmaba que en una época siempre la había obligado a comer antes de hacerlo él, cuando comían juntos, pero que ahora esto ya no era necesario; y también que en una ocasión había expirado un perro. Para entonces ya no sentía temores, ni resentimiento, ni hostilidad. Lo que perduraba era un vago malestar, una especie de acentuado fastidio, una renuencia a recibirla personalmente. “¡Maldición! ¡Su Alteza Viuda otra vez!”, exclamaba cuando el coche de ella

penetraba en el recinto. “¡No, no puedo, sencillamente no puedo! Encárgate tú, Morgan.” Y yo tuve, por consiguiente, varias conversaciones privadas con ella. Era afable y simpática conmigo, incluso llana, y tenía ese ligero aire de desesperanza que le va tan bien a una dama india, sin mostrar resentimiento, sólo el desencanto con que una persona de maneras refinadas se encara con las cosas de la vida. Era baja y regordeta, pero no tenía nada de grotesca; su sari era del tipo sobrio, y su expresión era franca y resignada. Y si bien no hablaba inglés perfectamente, ella, de todas formas, se expresaba perfectamente en inglés. Cuando nos servíamos el té, o ella el té y yo la leche, cuando nos ofrecíamos mutuamente pan con mantequilla, o espantábamos las moscas de los pastelillos, era lo más parecido a estar banqueteando con Catalina de Médicis que he experimentado nunca.

Como otras damas indias de esa época, Su Alteza Viuda era una experta en semi-*purdah*. Lo había puesto en práctica en la fiesta del nacimiento de su sobrinanieta, y recuerdo otra ocasión en el gran salón cuando escuchábamos a una banda militar. El ruido la despertó, en una parte alejada del palacio, y quiso venir. Se improvisó un cobijo detrás de una mampara y la condujeron a él, envuelta con una sábana. Al cabo de un rato, se impacientó, atisbo por el borde de la mampara y vio otra que podía convenirle más. Así, pues, se precipitó hacia allí, poniéndose al abrigo, *en route*, detrás de una silla. Llegada a la segunda mampara, se sentó nuevamente sobre la alfombra, momento en que sintió hambre. Se encargó una colación y ella cambió rápidamente de sitio por segunda vez. De nuevo se acurrucó detrás de la silla,

para terminar levantándose de un modo más moderno y acercándose a la comida a plena vista de la banda.

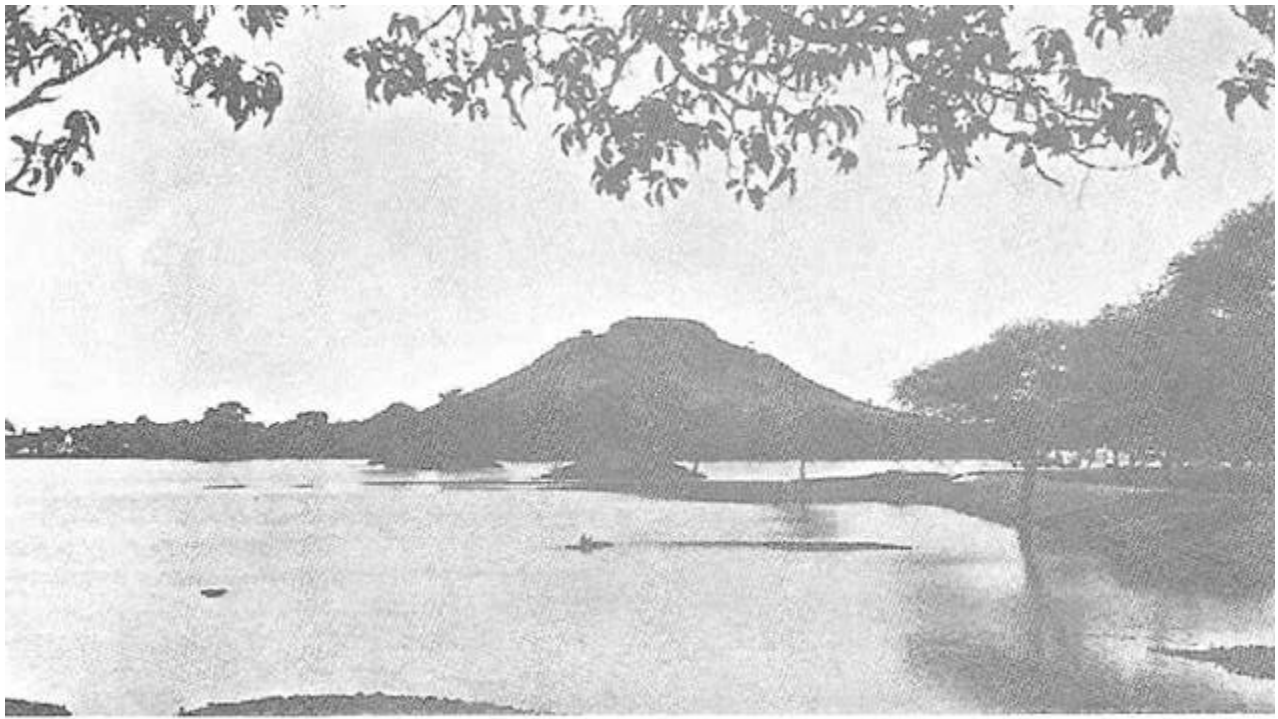
Procedía de Kolhapur, pero también tenía un vínculo con Gwalior, aunque Malcolm tenía dudas sobre la naturaleza exacta del mismo. Cuando yo la conocí debía de tener unos cincuenta años. Murió en 1930, en el Palacio Viejo.



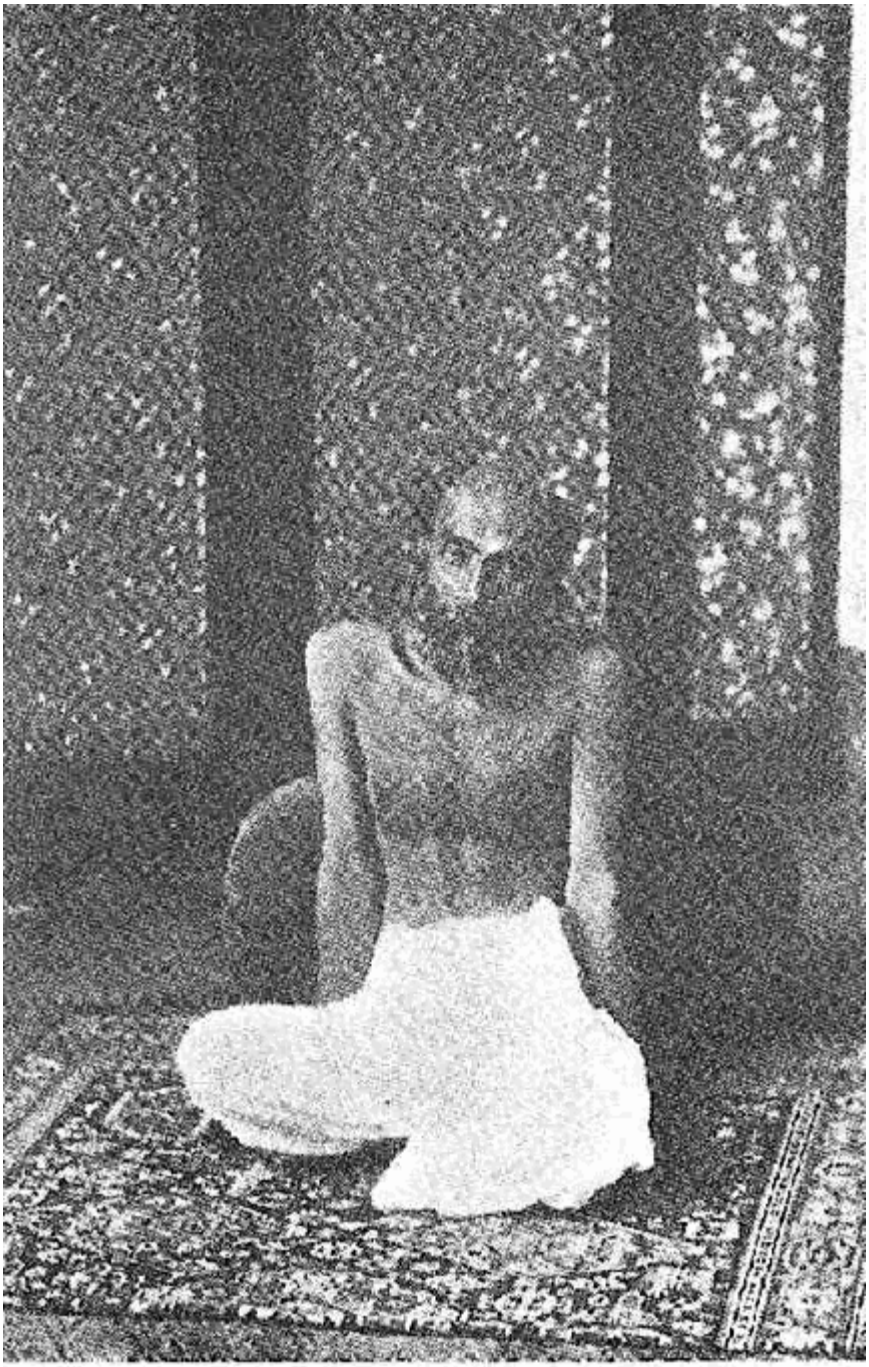
El Secretario particular de S.A.

Bapu Sahib.

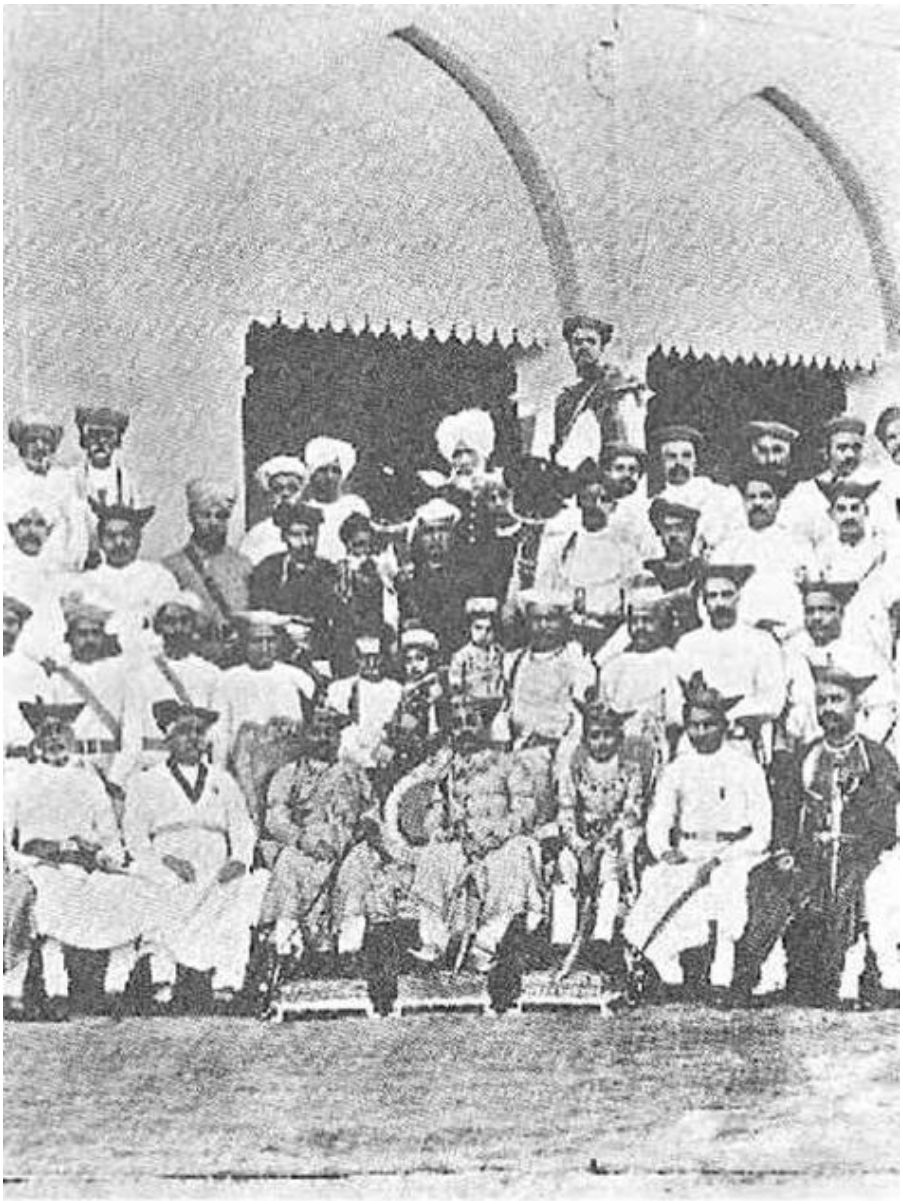
S.A. Sir Tukojirao III, K.C.I.E.,
Maharajá del Estado de Dewas Senior.



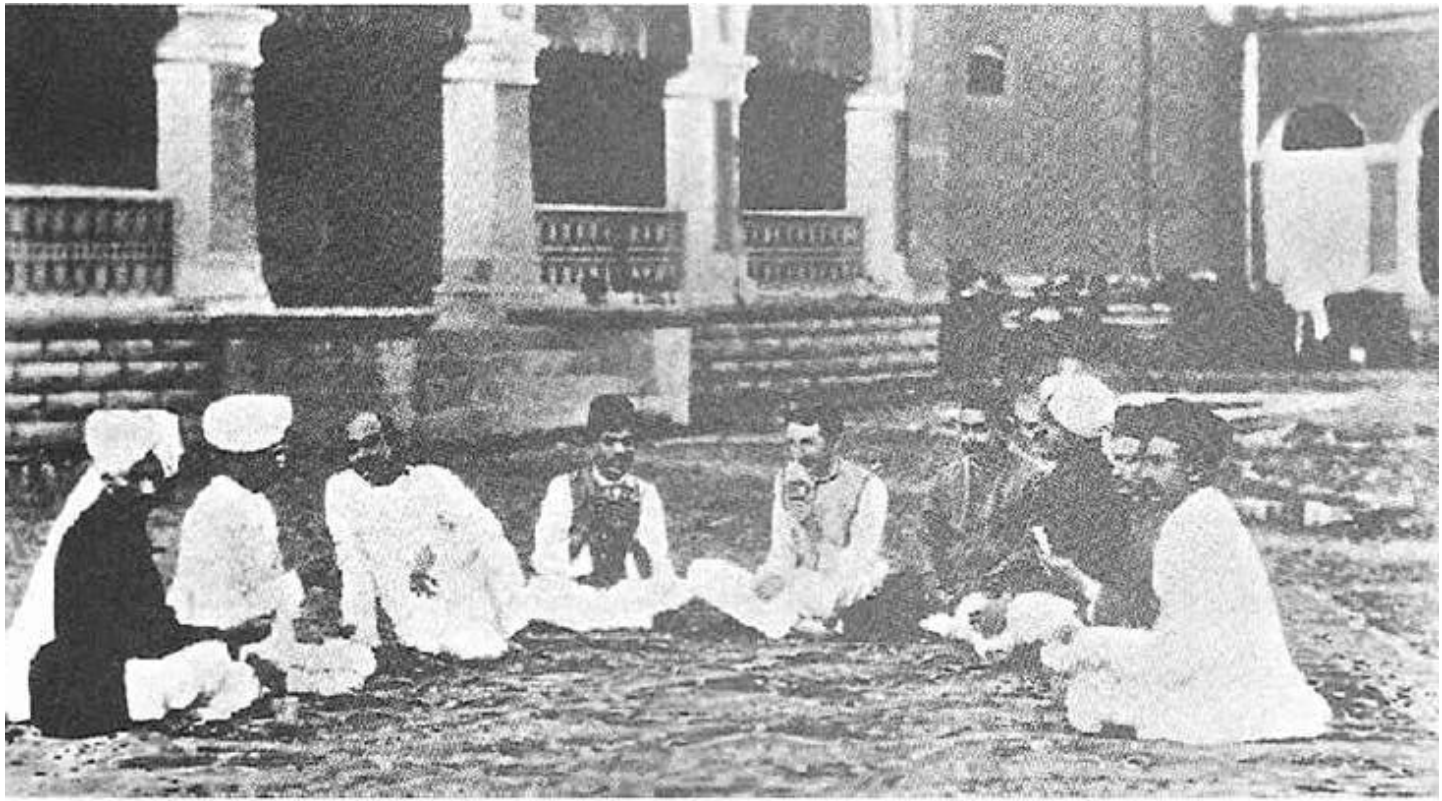
La Colina de Devi. La Casa de Huéspedes queda a la derecha,
justo al exterior de la fotografía.



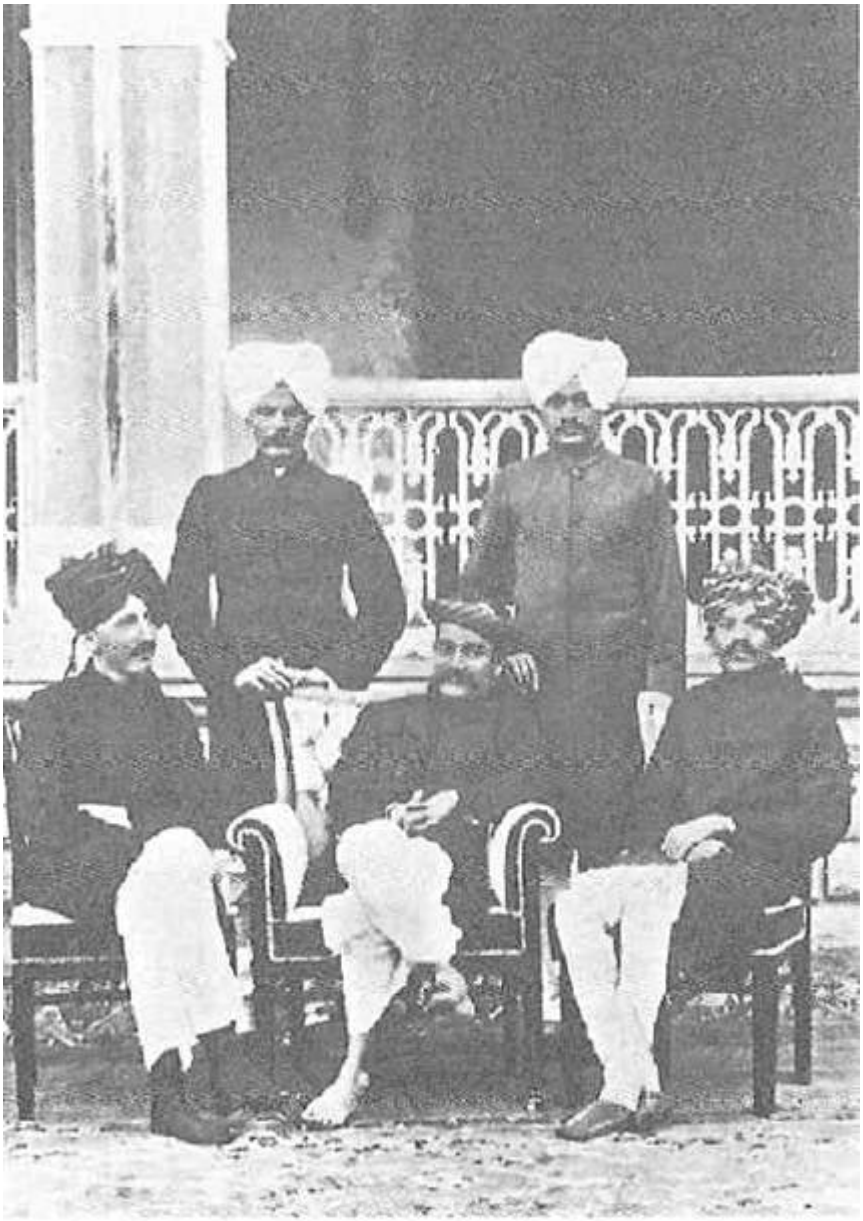
El Maharajá en Pondicherry, 1934,
después de un ayuno religioso.



Parte de la Corte, 1921. Fila delantera, de izquierda a derecha: el Dewan, Bhau Sahib, S.A., el joven príncipe, Waghalkar Sahib, el Comandante en Jefe. Detrás de S.A., dos de sus hijas.



Jugando a "Jubbu". S.A. aconseja a su hermano.



Recuerdo de una reunión bautizada por S.A. como una "espléndida combinación del variado Oriente con el culto Occidente."
De izquierda a derecha: detrás, Veterinario, Deolekr Sahib; delante, yo, S.A., Malarao Sahib.

La visita de Scindhia

La visita de Scindhia, Maharajá de Gwalior, se produjo poco después del nacimiento de la niña, y mis cartas hacen referencia a su llegada prevista, a su no-llegada y a su definitiva llegada a Dewas. Era un príncipe enérgico y vulgar, y como era a la vez vecino y tío de S.A., había adquirido un considerable ascendiente sobre éste. Malcolm creía que esta influencia era mala, y había tenido una experiencia desagradable durante su viaje por toda la India: Scindhia, con una mezcla de coba y de bravatas, se había apoderado de su joven pupilo y lo había retenido prácticamente prisionero en el palacio de Gwalior. Hubo una tremenda disputa. Desde la ruptura con Kolhapur, la influencia, si cabe, había aumentado. Scindhia no podía alardear de noble cuna, pues su antepasado había sido el que le llevaba las zapatillas al Peshwa, pero él era todo aquello que parecía actual en Dewas: un sagaz hombre de negocios, un político enérgico, y sabía conducir un tren de forma arrojada; y si los pasajeros expresaban su temor, él proclamaba: “No hay peligro, conduce Scindhia.” Su hijo y su hija pequeños (llamados entonces George y Mary) ya nos habían honrado, el muchacho, vestido de caqui como un soldado; y ahora se le esperaba a él en Ujjain con sus dos maharanís para bañarse en el Sipra.

Se había cursado una invitación cordial sin

resultado. S.A. decidió entonces que nosotros mismos teníamos que ir a Ujjain, presentarle nuestros respetos y persuadirle a que viniera. No debía ser difícil: él era tan simpático y jovial. Partimos en todos nuestros automóviles disponibles, recogiendo a la Maharaní Viuda por el camino. Ella era una pieza fundamental de la embajada a causa de su vínculo con Gwalior. Vivía a poca distancia de la ciudad, en una especie de *zariba*[60] cerca de la planta de agua potable Krishna. Serpenteando entre antiparas *purdab*, logramos sacarla y proseguimos nuestro camino.

En Ujjain pasamos una velada ignominiosa. El gran hombre no dijo que sí ni dijo que no, se guaseó y fanfarroneó. A veces le suplicó S.A., a veces la Maharaní Viuda, a veces fue objeto de una súplica general. En un momento de la discusión, sirvieron una cena de estar por casa, y recuerdo que cuando llegó el momento de fumar y yo pedí una cerilla, Scindhia me arrojó la caja de cerillas haciéndola rebotar sobre el mantel aunque estaba lo bastante cerca como para alargármela. Este gesto y su brusco interrogatorio en lo relativo a mi rango estaban en agudo contraste con la cortesía y la amabilidad constantes de Dewas. ¡Cómo me alegré de mi buena estrella!

Después de la cena, hubo una desmesurada pausa, durante la cual perdí a todo el mundo. Al cabo de poco, vi a la Maharaní Viuda sola en una habitación lateral. Scindhia le había hecho beber brandy repetidamente y estaba borracha. “Eso que ha hecho S.A. no es considerado, no está bien; es una broma de las suyas”, suspiró ella, y se quejó de que le dolían los pies. Le sugerí que los colocara encima de una silla, y le levanté los pies y se los puse encima de una. “¡Qué

cosa más curiosa de hacer!", dijo sonriéndome poco convencida. Permanecimos juntos en esa rara armonía que la India proporciona de vez en cuando. Cuando trató de levantarse, la disuadí y la sosegué. "Bueno, Alteza, no tiene importancia, no se le puede hacer nada". Y ella repitió: "No se le puede hacer nada, pero no está bien que él hiciera eso."

Después de medianoche nuestro propio Maharajá se reunió con nosotros. Se le veía pálido y preocupado. ¡Victoria!: Scindhia había aceptado ir. Pero, ¿dónde estaban los coches? Habían regresado todos a Dewas, pensando cada uno que íbamos en otro. Sólo quedaba un pequeño Ford. Nosotros tres nos apretujamos en el asiento trasero, la Viuda en el centro. Ella se desmayó. Él me miró por encima de la espalda doblada de ella, y dijo: "Bueno, querido Morgan, ahora empiezas a darte cuenta de algunos de mis problemas."

24 de mayo

Hemos tenido muchas bobadas caras y nada estimulantes para honrar al Maharajá de Gwalior, quien nos ha hecho una visita de doce horas, que no me han parecido demasiado cortas. Como le gusta el canto, S.A. quiso contratar cantantes de Bombay (ver mapa) aunque se le advirtió que era aventurado. En efecto, las cantantes cogieron un tren que partía demasiado tarde y llegan ahora, cuando todo el grupo de Gwalior ya ha partido. Están en la cumbre de su profesión (o sea, es como pedir a la Ternina[61], etc., que vayan de Berlín a Weybridge), y llevarán joyas por valor de miles de libras, y únicamente las contemplarán mis ojos lánguidos. En parte por cansancio, en parte porque pienso en la aflicción que se vive en Inglaterra y en otras partes[62], me siento melancólico y censurador. Uno puede ir demasiado lejos por el "caminito de rosas" y en esta ocasión lo hemos hecho. Además, Maharajá Gwalior ha sido un sinvergüenza, por lo que no ha habido satisfacción alguna en

ninguna dirección, al menos desde mi punto de vista. Es trabajo baldío, en el mejor de los casos, gastarse dinero con hombres ricos.

Formulo más quejas en una carta dirigida a Lowes Dickinson.

31 de mayo

Scindhia es, en la vida privada, un bufón insolente y mal educado, y en público, un militarista y un oscurantista. El Maharajá lo idealiza y lo idolatra como una colegiala, y la influencia que aquél ejerce sobre él explica todo o casi todo lo que no me gusta de su carácter. Ha resultado muy revelador. Buena parte de lo que me había confundido por su disonancia se ha clarificado. Las molestas bromas pesadas, el creciente temor a la educación, la charla verde: ahora veo de donde proceden, y son, hasta cierto punto, defectos de gusto. De hecho, yo convenía un poco con tu opinión sobre el carácter indio, o por lo menos hindú: que no tiene gusto estético. Uno se ahoga por la ausencia de belleza. El único objeto bello que veo es algo que no ha hecho ni puede tocar ningún indio: la constelación de Escorpión, que ahora está suspendida, baja, en el cielo, por las noches. La miro con ilusión como si fuera un teatro o una pinacoteca, después de las continuas imperfecciones del día.

Como quiera que sea, la visita no fue un éxito. “Por encima de todo no debemos dar una impresión de desorganización. Puede lograrse.” Pero no se logró. Se fundieron los plomos, a un “hombre eléctrico” le dieron un cachete, las cantantes de Indore, llamadas cuando fallaron las muchachas de Bombay, fueron deplorables. Y no hubo nada de los divertidos retozos que se me habían prometido: tío y sobrino se suponía que eran tan amigos. Intercambiaron algunas palmaditas rutinarias, pero no llegaron a ponerse en marcha. Qué era lo que él quería de una persona tan

inferior a él mismo, eso es algo que no sé. Sentía un vehemente deseo de ser apreciado, y tal vez la propia inferioridad de la otra persona estimulaba ese deseo.

Las Lluvias

31 de mayo

Hoy se cortó la electricidad. El ingeniero jefe de la compañía, una persona presuntuosa y de argumentos especiosos, que conserva su título militar, ha venido de Bombay con su esposa, y yo he andado metido, sin tener ni idea, con cuestiones de red, conmutadores, postes de la luz, carburadores y qué sé yo. He adoptado el proceder más seguro que he visto: he dicho que yo no entendía nada de nada, pero insinuando que poseía mucha información general. Confiaba, con esto, ponerle un poco nervioso. Las baterías todavía no están instaladas en la Central, pues once de sus recipientes de cristal han sido rotos al trasladarlos.

El próximo acontecimiento es Simla. S.A. va a ir a visitar y posiblemente a hospedarse con Lord Reading, y se propone llevarme con él. Confío en librarme. Chhatarpur me apremia a ir, y sería una buena oportunidad. Ya no puedo enfrentarme más con gente importante, considero. Realmente, prefiero con mucho quedarme en Dewas hasta que remita el calor. Aquí es soportable, casi agradable, debido a las frescas brisas. En los demás lugares todo el mundo sufre muchísimo, y no vale la pena subir hasta Simla para un par de días si uno pasa un calvario en los trenes yendo y volviendo. Dentro de quince días debe empezar el monzón. Entonces refrescará y todo estará más húmedo, también; y las carreteras estarán salpicadas de tortugas y sapos. Tengo algunas semillas de flores que voy a esparcir por todo el llano polvoriento que llamamos jardín. Dicen que brotarán. Los dos pozos están secos, y el agua municipal está cortada casi todo el día. Baldeo se queja airadamente porque el baño no se llena, y a él no le gusta hacer esfuerzos de más. Yo me muestro imperioso y repito: “He de tomar mi baño”, hasta que él coge a los recogedores de pelotas y éstos hurtan los baldes vacíos de apagar fuego y los sumergen en la fuente ornamental, entre los peces, y los llevan goteando escaleras arriba.

La carta anterior menciona la visita del ingeniero de la Compañía eléctrica y su mujer. Tan prosaica en ella misma, esta visita incluyó un misterioso incidente. Muchas veces me he devanado los sesos para descifrar este incidente, y no es ésta la única ocasión en que me he preguntado si el Maharajá poseía facultades supranormales. El matrimonio era la segunda vez que nos visitaba, y mencionaron como de pasada una aventura que les había ocurrido en su primera visita. Se iban de Dewas en coche, en dirección a Indore, cuando, en el momento en que salvaban el Sipra, algún animal salió corriendo del barranco y se lanzó contra su coche, que se desvió bruscamente y a punto estuvo de golpear el pretil del puente.

S.A. se incorporó, vivamente interesado. "¿El animal vino por la izquierda?", preguntó.

—Sí.

—¿Era un animal grande? ¿Mayor que un cerdo, pero más pequeño que un búfalo?

—Sí. Pero ¿cómo lo sabe?

—¿No pudieron asegurarse de qué animal era?

—No, no pudimos.

Se reclinó nuevamente y dijo: "Es muy lamentable. Hace años atropellé a un hombre allí. Yo no tuve ninguna culpa: él iba bebido y se atravesó en la carretera. Se hizo una investigación y se demostró mi inocencia. Le di dinero a su familia, pero desde aquel entonces él ha estado tratando de matarme de la manera que ustedes describen." [63]

Los tres nos quedamos pasmados. Pero él había contado la historia con un tono de voz normal, y pasó a hablar de cosas corrientes. En otra ocasión me habló de unas brujas a las que había sorprendido *in fraganti*;

en otra, de las lucecitas que aparecen sobre los Himalayas cuando los hombres santos encienden sus fuegos. Una vez, mientras él residía en la casa de Bai Saheba, pareció estar enterado de lo que estaba ocurriendo en el Palacio Nuevo antes de que le informaran de ello. Era perspicaz e imaginativo, y la combinación de estas dos cualidades explica muchas cosas. Pero en el caso del animal del Sipra, queda un resto por explicar.

1 de junio

Noche toledana. Un perro ladró furiosamente: supuestos ladrones. S.A. muy despabilado y alegre, como siempre en tales ocasiones. Me contó largas historias sobre su tío, el anterior soberano. Cayó un cometa en el momento de su muerte, como ocurre en el tránsito de los grandes hombres. Esto era a la 1. Me fui otra vez a la cama, y casi me saca volando de ella un huracán a las 3. A las 5 los pájaros se despertaron y se pelearon por cuestiones de ordenación del nido; las ardillas también se pelearon. Qué trae a los animales salvajes a estas desolaciones de polvo y mortero no me lo puedo imaginar. A lo lejos hay algunos árboles amenos. Tengo que cortar, pues el *chaprassi* (mensajero) se va y debe llevar esta carta al correo. Va cubierto de andrajos, y lo que queda de su ropa amarillea de manchas. Tenía algo que decir, pero no recuerdo qué era. El lavandero me hace jirones la ropa: es una suerte que lleve tan poca.

4 de junio

Hoy —cumpleaños del Rey-Emperador— se ha celebrado un Durbar protocolar. Yo he llevado puesta una especie de bata de color púrpura pálido moteada de flores doradas, y debajo un chaleco verde, también moteado de oro; en la cabeza un fantástico tocado rojo y oro; también pantalones blancos. La bata y el chaleco estaban guarnecidos de rojo, que debía hacer juego con el turbante, pero no hacía. Yo me veía absolutamente ridículo (he sido muy admirado), pero podrás juzgar por ti misma, pues estos vestidos son en realidad de mi propiedad, y

han sido reunidos de aquí y de allá desesperadamente para esta ocasión. Poseo ya casi todo un vestuario indio. Ha sido un Durbar en sillas, nada de sentarse en cuclillas en el suelo. El Dewan ha leído el telegrama dirigido al Rey-Emperador, han ejecutado fatal el "Dios salve al Rey", han repartido *attar*[64] y *pan*[65], y luego ha habido un agradable té social.

Ayer pasé el día de un modo más occidental, pagando facturas. Conseguí 1.500 rupias (es decir, 100 libras; no sé de dónde salieron: sirvo bastante para eso de conseguir dinero) y las pulí todas liquidando pequeñas cuentas; no puedo acometer las grandes. No llego a comprender las finanzas del Estado. Me dicen que son admirables. Puede que lo sean, pero no lo parece. El Erario, por lo que he observado, no paga nada ni a nadie. Pero una fuerte lamentación, en la que soy experto, obtiene a menudo una bolsa de monedas de plata; o incluso dos o tres bolsas, que Baldeo lleva a mi habitación y sepulta en varias cajas. A veces no hay siquiera una bolsa, sino que las monedas se apilan en un montón, en el patio, rodeadas de una muchedumbre. Entonces Baldeo trae bolsas de lino y las cargamos.

Lo de Simla parece inminente. Confío que salga algún impedimento, pues me horroriza la idea de abandonar este clima soportable y a veces delicioso, para asarme en un tren. Masood escribe, como siempre afectuosamente, y quiere que vaya y me hospede en su casa. Será curioso ver algo de la India que está cambiando. Aquí no se percibe cambio alguno; en realidad, la atmósfera es en algunos aspectos menos occidental de lo que era hace nueve años. Nadie, excepto yo, lleva ropa europea, y por ejemplo S.A. hace nueve años llevaba a menudo. Este lugar es absolutamente excepcional, y las generalizaciones que se hagan a partir de él, que seguro que yo haré, seguro que son erróneas. No existe un sentimiento anti-inglés. Es a Gandhi a quien temen y odian.

Acabo de escribir una larga carta al coronel Wilson, que se había lamentado con cierta vehemencia de que nadie le escribe como prometieron. Aunque yo nunca se lo prometí, he intervenido y le he contado muchas cosas que debe saber y muchas que no querrá saber. En esta última categoría se incluyen mis noticias de que uno no puede tener un jardín sin agua, y de que, por consiguiente, él no podrá tener jardín. Nuestro Director de Obras Públicas, un hombre rollizo y optimista, bastante simpático, vino a toda prisa la semana

pasada gritando que ya se habían acabado nuestras preocupaciones, pues podíamos aprovechar “el Pozo que habla”, y hacia allí nos dirigimos para echar un vistazo. Pero el Pozo no dijo nada a propósito, pues estaba cegado de barro; y exigiría complicadas ordenaciones de bombas y cañerías, estas últimas conducidas por debajo de dos carreteras, con lo que el presupuesto de la obra subió rápidamente de decenas de rupias a centenares, y de ahí a miles. Así, pues, el “Pozo que habla” se ha sumido de nuevo en el silencio.

¡Mangos! No los había mencionado todavía. Grandes de Bombay y pequeños de aquí. Los grandes los cortas en tres partes: es sólo la parte del centro la que requiere el proverbial baño. Los pequeños te los comes como una naranja. No hay muchos más frutos extraños, pero las nanjeas están madurando un poco: son extraordinarias, y tienen escamas de cocodrilo. Me dicen que saben deliciosas, pero que huelen fatal, por lo que es una tortura hasta que las tienes ya en la boca.

Salió un impedimento para lo de Simla, y permanecimos confortablemente en casa aguardando las lluvias. He agrupado dos o tres cartas que describen ese acontecimiento, fechas 12-20 junio:

El primer aguacero fue hediondo y nada espectacular. Ahora hay una India nueva, húmeda y gris, y si no fuera por los animales inusitados, podría creerme en Inglaterra. El pleno monzón estalló violentamente, y lo hizo sobre mi indefensa persona. Estaba debajo de un pequeño cobertizo, en el jardín, sembrando semillas en cajas con la ayuda de dos hombres mayores y un muchacho. Vi nubarrones negros y noté algunas gotas de lluvia. Esto siguió así durante un cuarto de hora, de modo que me acostumbré a ello, cuando de repente un turbión barrió horizontalmente el suelo. Los viejos se agarraron el uno al otro para sostenerse. No sé lo que le ocurrió al muchacho. Yo me doblé de un lado y del otro según el torrente cambiaba de dirección, calado hasta los huesos, claro, pero preocupado sólo por no salir volando como el tejado de palmas que nos cubría. Cuando la tormenta amainó, o mejor pasó a caer perpendicularmente, me puse en camino hacia palacio, mientras en cada pie se me formaban grandes botas de barro. Una expedición de rescate, consistente en un criado y un

paraguas, salió a mi encuentro, pero el paraguas se volvió del revés y el criado se cayó al suelo.

Desde entonces ha habido algunas tormentas más hermosas, con rayos muy decorativos y cercanos. Los pájaros vuelan por ahí con grandes pedazos de papel en el pico. Se han retrasado, como todo el mundo, con sus preparativos contra el mal tiempo, y confían en construir un nido de inmediato; pero el viento enrolla el papel en torno a sus cabezas como un chal, y ellos se asustan y lo dejan caer. La temperatura ahora es variable, muy alta entre dos tormentas, pero en general las cosas han mejorado. Me siento mucho más despejado y capaz de concentrarme. El calor me causaba estupor y somnolencia, aunque he estado perfectamente bien de salud. Hemos tenido cólera en la ciudad, muy poco, pero con todo era una preocupación, así que fui a Indore y me volvieron a inocular para estar perfectamente seguro. Mis colegas casi me despreciaron por hacer eso, me creyeron cobarde e impío, pues si uno tiene que morir de cólera, morirá. Ahora ya ha pasado el temor, y la lluvia ha limpiado las alcantarillas. No hubo casos en palacio, que se levanta en un salubre páramo, no contaminado ni siquiera por un árbol. Ahora es cuando hay que sembrar las semillas, pero, al igual que los pájaros, no estoy preparado. No pude conseguir estiércol, o mejor dicho, no pude conseguir carretas que lo trajeran. Las carreteras estaban bloqueadas de carretas, bueyes y búfalos a miles. Pero no se podía conseguir ni una carreta, un buey o un búfalo para S.A. Al final conseguí bueyes, desenganchados de las carretas, por lo que se limitaban a comer. Luego, llegó un carro, una de cuyas ruedas tenía seis pulgadas más que la otra. Perdí la paciencia, lo cual es muy útil en este lugar. Al fin estamos servidos, pero la Naturaleza no ha esperando a que resolviéramos nuestras dificultades, y los macizos no están estercolados. Algunas cajas lo han sido, y ahora estoy sembrando en ellas mis sesenta paquetes de semillas. Sólo estoy ligeramente interesado en lo de las semillas, no vivamente, pues ya sé demasiado bien lo que ocurrirá: alguien se acostará sobre las cajas para dormir.

Se ha cancelado lo de Simla, creo; de todos modos, ahora que el tiempo ha cambiado, la expedición será tolerable. S.A. quiere que lord Reading inaugure la nueva Constitución, y si éste acepta habrá Constitución, y si se niega la cosa quedará reducida al discurso anual de aniversario, en el que cada año se anuncian grandes cambios.

Parte de mi jardinería consiste en atrapar gallinas y mandarlas al corral comunal. El viejo jardinero, cuatro pequeños recogedores de pelotas y yo acorralamos ayer a un animal muy vigoroso, todo él cuernos, patas y rabo. Le ceñimos la cara con una cuerda que se rompió, dio coces, los chicuelos cayeron en el lodo, el viejo jardinero fue corneado en el mentón, etc., pero todo el mundo estaba muy contento y al final la vaca también cayó y fue amarrada a un tronco. Cuando el animal ha llegado al corral comunal, el siguiente paso es la llegada de su propietario, siempre un hombre pobre y lloroso. Cuando se atrapa una vaca de un hombre rico, éste contrata a un hombre pobre para que llore por él. Yo soy inflexible, no por firmeza de carácter, sino porque parece vano ser de otro modo. Vienen tantas vacas y se comen tantas de nuestras pocas plantas, que ¿de qué sirve proclamar tres veces por toda Dewas, con luces de antorchas y redobles de tambores, que se castigará a las vacas, si luego uno las perdona?

Mientras tanto, estaban apareciendo síntomas de un problema político en Mussorie, donde Vikky, de once años, residía, y donde el Maharajá de Dewas Junior, de unos cincuenta años, también había llegado. Incapaz de hacer frente a la crisis, el tutor indio de Vikky mandó el 3 de junio la siguiente petición de asesoramiento:

Plegue a Vuestra Alteza:

Como Su Alteza Rama Secundaria se ha hecho miembro del Club Happy Valley y el querido príncipe es miembro del mismo club, a diario se encuentran los dos y alguna vez juegan también a tenis.

Ya he solicitado que se me envíen instrucciones, y con el mayor respeto y la mayor humildad solicito de V.A. que tenga a bien ordenarme cómo debo conducirme con Su Alteza Rama Secundaria.

Ayer, Su Alteza Rama Secundaria pidió al querido príncipe que viera con él el teatro inglés, pero como yo no tengo instrucciones, me vi obligado a pedir al príncipe que enviara un papelito a su institutriz inglesa, de modo que le fue enviado el papelito, preguntando qué se le había de responder a Su Alteza

Rama Secundaria. La institutriz vino en persona y se vio con él y aceptó la invitación, y así el querido príncipe irá conmigo a las 4, mañana, a ver el teatro con Su Alteza Rama Secundaria.

Aunque estoy todo el tiempo con el querido príncipe, y éste no está ni un momento solo (pero debo tener instrucciones en tales casos).

Hay otro príncipe, de Bengala, y también es miembro del Club Happy Valley, y tiene casi doce años, por lo que siendo de la misma edad juegan juntos a tenis y otros juegos (pero nunca solos).

La salud del querido príncipe mejora; los compañeros también mejoran de salud.

S.A. recelaba de R.S. por principio, y me disuadía de hacer una visita a su corte ("no sabría cómo recibirte adecuadamente"). Así que el problema del tutor debió de parecerle un problema auténtico. Por otra parte, él no se tomaba ningún lógico interés por su hijo, y la petición quedó sin respuesta.

El insulto

Hay ahora un intervalo de casi un mes en mis cartas desde Dewas. Estaba en Hyderabad con Masood. A la vuelta reanudo *fortissimo*.

20 de julio

Tenemos un gran alboroto. He sido *insultado*, pero no te vas a enfadar tanto como supones, pues fue un insulto oficial. El Delegado del Gobernador General de las Provincias Centrales vino con gran pompa a visitarnos, y conforme a la costumbre S.A. va a verle primero a la Casa de Huéspedes. Programa completo dispuesto con antelación: cuántos pasos debe adelantarse cada cual y todo lo demás. Allá nos fuimos y nos sentamos en fila en la tienda del D.G.G., nosotros en un lado y ellos enfrente. Los del otro lado distribuyeron a continuación *attar* y *pan* en el nuestro, la ceremonia de costumbre. Había habido ya conversaciones entre S.A. y el coronel Adams, el C.P., sobre si yo había de recibir esos ingredientes de manos del Jefe de Estado Mayor del D.G.G. (que era inglés), o de su agregado indio. S.A. quería que fuese el primero, pero dijo que el segundo no le ofendería. Llega el momento. El J.E.M. va bajando poco a poco por la fila y se detiene justo antes de llegar a mi altura. Yo me resigno sin demasiado disgusto a recibir del indio y apresto pañuelo para el perfume. El C.P., enfrente, inicia afables pero preocupados ademanes hacia mí con sus dos manos. El D.G.G. habla reservadamente con S.A. Cuando el agregado indio entra en funciones está *por debajo* de mí, de modo que a mí se me excluye por completo de los honores. Lo que esto significa en una corte india no puedes imaginártelo, y yo apenas podía. Simplemente me sentí algo deprimido. Tan pronto como nuestra comitiva regresó a palacio, se lo mencioné a S.A., que se puso lívido de cólera, en parte, yo sé que en gran parte, por mí, pero en parte por él mismo, pues la exclusión daba a entender que el D.G.G. no reconocía su derecho a tener a europeos bajo sus

órdenes. Puesto que el Gobierno de la India ha reconocido mi nombramiento, parece absurdo. El resultado del Insulto fue que me lo pasé muy bien sin tener nada que hacer. Se me prohibió en el acto que tratara con deferencia y solicitud a los visitantes, y el programa impreso fue alterado drásticamente. A su debido tiempo, se notó mi ausencia. "¿Dónde está el Señor Forster?", pregunta el C.P. en la reunión de tenis, a lo que S.A., responde: "No estoy seguro de que vaya a venir. No está de muy buen humor". Miradas entre el C.P. y el D.G.G. Cuando el señor Forster finalmente llega, S.A. se levanta, deja a los invitados y le saluda efusivamente. Me siento a mucha distancia de los funcionarios. El C.P. y el Jefe de Estado Mayor se acercan y tratan de trabar conversación conmigo con observaciones sobre el tiempo. Pero el D.G.G. se mantiene a distancia y echa fuego por los ojos: es un coronel ya de edad. Banquete oficial por la noche. Helados discursos por ambas partes. Sutiles manifestaciones de disgusto y desdén por parte de S.A. Para entonces era yo el que estaba molesto ya: la atmósfera circundante lo engendraba, y cuando la mitad de los presentes te está defendiendo violentamente contra el resto, te sientes cohibido. Así, pues, cuando el D.G.G., que me había ignorado todo el día, me tendió la mano después del cine, me incliné ceremoniosamente y no se la estreché hasta que la tendió por segunda vez. El D.G.G. se marchó, el C.P. permanece (extraoficialmente), y todavía está aquí, disculpándose extraoficialmente con profusión. Pero esto no será suficiente. Nuestro Primer Ministro debe redactar una protesta que ha de llegar al D.G.G. y, si éste la ignora, al Gobierno de la India.

Mientras tanto ha llovido, y se han salvado nuestras cosechas. Todo era prosperidad en la India meridional, pero aquí la situación empezaba a ser crítica. Nuestra pequeña colina sagrada, por lo general tan parda y mohína, está pintada ahora de verde claro, y ayer constituía una vista deliciosa, pues había una gran festividad popular: gente con vestidos de vivos colores subiendo y bajando todo el día por los tortuosos senderos. Al pie de la colina lucharon unos hombres, semejantes a estatuas griegas en cuanto que no llevaban ropa. La mayoría eran bastante feos, pero había alguno agradablemente formado, y sus gritos salvajes, y la colina bañada por el sol, y los grupos de mujeres, de color escarlata, en sus faldas, y el templo en la cima atestado de fieles, y los elefantes con las caras recién pintadas; bueno, todo era muy

bonito. Subimos a lomos de un elefante: C.P., esposa, hija y yo, nos descalzamos, hicimos una ofrenda a la Diosa (la más joven y más afable de siete hermanas, pero no querría encontrármela en una noche oscura), y volvimos andando, comprando algunos juguetes: caballos alazanes esparrancados, que serán difíciles de meter en la maleta.

El Insulto retumbó todavía durante algunas semanas. Aquella misma noche el coronel Adams le escribió al Maharajá una carta desde la Casa de Huéspedes. Es una carta extraña: por alguna razón omitió firmarla; Freud pudo haber intervenido. Muy bien mecanografiada, atada con una cinta de color púrpura, con el sello del "Consejero Político en Malwa" rodeando a un León y un Unicornio azules, contiene frases tales como: "Entendí que usted decía que no tenía una voluntad concreta sobre si el señor Forster debía recibir *itr*[66] *y pan* o no, y así se lo representé al coronel Jones, quien decidió que, como en su opinión cabía la duda de si el señor Forster, como europeo al servicio de Su Alteza, debía recibir *itr y pan*, era mejor, puesto que Su Alteza no tenía una voluntad decidida sobre el particular (como yo entendí), era mejor, digo, que no recibiera, por lo menos hasta que la cuestión hubiera sido resuelta." Una frase así no podía clarificar ni conciliar. Recuperamos nuestra estimación propia y apelamos a Simla.

En Dewas el Insulto me benefició. Mis colegas se solidarizaron conmigo porque yo había sufrido por ellos. Siempre habían sido corteses; ahora había una marcada consideración y alguna muestra de afecto. Esto lo experimenté más tarde, también, en Nagpur, donde, como inglés montado en un elefante, fui objeto

de mofa por parte de los secuaces del Swaraj[67]: "Nos apena mucho, en verdad, que hayas tenido que sufrir esto mientras estabas en nuestra compañía", dijo el Dewan. En general, me apreciaban. Algunos de ellos sentían envidia de mi libre acceso al trono, otros estaban hartos de ver durante tanto tiempo al mismo inglés. Pero mis enemigos (algunos tenía) no eran muchos ni virulentos.

Recuerdo otro episodio en relación con esto. Viajaba en tren con unos cuantos nobles, no recuerdo a dónde ni con qué objeto. Teníamos que realizar transbordo en un empalme y fuimos a cenar todos al restaurante. Viendo "ternera" en el menú, pedí eso para variar un poco. El camarero dijo que la ternera se había terminado, de modo que tomé alguna otra cosa y no pensé más en ello. Pero quince días después, estando ya de vuelta en Dewas, el Maharajá me dijo con gran dulzura: "Morgan, quiero hablar contigo sobre un asunto realmente serio. Cuando viajabas con mi gente pediste de comer algo cuyo nombre ni siquiera puedo mencionar. Si el camarero te lo hubiera servido, todos ellos habrían tenido que abandonar la mesa. Así, pues, hablaron con el camarero a tus espaldas y le ordenaron que te dijera que no había. Hicieron eso porque sabían que tú no te proponías nada malo y porque te quieren."

28 de julio

Sí, siento afecto por S.A., y él lo siente por mí. Y estoy contento de haber tenido esta extraordinaria experiencia, pero ha sido frustrante que se me diera tan poco de lo que sé hacer y tanto de lo que no sé hacer. No es que él piense que yo haya sido un fracaso. Si vuelve el coronel Wilson (y ahora creo que lo hará), será en otoño, y yo me marcharé entonces. Si decide no

volver, he sugerido irme en septiembre, después del viaje a Simla, pero me temo que S.A. querrá que le ayude a resolver la papeleta de la visita del príncipe de Gales, también. Lo cual significa que veré gastar alrededor de 50.000 rupias.

Debo escribir una relación de un día corriente otro día. El día de ayer estuvo parcialmente ocupado por un bote (un *dinghy*), el último, espero, de nuestros gastos innecesarios, pues S.A. está por fin realmente asustado. El bote, que hundió una carreta de bueyes y que fue retardado por las avenidas del Sipra, llegó hasta nosotros ¡y ahora está en el pabellón de tenis!

Me sabe mal que el sari te desanime. ¡Córtale los extremos! Son preciosos una vez puestos, pero es muy difícil ponérselos y sujetárselos: sólo un criado indio puede hacerlo. S.A. estuvo encantado con tu tarjeta y fue muy amable. Dijo: "Me gustó todo excepto las dos primeras palabras, y sé que fuiste tú quien las escribió." "¿Pero cómo iba mi madre a llamaros, si no Su Alteza?", dije yo. Y respondió: "Podía haber empezado: Querido amigo de Morgan."

Gokul Ashtami

Las siguiente cartas que tratan de la fiesta religiosa del Gokul Ashtami son las más importantes que escribí a mi familia, pues describen (si bien demasiado jocosamente) unos ritos en los que pocas veces habrá tomado parte un europeo.

3 de agosto

Este mes debe ser consagrado, por no decir abandonado, a la religión, y nos mudamos al Palacio Viejo en el centro de la ciudad, para ser aguijoneados por los mosquitos y comidos por las chinches. Ya he ayudado a escoger algunos vestidos nuevos para el "Señor del Universo". Por fortuna éste sólo mide seis pulgadas, pero había de tener otro traje, y tiene varios adláteres que también han de ser vestidos; y la factura sólo por esto no bajará mucho de las 30 libras. El traje es sencillo de corte: dos piezas acampanadas unidas por dos lengüetas, la cabeza del muñeco pasa por el orificio que queda entre las dos lengüetas y la tela cuelga por delante y por detrás. Todos los trajes están recamados con perlas. También lleva una prenda exterior, que cae por las espaldas de manera informal.

Fuimos al Palacio Viejo el otro día para hacer un ensayo preliminar. En el extremo de la larga y estrecha sala del templo estaba de pie el Dewan, con una guirnalda de rosas en torno al cuello, cantando, y le respaldaban el Doctor, el Ministro de Obras Públicas y otros notables. Estaban vueltos de cara hacia la capilla, que estaba en el otro extremo y parecía una Exposición Floral en su último día, justo antes de que llegue la gente a llevarse sus piezas expuestas. Muñequito[68] estaba ahí, cubierto de cachivaches, perdido en el zafarrancho, en realidad; y el propio templo, que tiene belleza arquitectónica, estaba igualmente hecho un tremendo desbarajuste. Me senté en cuclillas apoyado en una de las columnas, sonriendo de vez en cuando a los cantores, que es lo que parecía correcto hacer.

Me pregunto de qué va todo esto. Ciertamente, es la cosa más importante en la vida de estas gentes. S.A. también cantará. Se instalará especialmente luz eléctrica (esto 100 libras), y Muñequito debe tener un lecho nuevo y una nueva mosquitera.

10 de agosto

No hay noticias, excepto de carácter muy local. La Religión se acerca, para mí de forma muy tangible, pues he sido golpeado en la cabeza por una barra de hierro que pertenece a un columpio sagrado. Las señoras y los niños gustan de columpiarse en esta época, y aunque nuestro palacio es tan moderno, en el techo del salón hay argollas en las que puede sujetarse el aparato. Suspendimos las barras —están en lugar de cuerdas, así que imagínate su longitud— y luego uno de nuestros criados bobos levantó una de ellas desde abajo, de manera que el gancho salió del aro. No resulté herido en absoluto: fue un milagro. Debo de tener el cráneo bastante duro. S.A. quedó horrorizado y paralizado de espanto, y se puso a darme friegas en la cabeza, cosa que no me pareció el tratamiento más adecuado. Partió como un rayo un coche en busca del doctor, pero no pasaba nada: ningún dolor, ni en el momento ni después; se multó con dos rupias al doméstico y ahí acabó la cosa.

La colisión con este objeto sagrado parece haberme vuelto activo. He despedido a Kanaya, el más listo y más vil de nuestros chóferes. Le hice venir con el coche y se lo quité de las manos antes de que pudiera saber dónde se encontraba y pudiera, por consiguiente, estropear algo del mecanismo. Pero los efectos inmediatos fueron funestos. El hombre con quien yo contaba con substituirlo no sabía conducir el coche, y Malarao y yo, que nos prometíamos tener un tranquilo paseo en coche al atardecer, quedamos detenidos a seis millas de Dewas y tuvimos que volver andando. Mandamos gasolina —que se decía era el problema—, pero a las 10 de la noche el coche no había vuelto, así que tuve que salir en otro coche. Éste también se paró. Preciosas luciérnagas, pero no servían de repuesto. Al final llegamos donde el primer coche.

No hubo forma de que se pusiera en marcha. Volvimos bamboleando a Dewas por cuerdas. Tampoco esto sirvió de nada, y tuvimos que dejar el coche en la carretera toda la noche. No me metí en la cama hasta las 3 de la madrugada. Lo trajeron tirado por bueyes por la mañana. Yo estaba

desesperado y pensaba que Kanaya se las había apañado, después de todo, para estropear nuestros coches, pero parece que no era más que suciedad en el motor y ya funcionan, y yo he encontrado otro chófer.

Tiempo fresco, y llueve copiosamente. Nuestro lago se está llenando por fin, y hoy vamos a botar nuestro bote en él, si no llueve.

17 de agosto

El tiempo sigue fresco, nublado y lluvioso: el mejor monzón en muchos años, las cosechas en perfecto estado y todo el mundo contento. La fiesta comienza el jueves. He estado preocupado con la iluminación eléctrica que ha de ser instalada provisionalmente en el Palacio Viejo. Dimos el trabajo a la gente del Estado de Indore, pues tienen un competente capataz inglés, con la consecuencia de que nuestra propia gente, cuando éste les pidió un cubo y un hacha, dijeron que no tenían y que él se había comprometido por contrato a hacer el trabajo y tenía por lo tanto que traer un cubo de Indore. No creo que fuera mala voluntad por su parte, pues quieren tener la luz eléctrica para poder así cantar himnos toda la noche además de hacerlo ya todo el día. Simplemente fueron demasiado estúpidos para colaborar. No los he visto mucho. Me refiero a los empleados del Palacio Viejo. Son un gremio extraño y cargado de años. Vamos allí el jueves, y espero tener unos días interesantes aunque incómodos. Durante diez días no puede matarse cosa alguna, ni siquiera un huevo. Esto es así por todo el Estado. Pero puedo consumir animales que ya hubieran sido sacrificados —por ejemplo comida enlatada—, siempre y cuando vaya a hacerlo al Palacio Nuevo. En el Palacio Viejo no pueden llevarse zapatos. Bien debo ir descalzo, o bien destrozar los calcetines.

El Coronel Wilson me dice que saldrá a mediados de octubre, pero todo ello es bastante extraño, pues no le señala una fecha a S.A. En realidad, el Coronel es más que bastante extraño, me parece. Tuvo un accidente ferroviario el año pasado, y ya no es joven; y aunque las cartas que me dirige son agradables, las que dirige a S.A. abundan en duras acusaciones contra todo el mundo y contra todo. Seguro que habrá tirantez entre él y yo, y S.A. lo ve y dispondrá que nos encontremos en Bombay, no en Dewas, lo cual suavizará la situación.

La semana pasada fui a pasar un día a Sarangpore, una de nuestras cuatro capitales de provincia, que está enclavada en una parte del Estado de Gwalior y dista más de cincuenta millas de aquí. Es una ciudad triste y desierta, maravillosamente situada sobre una colina que domina el río Kali Sind, cuyas aguas tuvimos que vadear con el coche. Fuimos a esa ciudad porque en su cárcel había un famoso *dacoit*, de quien se temía que la echara abajo y escapara. Fue transferido a los funcionarios de un Estado vecino que lo habían reclamado por un tratado de extradición. La cárcel, como cualquier otro recinto público, rodeaba un patio central, y los prisioneros atisbaban por entre los delgados barrotes y tomaban interés por todo lo que ocurría; todos excepto el *dacoit*[69], que simulaba estar enfermo de disentería. Al otro lado de la carretera había otro patio, una enorme mezquita ahora en ruinas. La ciudad entera estaba en la última fase de deterioro: las casas se inclinaban, había lagos de agua en la calle mayor; y en el hospital, nada ni nadie, excepto un cervatillo domesticado que saltaba arriba y abajo del dispensario. Había existido una industria textil en Sarangpore, pero todo se ha acabado, o se está acabando, y los habitantes daban la sensación de haberse quedado simplemente porque se habían olvidado de irse.

Sarangpore —tomó su nombre de Sarang Singh en el siglo XIII— era nuestra segunda ciudad en importancia. Durante un corto período de tiempo había sido capital de la Rama Secundaria. Tuvo un esplendoroso pasado. La poetisa y heroína *rajput* Rup Mati se suicidó allí, y allí fue detenido en su avance, por las riadas, el emperador Akbar. Y casi lo fuimos

nosotros. En nuestro viaje de regreso, el coche iba cargado de sacos de rupias —tributo que se necesitaba urgentemente en la capital— y se quedó detenido en medio del vado del Kali Sind. Casi fuimos sumergidos, y nuestro tesoro con nosotros. Se impuso la ciencia, después de unos cuantos resoplidos, y ésta fue la última vez que vi Sarangpore.

Nunca fui a nuestro otro centro provincial, Alot. Nos causaba cierta preocupación, pues tenía una estación de ferrocarril en territorio de la Rama Secundaria, y los partidarios de Gandhi solían apearse allí y gritarnos consignas subversivas desde el otro lado de la frontera.

Palacio Viejo
24 de agosto

Ésta tendría que ser una carta interesante. Estamos en el cuarto día de la Fiesta y me lo estoy pasando muy bien, aunque al principio desfallecí. El ruido es tan espantoso. Cantan himnos sin cesar al altar que hay abajo. Los cantores, en grupos de ocho, se acompañan con platillos y un armonio. Al cabo de dos horas otro grupo se abre paso desde detrás. El altar tiene también un ritual que es independiente del canto. Un buen número de dioses están expuestos, y todo el mundo se levanta a las 4.30 de la mañana: no deben dormir durante la Fiesta, lo cual es comprensible dado el estrépito, sino que deben pasárselo bien. Toman un baño, son ungidos y toman un almuerzo, que ya ha terminado a eso de las 9. A las 12 hay otro culto, durante el cual tocan tres bandas simultáneamente en el pequeño patio, dos bandas del país y otra europea, atacando una alegre polka, mientras estos sones conjugados son traspasados por el de un enorme cuerno, bastante hermoso, que es sonado cada vez que se ofrece incienso. Y estoy sólo al principio del ruido. Por todas partes, los niños juegan, los empleados gritan. Anoche tuve un espantoso sueño con Verouka[70] como protagonista. Soñé que le había mostrado un muñeco mecánico que le había asustado tanto, que se volvía loco y se ponía a dar vueltas a toda prisa por una habitación de

arriba. Desperté y descubrí que se trataba del ruido sordo de una vieja máquina de vapor que hemos remendado para que accione nuestra luz eléctrica. Como decía, al principio el ruido era exagerado, pero la bondad y previsión de Bapu Sahib para con los demás nunca fallan. Siempre que quiera puedo retirarme a la Casa de Huéspedes, que es tranquila y ahora está muy bella desde que se ha llenado el lago, y en la que hay un cuerpo completo de criados y comida europea. No tengo obligación de permanecer aquí ni un minuto más de lo que desee.

Bueno, ¿de qué va la cosa? Se llama Gokul Ashtami, o sea, la fiesta de *8 días* en honor de Krishna, que nació en *Gokul*, cerca de Muttra; y no he podido averiguar todavía qué proporción de todo ello es tradicional y cuánto se debe a S.A. Lo que me preocupa es que el más mínimo detalle, casi sin excepción, es ridículo y de mal gusto. El altar es un revoltijo de pequeños objetos ahogados de pétalos de rosa; en las paredes cuelgan deplorables oleografías; las arañas de luces, las colgaduras, todo es fatal. Sólo hay una cosa bella: la expresión en los rostros de la gente cuando se inclinan ante el altar; y el mismo soberano tiene, como siempre, éxito en su extraño papel. No había visto nunca antes éxtasis religiosos y no me atraen más de lo que esperaba que hicieran, pero él logra no resultar absurdo. Mientras los demás grupos de cantores permanecen de pie sin moverse, él danza todo el rato, como David ante el Arca, moviéndose a saltitos con una expresión de contento en el rostro y punteando un instrumento de cuerda que lleva colgado de un pañuelo que le rodea el cuello. Al cabo de sus dos horas llega a emocionarse muchísimo y se pone a componer poesía, que un escribiente pone por escrito; y ayer se echó de bruces sobre la alfombra. Al cabo de diez minutos lo vi como de costumbre en la vida diaria. Se quejaba de indigestión, pero parecía normal y discutió planes relativos a los automóviles. No sé ver la importancia de todo ello, o mejor en qué se distingue de la embriaguez mundana corriente. Supongo que si crees que tu ebriedad procede de Dios, resulta más agradable. No obstante, tengo un buen lío en la cabeza acerca de todo ello, pues S.A. posee lo que uno entiende por sentido religioso y éste se manifiesta en toda su vida. Siempre piensa en los demás y se niega a aprovecharse de su posición en sus relaciones con ellos; y piensa que su Dios se comporta con él de modo semejante.

El Palacio Viejo está construido en torno a un patio de unos

cincuenta pies cuadrados, y el templo se extiende a lo largo de un ala de la planta baja. Da al patio y está dividido en tres o cuatro naves separadas por gruesas columnas. Los cantores permanecen de pie en un extremo de la nave principal, el altar está en el otro extremo, y de por medio alfombra roja. El público se sienta en cuclillas apoyado en las columnas y es controlado, desde luego de modo incompetente, por escolares voluntarios. El calor es tremendo, y como S.A. menosprecia las comodidades adventicias, hace apagar los ventiladores eléctricos cuando le llega el turno a él de cantar. No creo que pueda describirlo mejor, y es difícil presentar como vivido lo que a uno le parece tan fatuo. No hay dignidad, no hay gusto, ni hermosura, y aunque voy vestido como un hindú, nunca me convertiré en un hindú. No creo que uno deba irritarse contra la idolatría, porque en los rostros de estas gentes puede verse que ello toca algo muy profundo de sus corazones. Pero es natural que los misioneros, que consideran erróneas, así como burdas, estas ceremonias, pierdan la paciencia.

La semana que viene ya estaré en condiciones de describir el momento crucial de la solemnidad, el anuncio del nacimiento de Krishna (¡porque todavía no ha nacido!) y la procesión desde el Palacio Viejo hasta el lago, donde una reproducción en arcilla del pueblo de Gokul será arrojada a las aguas, y aquí terminará todo. Antes de que me olvide, no obstante, ninguno de nosotros lleva zapatos o calcetines dentro del Palacio Viejo. Mis pies lo pasaron mal al principio, pero ahora ya pueden andar sobre montones de carbón, que es lo que tienen que hacer cada vez que se estropea la luz eléctrica. El traje es un turbante (*safar*), una chaqueta larga y un *dhoti*, este último semejante a unos voluminosos, pero aun así no enteramente eficientes calzones de baño[71]. He aprendido a sujetarme el *dhoti*—, el turbante es mucho más difícil y no llego a cogerle el tranquillo. Si llevas el *dhoti* demasiado corto no se considera elegante, y si lo llevas demasiado largo pisas sus pliegues con tus pies desnudos y te caes.

Mi dormitorio en el Palacio Nuevo queda apartado (excepto del ruido), pues está arriba, pasado el salón de recepciones. Este salón está bien —lo describí en una carta hace ocho años —, y ahora está libre de revoltijo, que ha sido bajado para adornar el templo, de modo que pueden apreciarse sus dimensiones. No queda en él más que el "Gaddi"[72], un colchón de plumas sagrado con el que se vinculan

misteriosamente los avatares de la Dinastía. Me dicen —y bien puedo creerlo— que parte del relleno ha estado en este plumón durante generaciones. Cada día se coloca una hilera de rosas pequeñas en el cabezal, y por la noche arden dos lámparas. S.A. sube una vez cada veinticuatro horas para venerar el colchón; salvo para esta excursión, tiene prohibido abandonar la planta baja del palacio. Nunca llegaré hasta el final de todas estas rarezas. Pero demos a cada lugar lo que es suyo. Aquí no hay olores, ni tampoco (hasta donde yo puedo atestiguar) chinches. Es el ruido, el ruido, el ruido, el ruido que lo sume a uno en un torbellino del que no se vuelve a salir. Todo lo que uno entiende por música parece definitivamente perdido, o mejor, parece que no haya existido nunca.

Estoy terminando esta carta en la Casa de Huéspedes. El lago está tan bonito. Y si no llueve sacaré el bote.

Casa de Huéspedes
28 de agosto

Ayer, por la tarde, anduve por las calles descalzo y con enaguas[73] durante cuatro horas, y con la frente, las mejillas y la nariz pintadas con polvos rojos.

Las cosas empezaron a animarse a las 11.30 de la noche del 26, cuando, vestidos con nuestras mejores galas, nos sentamos con las piernas cruzadas en las naves del templo, esperando la Natividad. El altar estaba como de costumbre hecho un batiburrillo, y el oro, la plata y las ricas sedas que componen sus avíos estaban dispuestos de modo tal, que no producían efecto alguno. Ahogado en alguna parte entre pétalos de rosa estaba el Muñeco principal, pero no pude localizarlo. Por qué había de nacer ahora, cuando llevaba escuchando himnos durante ocho días, era un misterio para mí; pero nadie más se hacía esta pregunta, y naturalmente esta fiesta no es más ilógica que la Navidad, aunque lo parecía debido a su realismo. Tengo una memoria tan mala y la confusión era tal, que ya me he olvidado de los detalles del Nacimiento, pero el Maharajá lo anunció desde su extremo de la alfombra y luego fue hasta el altar y enterró el rostro entre los pétalos de rosas, muy conmovido. A continuación, fue emplazada en la nave una cuna en miniatura y dentro de ella depositaron un pedazo de seda carmesí, doblado de modo que parecía una vieja sobre la que hubiera pasado un tractor, el cual fue mecido por el Maharajá, Bhau Sahib, el Dewan, el encargado de Finanzas y otros

destacados funcionarios del Estado. El ruido, apenas tengo necesidad de decírtelo, no cesó: el gran cuerno sonó con estrépito, entrechocaron los címbalos, el armonio y los tambores lo hicieron lo mejor que pudieron, mientras en el exterior los tres elefantes se pusieron a bramar y la banda tocó "Noches de Alegría" lo más fuerte posible. En estas circunstancias, S.A. puso de nombre al niño "Krishna". Para entonces yo estaba casi muerto por el calor. Lo que creía que eran animalitos que me bajaban por las piernas resultaron ser chorros de sudor. Pero seguí sentado mientras los personajes principales volvían a visitar el altar y quedaban ocultos a nuestros ojos por una cortina rosa y verde, detrás de la cual tomaron una refacción.

Olvidaba decir que a cada uno de nosotros nos dieron una bandeja de papel con polvos rojos y que cuando se anunció el Nacimiento la lanzamos al aire, de modo que toda la nave quedó inundada de humo carmesí; y también que S.A. llevó la seda plegada (que *no* contenía la imagen, que no debe moverse de sitio) en sus brazos por entre la gente, que estaba sentada en cuclillas hilera tras hilera hasta muy lejos. Y no debo perder tiempo hablando de mis preocupaciones con las decoraciones, de los versos de poesía inglesa que no querían pegarse, o de los recipientes de cristal para baterías que yo había llenado de agua y peces y en los que algún idiota humanitario metió puñados de harina para que los peces no se murieran de hambre. No habrías encontrado a una ballena. ¡Ah!, todo el vaciado y derramamiento que hubo que hacerse para dejarlo bien, y dos de los peces murieron, por el atracón, y tuvieron que ser enterrados en una maceta, para que no los viera S.A.

Debo pasar al último día, el más singular y también el más divertido de la serie. Hubo un sermón por la mañana, pero a continuación nos pusimos a jugar a distintos juegos ante el altar de modo ceremonial: había juegos de esta clase en el medievo cristiano y todavía perduran en la Catedral de Sevilla por Semana Santa. Con una larga vara en la mano, S.A. batió una imaginaria leche y trilló un imaginario trigo, y golpeó (supongo) a enemigos imaginarios. Y luego cada uno de nosotros cogimos un par de varillas, pintadas para que hicieran juego con el turbante, y las golpeamos una contra otra (no se debe olvidar que los címbalos nunca cesan, y que tampoco lo hace el armonio). A continuación llegó mantequilla auténtica, y le pusieron un gran pedazo en la frente a un noble, y cuando

éste trataba de quitárselo lamiendo, otro noble se lo arrebató por detrás (significado muy profundo en todo esto, dice S.A., aunque pocos lo conocen). Me tocó un poco de mantequilla, también. Luego pasamos por debajo de un gran recipiente negro, bastante bonito, que estaba colgado en la nave, y lo golpeamos con nuestras varillas pintadas. Y el recipiente se rompió y una montaña de grano remojado en leche nos cayó encima. Nos dimos de comer unos a otros de él. Éste fue el último juego, y la suciedad era ya espantosa y entraron enjambres de moscas.

Sosteniendo todavía nuestras varas pintadas, entramos en el patio y nos pusimos a formar la procesión. Había un palanquín, grande y vistoso, en forma de góndola y con dragones de plata a cada extremo. Muñequito entró en él con sus pétalos de rosas y sus servicios de té y una estampa de Tukaram, el santo *maratha*, y hojas de plátano y abanicos y el pueblo de Gokul y qué sé yo. Yo todavía no podía verle, pero S.A. decidió que yo debía, interrumpió súbitamente sus himnos y me acercó a él. Por fin la cosa: cara como un guisante malhumorado, curioso burujo para que gire tanto en torno suyo.

La procesión se iniciaba con un elefante —nadie a lomos de él para indicar humildad—, a continuación todos aquellos del ejército que poseen uniformes o instrumentos musicales, luego los doce grupos de cantores que habían estado dándole toda la semana, pero que no mostraban signos de desfallecimiento, y luego S.A., encabezando el último grupo, justo delante del palanquín, al que seguía otro elefante. El espectáculo, volviendo la vista atrás, después de que hubiéramos atravesado la puerta exterior del palacio, era realmente espléndido. La arquitectura del XVIII, aunque no magnífica, es mejor que cualquier otra cosa que Dewas haya producido desde entonces: pájaros azules sobre el arco y elefantes peleando en la cornisa; y los ricos estandartes redondos que acompañaban el palanquín (en forma de lentes de aumento), y los pendones, y los abanicos de plumas de pavo real, todo ello bajo un rosado cielo de atardecer. Previsto para las 3, el inicio fue a las 6, y el paso fue tan lento que se hizo de noche antes de que el palacio se perdiera de vista. El itinerario de la procesión se guardó bastante bien con hileras de escolares cogidos de la mano. Como iba descalzo, se me autorizó a caminar por dentro de las hileras, de hecho cerca del palanquín si así lo deseaba. El predicador del sermón y otro hombre muy piadoso caminaban

conmigo, de hecho íbamos cogidos de la mano, y la predominante santidad del grupo atrajo ofrendas de azúcar cande y coco en grandes cantidades, así como embarraduras de polvos rojos y negros para nuestras frentes y narices. Me alegré mucho de ellas, de las ofrendas quiero decir, pues la noche avanzaba; y los otros hombres santos me dieron de las suyas, también, y cuando ya empezaba a sentir náuseas, dimos a los niños, y así adquirimos el mérito de santos. Me gustó el paseo, pues el predicador (un hombre de Indore) era culto y explicó qué era lo que cantaban los distintos grupos: algunos alababan al Dios sin atributos, otros al Dios con atributos: la misma mezcla de fatuidad y filosofía que afectó a toda la Fiesta.

En el grupo del Dewan había una fanática. Iba vestida de forma chillona pero pulcra, de púrpura y amarillo, llevaba un moño ceñido por una corona de flores de jazmín, y sostenía en las manos unas tenazas con las que se acompañaba. No pudimos averiguar si adoraba al Dios sin o con atributos. Su voz era demasiado fuerte, pero movía la cabeza y sonreía de un modo muy agradable.

Mis pies aguantaban bien —me los había endurecido a propósito los días anteriores hasta que pude correr por encima de pilas de carbón—, pero la espalda, ¡oh!, creía que se me rompía. "Nos causa dolor ver tu dolor, observó el predicador de Indore, pero nos complace mucho ver tu buena naturaleza. No habíamos conocido nunca antes a un inglés como tú." En la cárcel se produjo una gran aglomeración, pues habían soltado a un prisionero, una mujer que había asesinado a su marido y que, como consecuencia, ha estado arrancando malas hierbas para mí en el jardín de palacio. Su expresión era hermosa el arrojarse ante S.A. y el Dewan. Las expresiones de la mayoría eran hermosas aquel día.

A las 10 llegamos al lago y se llevó a cabo la singular e impresionante ceremonia de sumersión de la ciudad de Gokul. A ésta —de un metro cuadrado, más o menos— le quitaron las astas de banderas y, después de rezos y colaciones, fue entregada a un hombre cuya función hereditaria es la de sumergir la ciudad de Gokul. Iba medio desnudo y se metió en el agua, empujando delante de sí a la ciudad en una bandeja flotante. Cuando estuvo lo bastante lejos, la volcó, todos los muñecos se hundieron en el agua y no se les vio más; y la ciudad, al ser de barro, se disolvió inmediatamente. La bandeja fue devuelta y venerada un poco, mientras barritaban los

elefantes y disparaban los cañones. Fui cojeando hasta un Victoria que me estaba esperando y me marché directamente a la Casa de Huéspedes, en el otro lado del lago. Allí me lavé la cara, bebí jerez, comí sardinas, salchichas y compota de frutas, y me fui tambaleando a la cama. Los demás tuvieron que aguantar dos horas más, y regresaron al Palacio Viejo a medianoche.

En cuanto a la explicación de esto, aparte de la que a uno le dijeron los devotos, conozco demasiado poco para hacer conjeturas, pero me recordaba la fiesta en honor de Adonis, en la que el Dios nace, muere y es llevado hasta el agua, todo ello en un breve espacio de tiempo. S.A. dice que la ciudad de Gokul sirve para representar a Krishna, a quien naturalmente no pueden sumergir. El final de éste llegaba a la mañana siguiente, pero mi propio final estaba demasiado cerca como para que yo bajara al Palacio Viejo a presenciarlo. A mediodía corrieron delante del altar la cortina verde y púrpura, y todos los funcionarios destacados se deshicieron en lágrimas.

Las celebraciones religiosas son interminables. Hoy tiene una pequeña función Ganpati (el Dios Elefante), anteayer fueron adorados los bueyes, mañana las señoras no podrán comer prácticamente nada excepto calabacines, y durante el propio Gokul Ashtami hubo una fiesta popular, sin ninguna vinculación con éste, de la que los de la corte no sabían nada. Tal vez la describiré otro día. Era muy primitiva, mucho más antigua que el hinduismo, estoy seguro; en realidad, la veneración del espíritu de la vegetación. Pero seguro que has oído hablar ya demasiado de lo que apenas se puede llamar religión. Yo, desde luego, sí; y me avergüenza que la buena gente de aquí haya creído que yo estaba favorablemente dispuesto hacia todo aquello. El mero hecho de que no me distanciara parecía suficiente: no les importaba lo más mínimo que yo dijera que todo aquello no significaba nada para mí.

Desde que empecé esta carta he afligido a S.A. al sugerir que yo no había de recibir sueldo alguno después de terminar este mes. Dije que yo no era competente, ni por temperamento ni por instrucción, para el trabajo que tenía que hacer aquí, y que el lado mío competente no era empleado nunca. Como siempre, él fue amable y comprensivo, y me ha prometido una reforma en fecha próxima, pero futura. El telegrama del coronel Wilson no llega.

Desde que asistí al Gokul Ashtami, he investigado un poco acerca del mismo. Empezaré reproduciendo una carta que el Maharajá le envió a Malcolm ya por el año 1909. Se trata de una relación autorizada del acontecimiento, y posee gran belleza. ("Tu hermana" es su mujer, que entonces todavía estaba con él; "tu pobre hermano" es él mismo).

Como puedes figurarte he estado completamente ocupado con la celebración del Gokul Astami, que me alegra decirte se desarrolló muy bien. La fiesta dio comienzo el día primero de este mes, y el sexto, octavo y noveno fueron los días principales, y duró hasta ayer. Bueno, en conjunto fue un magnífico espectáculo, pienso. Todo el mundo cumplió muy bien su cometido. Los Bhajans de Dewansahib, Rajarangi, y los viejos Fadnis fueron bien cantados; especialmente fue muy emocionante ver al Dewan cantarlos con su rostro austero pero devoto y una actitud de total unidad con las deidades que tenía delante.

Cada día el templo donde los Dioses estaban entronizados era adornado por distintas personas según sus particulares gustos. El Ministerio de Obras Públicas vino el primer día y dispuso una hermosa casita de madera y un jardín delante del Sagrado Trono. El segundo día vino el Khasgi[74], y los adornos fueron sencillos pero bellos, hechos con las distintas hojas y flores del jardín y juguetitos del surtido del Khasgi. El tercer día el Templo cobró aspecto guerrero. El Sainapati trajo las mejores armas y los mejores instrumentos del Ministerio de la Guerra, y las lanzas de plata formaron hermosos arcos, y las armas de fuego, especialmente preparadas como adornos por el Difunto Maharajá, lograron un aspecto formidable delante del Sagrado Altar. El cuarto día fue espléndido con los adornos hechos con cosas más bonitas y sutiles. El Dewansahib escribió en las paredes hermosos e instructivos versos de los antiguos Libros sagrados y engalanó el lugar con bonitos chales, banderas y arcos de plátanos. El mecanógrafo estuvo trabajando hasta las nueve de la noche, sacando hojas sueltas que enunciaban máximas de victoria dedicadas a Sri Krishna y los demás.

El quinto día, tu hermana y Shri Bhausahib Maharaj adornaron el lugar con preciosos chales y algunos ornamentos,

y las paredes podían verse enteramente recubiertas de flores y hojas de vivos colores: una vista hermosa. El sexto día tu pobre hermano tuvo que adornar el lugar y lo hizo conforme a sus gustos ignorantes. Todos los adornos y joyas de plata y de oro fueron colocados en distintos sitios, y las lanzas de plata y de oro de los militares formaron arcos en lo alto, y los nombres de los grandes héroes, encarnaciones y reformadores religiosos fueron pegados en las paredes. El trono del Dios fue sembrado de pedrería.

A las 12 de la noche del sexto día, el ejército en pleno disparó salvas y los cañones arrojaron fuego y se presentaron las armas. El templo estaba atestado de gente y en medio de la gran y devota emoción, nació el Dios Krishna.

El octavo día fue fiesta grande en Palacio, y brahmanes, marathas y otros se sentaron a la mesa. El noveno fue la procesión hasta el lago. Todos cantamos precediendo al Palanquín del Dios. Los demás días estuvieron dedicados a los ritos, las ceremonias y los cultos corrientes. No hay nada más de interés que contar de aquí. La peste toma incremento en Indore: todos estamos muy preocupados.

Ésta era su relación. Pero ¿qué experimentaba él cuando danzaba como el rey David ante el altar? ¿Cuáles eran sus opiniones religiosas? La primera pregunta es más fácil de responder que la segunda. Experimentaba lo mismo que han experimentado el rey David y otros místicos cuando se encuentran en estado místico. Él presentaba características bien conocidas. Estaba convencido de estar en comunicación con la realidad que él llamaba Krishna. Y no se daba cuenta del mundo que le rodeaba. “Puedes venir mañana durante mis prácticas religiosas y verme, si quieres, pero yo no sabré que tú estás ahí”, le dijo una vez a Malcolm. Y no lo sabía. Se encontraba en un estado anormal pero identificable: los psicólogos lo han estudiado.

Más interesantes, y más difíciles de captar, son sus

opiniones religiosas. El mundo invisible estaba siempre próximo a él, incluso cuando bromeaba o intrigaba. Algo de pintura roja en una piedra podía evocarlo. Como la mayoría de personas, daba a entender unas creencias y formulaba normas precisas de conducta, y como tenía una mente viva, era a menudo inconsecuente. Era difícil saber con exactitud qué era lo que creía (fuera de los grandes instantes místicos) o qué consideraba bueno y malo. Los indios son todavía más desconcertantes en este punto que los occidentales. El señor Shastri, un brahmín espiritual y sutil, pronunció en una ocasión unas enigmáticas palabras: "Si los Dioses hacen una cosa, ésa es una razón para que los hombres no la hagan." Sin duda se encontraba en un estado religioso particular. En otra disposición, nos habría recomendado encarecidamente que imitáramos a los Dioses. Y el Maharajá estaba en todos los estados. Se insinuaban sobre su rostro, le agitaban las manos y los pies delicados. Obtener cualquier declaración precisa sobre el tema, pongamos, del ascetismo, de una criatura tan viva y volátil como él era imposible. De muchacho, había pensado en retirarse del mundo, y éste fue un ideal que acarició durante toda su vida y que, finalmente, habría hecho bien en poner por obra. No obstante, él condenaba el ascetismo, declaraba que la salvación no podía alcanzarse a través del mismo, el cual podía que fuera vedántico, pero no era védico, y que la materia y el espíritu debían recibir cada cual lo que les corresponde. ¡Nada en demasía! En esta disposición parecía griego.

Creía en el corazón, y aquí tocamos suelo más firme. "Yo abogo por el corazón. ¡A los perros con la

cabeza!”, exclama Hermann Melville, y él habría estado de acuerdo. El afecto, o su posibilidad, vibraba en toda cosa, desde el Gokul Ashtami hasta las cotidianas relaciones humanas. Cuando regresé a Inglaterra y él supo que yo estaba preocupado porque el mundo de posguerra de los años veinte no tenía sentido, me envió un mensaje. “Dile —rezaba el mensaje—, dile de mi parte que siga los dictados del corazón, y su mente lo verá todo claro.” El mensaje, así expresado, es demasiado superficial: abre puertas, inmediatamente, a la simpleza. Pero tener presente, respetar y preferir al corazón, poseer ese instinto de seguirlo siempre que sea posible, ¿qué ayuda más sólida que ésta puede uno tener a lo largo de la vida? ¿Qué mejor esperanza de esclarecimiento? Melville prosigue: “La razón por la cual la mayoría de hombres temen a Dios y en el fondo sienten aversión por Él es que no tienen confianza en Su corazón.” Con esto también habría estado de acuerdo.

Pero volvamos al Gokul Ashtami.

Se celebra (o se celebraba) por toda la India, a menudo con el nombre de Jamnashtami, los ocho días del Nacimiento. Pero yo no tengo noticia de que se haya celebrado jamás con tanta solemnidad. Se lo apropió y lo desarrolló la dinastía de Dewas. Los sacerdotes intervenían poco en él, los devotos estaban en comunicación directa con su dios, la emoción importaba más que el ritual. Esto estaba en consonancia, realmente, con la historia *maratha*. Siempre ha habido una pugna entre los brahmines (que fueron antiguamente poderosos como Peshwas) y las dinastías que surgieron del fundador del imperio *maratha*. Sivaji, un gran guerrero y perteneciente a

una casta inferior, creía en la *bhakti*, en nuestra unión con lo Divino a través del Amor. El Maharajá de Dewas, que no era un gran guerrero, también creía en ella. Conservaba un aspecto de la tradición *maratha*. En sus conversaciones religiosas hablaba sólo de Krishna. No recuerdo haberle oído mencionar al dios racial de los *maratha* y de su propia casa, Khandoba. Pero a Khandoba, aunque fiero y primitivo, también podía uno acercarse mediante el amor. Sivaji lo veneraba, al igual que hacía el amigo de Sivaji, el poeta Tukaram. "Tukaram, Tukaram, eres mi padre y mi madre y todas las cosas", cantábamos, de vez en cuando, hasta que parecía que estábamos venerando a un poeta.

Los textos que son autoridad para las historias del nacimiento de Krishna son la Bhavagata Purana, Libro X, y la Vishnu Purana, Libro V.

La Bhagavata Purana, que es más antigua, describe cómo Kamsa, el malvado rey de Muttra, estaba llevando a su hermana a contraer matrimonio, cuando una voz le advirtió de que el octavo hijo de ella lo mataría. Por consiguiente, trató de matarla en la carroza de ceremonia, pero fue apaciguado por la promesa de su hermana de que le entregaría cada uno de sus hijos al nacer. Así, pues, se casó, y ella y su marido guardaron su promesa. Pero su séptimo hijo, Balarama, fue transferido antes de nacer al útero de otra esposa, y el octavo, Krishna, se libró del mismo modo. Al noveno hijo, una niña, trató de matarla Kamsa, pero ella se burló de él, le confirmó su perdición y desapareció en el cielo como una diosa. Al igual que Herodes, Kamsa ordenó entonces que asesinaran a todos los niños de su reino. Grande fue la

lamentación, pero Krishna, oculto en el pueblo de Gokul, estaba seguro. Él, el Dios supremo, encarnación de Vishnú, se crió como pastor y trabajó y jugó con muchachos y muchachas del campo. Realizó también milagros, y andando el tiempo subió con su hermano Balarama a Muttra, para luchar en presencia del rey. Kamsa, enfurecido por las victorias que los dos hermanos conseguían sobre sus propios campeones, ordenó que mataran a sus padres. Krishna —había llegado el momento— saltó sobre el tirano, le arrebató la corona de la cabeza y lo despedazó sobre la arena, como despedazaba un león a un elefante. El texto prosigue: "Kamsa, que siempre se había estremecido en el fondo de su corazón al pensar en el Ser Supremo, ya fuera comiendo, bebiendo, andando, durmiendo o respirando, tuvo entonces el infrecuente honor de verlo cara a cara y de reunirse con su divinidad."

Si puede juzgarse por una traducción, y si uno puede condonar la estupidez y la prolijidad, el Libro X de la Bhagavata Purana debe ser una obra notable. Posee calor y emoción, y una especie de temeridad divina y una especie de burda felicidad humana. Leyéndola hoy, puedo establecer paralelos con nuestra función de Dewas. Krishna es "una balsa sobre la que navegar", es "tan pequeño como la huella de un ternero", nace "a medianoche, en la oscuridad más absoluta como la luna llena a oriente, cuando todas las direcciones estaban tranquilas y las mentes de los buenos y de los dioses estaban serenas". "Cuando él nace se tocan diversos y maravillosos instrumentos de música", y los juguetones vaqueros "se embadurnan mutuamente con mantequilla", como hicimos nosotros. De niños, él y su hermano "arrastran sus

piececitos, con tintineos de los adornos que llevan en ellos, por los lugares húmedos, y están hermosos con sus miembros embadurnados de lodo". Roba menudencias, "hace aguas dentro de la casa", y luego "se comporta como un buen muchacho". Come incluso tierra e inmundicia; "mirad luego en mi boca, dice, y el Universo entero de criaturas móviles e inmóviles" puede verse en su interior. Cuando crece va con sus amigos a los campos y los bosques, se desayuna junto a un arroyo mientras las vacas andan descarriadas, come mientras ellas están tumbadas en torno suyo, "con su flauta entre el estómago y el vestido, un bocado en su mano izquierda y fruta entre los dedos, rodeado por sus compañeros, riendo y haciéndoles reír". "Él, la deidad única de todos los cultos, mostrando la alegría de los muchachos, mientras el mundo celestial miraba." "Tu gloria purifica todo el mundo", cantan las abejas. Él y sus compañeros danzan, cantan, se pelean, imitan a las aves y los animales; y cuando está cansado "va bajo un árbol y reposa sobre un lecho de hojas tiernas, con la cabeza apoyada, como en una almohada, en el muslo de un muchacho vaquero." La frivolidad y trivialidad continúan y, de vez en cuando, como en nuestra celebración, se resquebrajan y dejan honduras al descubierto. "¿Qué soy yo, exclama el poeta, revestido con un cuerpo de siete palmos en una pequeña parte de ese huevo que es el mundo? ¡Cuán inconcebiblemente vasta es Tu gloria!; un poro tuyo es como una ventana por la que pasan de aquí para allá, como átomos, innumerables huevos de Universos." Al terminar la fiesta, uno se quedó con un algo inexplicable, que se aclara un poco con el paso de los

años. Uno se quedó con la impresión, también, de que había un vacío en el Cristianismo: los Evangelios canónicos no consignan que Jesucristo riera o jugara. ¿Puede ser perfecto un hombre si nunca ríe ni juega? Las bromas de Krishna pueden ser sosas, pero colman un vacío.

Éste no es el único rito de Krishna que he presenciado. En Chhatarpur, en el Bundelkhand, se ponían en escena deliciosos cuadros y danzas en beneficio de su exótico Maharajá. Lowes Dickinson los ha descrito en sus *Appearances*, y J.R. Ackerley en su *Hindoo Holiday*. Pero eran puramente personales; no los sostenía ninguna tradición.

De viaje

Palacio Nuevo
2 de septiembre

La semana que viene Su Alteza, el hermano de Su Alteza, el Secretario principal, el Secretario particular, el Subsecretario particular, los dos Secretarios del hermano de Su Alteza, el Primer Ministro, el Ministro de Obras Públicas, el viejo Mr. Kadam, Ambunana el Sacerdote y catorce criados salimos para Nagpur, en la India británica. Es un Congreso *maratha* de Educación.

El tiempo es perfecto para las cosechas y todo el mundo está contento, incluidos los funcionarios del Tesoro, que esperan llenar sus mermadas arcas. Pero yo encuentro el cielo encapotado, las nubes bajas y la tierra tan verde bastante deprimentes, tanto más cuanto que el Palacio está construido para excluir la luz. Durante buena parte del día hay demasiada poca luz para leer. Ayer se veneró a los bueyes, les pintaron de rojo y verde los cuernos para la ocasión, pero tuvieron una salida pasada por agua, y los pequeños bueyes de barro que fueron colocados ceremonialmente en el patio estaban tan húmedos y tan blandos que apenas se tenían de pie.

Por el momento llevamos nuestra vida normal. Ya ha concluido nuestra gran fiesta religiosa y la Maharaní Viuda ha regresado de Gwalior, también de una fiesta religiosa. Llegó algo agitada. Había sido bien recibida, pero en un infausto momento había sido persuadida a subir a una motora, un "precioso bote", junto con la Maharaní de Gwalior, la Maharaní de Dhar y otras personalidades. La lancha chocó contra una roca. El conductor exclama: "No hay peligro, señoras", pero de nada sirvió gritar "No hay peligro", pues todas las Maharanís cayeron al suelo. "Yo conducir remando un bote estupendamente de joven, pero ahora jamás. Tiemblo."

Ella explicó con su acostumbrada ocurrencia por qué la lancha había chocado contra la roca. La causa era que ella había tomado parte en la fiesta de Ganpati, el dios elefante, y

había echado al agua una pequeña imagen del dios para que flotara. Dado que ella había ido a Gwalior a fin de tomar parte en la celebración, y dado que trae buena suerte echar al agua un Ganpati, el misterio no hacía sino intensificarse. "Sí, pero no trae suerte para mi rama de la familia, ésa es la diferencia. Siempre que llevo a flote un Ganpati, un desastre. Un año llevo a flote ¿y qué es lo que ocurre? Mi cuñado casi se rompe un brazo. Esta vez me niego. Pero Su Alteza la Maharaní Joven implora, Su Alteza la Maharaní de Dhar implora. Me dejo convencer. Deseo complacer. Digo 'Muy bien', yo llevo a flote pequeño Ganpati también. Y ya ve." Scindhia reanimó a las damas con brandy cuando éstas llegaron, su remedio habitual.

A Mrs. Barger:

5 de septiembre

Es la India y son las 3 de la tarde, pero está tan oscuro que apenas si veo para escribir y no lo bastante como para encontrar su carta. Salgo mañana en la expedición real.

Voy dando golpecitos por todo este lugar y me pregunto si es que me estoy volviendo sordo o es que realmente no hay eco. Excepto hacia la religión, donde les reconozco mucho, esta gente no parece moverse hacia nada importante. No hay arte, la literatura es étnica y me imagino lo que vale; no hay intereses intelectuales, aunque Su Alteza, por lo menos, posee un excelente intelecto. La música: algunos cantantes son buenos, pero la mayoría de los que he oído no lo son, y todos ellos caen en la obscenidad a la menor insinuación. Es una gran desgracia para el arte estar asociado con la prostitución, no por motivos morales, sino porque lo más probable es que todo vuelo de belleza o de imaginación se interrumpa bruscamente. S.A. lleva una vida "buena", como se le llama, y nuestras reuniones de canto en Palacio son sólo una indecencia para el observador superficial. Pero buena parte de esta indecencia verbal e histriónica al principio me divertía, no ahora, pues veo que ocupa el lugar de mucho de lo que aprecio. Me temo que el canto indio está llamado al fracaso por este motivo, pues ninguno de los reformadores y occidentalizantes quiere saber nada de ello. Y es, o ha sido, un gran arte.

Ha caído la noche, y nuestra excelente luz eléctrica me ha permitido encontrar su carta.

Las siguientes cartas a mi madre describen el viaje, pero de forma bastante confusa. Acompañé a la Corte a Nagpur y Simla, la abandoné para alojarme en casa de un amigo inglés en Agra, regresé a Dewas con otro viejo amigo, el Maharajá de Chhatarpur, y partí de nuevo casi inmediatamente para Dhar.

Creo que fue durante esta gira cuando se produjo un divertido incidente ferroviario. Llegué a la estación, dondequiera que fuese, poco antes de que nuestro tren saliera, y descubrí que, debido a la habitual desorganización, el soberano y todo su séquito habían sido apiñados dentro de un solo departamento de segunda clase, junto con todo su equipaje. Así, pues, él estaba emparedado entre cajas y fardos, como un dios en una capilla, con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Se asomó, con el mejor humor, y dijo: "Yo puedo viajar así, puedo hacer lo que sea; pero por lo que se refiere a ti, Morgan, naturalmente hemos podido reservarte una litera en primera." Las protestas no sirvieron de nada, y se zafó de todo aquello para acomodarme. El único otro pasajero en primera era un capellán castrense que había estado cazando jabalíes y se parecía bastante a un cerdo[75]. Me miró a mí y a los vocingleros nativos con hostilidad. Cuando nos quedamos solos y el tren había iniciado su viaje de toda la noche, sentí que debía ser amable y simpático, así que le dije al capellán: "Parece que vamos a tener todo el vagón para nosotros solos." Cerró sus ojillos y dijo: "Eso parece". No volvimos a hablar.

Hotel Pelitis' Mall
Simla

¡Qué diez días más interesantes y apretados! No he escrito nada durante estos diez días, cartas por lo menos no. Ha sido un torbellino de viajes en tren y entrevistas, entreverados con un poco de trabajo. Para empezar, el Maharajá está muy satisfecho de que tú quisieras venganza por el trato que recibí del D.G.G. "Tu madre tiene toda la razón", dijo. Habló de ello con sir John Wood, Secretario Político aquí. Parece ser que el D.G.G. no sólo fue grosero sino abiertamente desobediente. El Gobierno de la India había promulgado una orden en el sentido de que si un soberano indígena tenía a un europeo a su servicio, y si tanto el soberano como el europeo lo deseaban así, el europeo tenía que recibir del D.G.G. las atenciones corrientes en cualquier ceremonial, y tenía que recibirlas de un funcionario británico; exactamente lo que S.A. había pedido y que se le había dicho que no podía tener. El problema es que ese D.G.G. concreto se ha retirado desde que ocurrió el incidente. Aprovechó la ocasión para ser insolente, sabiendo que no sería castigado por ello. De modo que no hay forma de echarle mano. Lo que pasará es que el C.P. recibirá instrucciones oficiales de que se disculpe ante nosotros dos, y que el nuevo D.G.G. será informado del patinazo de su predecesor y le dirán que no lo repita.

Tengo tanto que contar. Casi me agobia. Esta mañana sir John (ha sido muy amable) nos consiguió entradas para la sesión del Consejo legislativo. Esta tarde S.A. ha celebrado su entrevista con el Virrey. En conjunto una decepción. Lo ha encontrado inteligente, pero astuto y sin ningún encanto, y ni siquiera le ha invitado a cenar, lo cual es una descortesía, habida cuenta de que él ha recorrido todos estos centenares de millas, por acuerdo mutuo, para verle. Se dice que es muy negligente socialmente y existe gran descontento hacia él en Simla, aunque Lady Reading es muy apreciada. ¡Aquí tienes, pues, chismorreo de primera mano sobre las altas esferas! Él tuvo la intención de ser amable con S.A. —tampoco es eso—, y probablemente vendrá a abrir la absurda constitución que se inaugura en Dewas el año que viene.

Simla es menos hermosa de como yo la recordaba, pues hay nubes bajas y, en consecuencia, no son visibles las Nieves. Pero aun así es muy, muy hermosa y me ha hecho sentirme muy bien y lleno de energía. Bidwai y yo nos levantamos el otro día a las 6 y media y fuimos a dar un paseo de tres horas. ¡Qué

árboles tan magníficos! ¡Y cuántos helechos y flores silvestres adheridos a las peñas y escondidos entre la hierba! Y dalias convertidas en enredaderas. No vemos nunca una sola flor silvestre en las llanuras. El campo cobra verdor y eso es todo. Simla en sí —o sea, las casas— es deplorable, pero la escala del paisaje es tan vasta que uno puede perderlas fácilmente.

En todo este tiempo no he mencionado todavía Nagpur, una experiencia realmente extraordinaria. Tal vez sería mejor que lo dejara para una próxima carta. Fuimos allí para un Congreso *maratha* de Educación. Nagpur es India británica, capital de las Provincias Centrales. Pero antiguamente fue un estado *maratha*, y dos ridículas criaturas llamadas rajás viven todavía allí en condición semi-real. S.A. —criatura descaminada—, movido por patriotismo y por compasión, está intrigando para devolverlos a su antiguo estado y conseguir para ellos, no ya la propia Nagpur, pero sí determinadas provincias de su alrededor, que pasarán a conformar un nuevo Estado indígena y estarán, por consiguiente, indefectiblemente mal gobernadas. Del éxito de sus planes informaré en otra carta. Todo ello ha sido apasionante pero grotesco. Conocí en primer lugar al segundo rajá, y pensé que no podía haber una figura más ridícula, pero sí la había, y era el primer rajá, que es muy bajo y gordo y viste paño de oro. Es patizambo, lleva mostachos teñidos y tiene una enorme nariz chata cubierta de granos de color rosado y púrpura. Un vistoso tocado *maratha* completa el cuadro. Entramos en la ciudad de Nagpur a lomos de elefantes, y también había camellos y caballos sin jinete cubiertos de costoso paño. Fue un desfile patético, y bajo nuestros pies se agolpaban las gentes de Nagpur, los más fanáticos y antibritánicos de toda la India, todos ellos desdeñosos o indiferentes, y la mayoría de ellos con la gorra blanca de Gandhi. S.A. fue recibido en la estación por funcionarios británicos y el fuerte descargó su salva de quince cañonazos, cosa que le agradó. Ofrecimos una enorme y no malograda recepción al aire libre. S.A. alabó mis preparativos, y cuando los invitados se despedían, yo le llevé algunas guirnaldas para ellos y él se volvió y me enguirnaldó a mí en su lugar.

Me gusta mi nuevo criado Hassan. No tiene cabeza, y apenas si cuerpo, pero es dócil y hacendoso, y nunca pone obstáculos. A Baldeo le encantó no venir, y estuvo muy correcto y aplicado en instruir a Hassan en lo relativo a sus obligaciones. Le han de operar en el hospital de Dewas durante mi ausencia, y tal vez

esto le deje menos triste. El resto de nuestros criados son una buena tropa. S.A. ha traído consigo a su criado principal, que va sin afeitar, es sucio, perezoso e impertinente. También a Shankar, para que haga de barbero de nuestro grupo. Shankar es agradable, pero está loco, y va corriendo de un lado para otro con la navaja abierta en la mano. Luego, el Dewan tiene un criado que también es sucísimo y que también está loco, pero no del mismo modo que Shankar, y adopta el sistema de andar vagando apáticamente. Se metió en mi habitación a las 5 y media de la mañana. Salté de la cama y me abalancé sobre él, creyendo que se trataba de un ladrón, y salió huyendo. Parece ser que tomó mi habitación por la de su señor. Finalmente está Hassan, delgado como un papel de fumar. Y todos ellos sin excepción han cogido tos, debido al frío. Se meten en nuestras habitaciones cuando no estamos y se tumban delante del fuego, lo cual está muy bien, pero también fuman en unas abominables pipas pequeñas, lo cual ya no está tan bien.

Ahora llueve a cántaros, y los mozos que llevan el equipaje a la estación de Simla sobre sus cabezas están sentados en cuclillas en los pasillos del hotel, esperando que claree. Nosotros vamos en jinrikishas, medio de transporte sobreestimado y en realidad detestable. Cuatro hombres (que no se han lavado desde que nacieron, por culpa del frío) tiran de ti a paso de tortuga. Nadie camina a tu lado, pues es degradante, y tampoco puedes hablar con los ocupantes de otros jinrikishas, pues están demasiado lejos.

Casa de Huéspedes
Chhatarpur
Bundelkhand
26 de septiembre

S.A. hace volver al Coronel Wilson por lástima y porque ambos sienten un aprecio mutuo, pero éste es un afecto fastidioso y desconsiderado por parte del Coronel. Todavía no sabemos si va a venir. El Príncipe de Gales no va a venir —sólo va a Indore, donde permanece tres días en febrero y recibe a los jefes de la provincia—. Así que ya no existe ese motivo para que yo me quede. Nuestra constitución es una trampa más peligrosa, pues Lord Reading ha medio prometido inaugurarla.

Dejamos Simla el 19 (creo que era) y yo me despedí de los demás a medianoche, llegando a Agra al mediodía siguiente bajo un verdadero diluvio. El cielo, negro como la noche; ni un

soplo de aire; la tierra, un lago. Continuó así durante casi toda mi estancia, pero “me las arreglé”, como dice la gente piadosamente, para “pasármelo bien”, y R.B. Smith estuvo muy solícito y hospitalario.

Después de nueve años, volví a visitar el (o la) Taj. La primera vez, ahora, tenía un aspecto horrible y duro, pero bajamos de nuevo en coche un atardecer, y nunca he contemplado visión más encantadora. Subí al minarete del lado izquierdo más distante y vi las magníficas edificaciones brillando vivamente debajo de mí y el campo exhalando vapor bajo un cielo mortecino, rojo y gris, y justo cuando pensaba que no podía existir nada más bello, un almuédano con una voz magnífica lanzó la llamada a la oración del crepúsculo desde una mezquita. “No hay otro dios más que Dios”. Ciertamente, me gusta el Islam, aunque he tenido que pasar por el hinduismo para descubrirlo. Después de toda la confusión y profusión del Gokul Ashtami, donde las cosas nunca terminaban o no tenían ya por qué haber empezado nunca, era como encontrarse sobre una montaña.

Mientras tanto llegaban más telegramas cordiales de ese reyezuelo, y la lluvia dejaba de caer. Llegué aquí el 24 a medianoche. También llegó Hassan, aunque no gracias a ningún esfuerzo por su parte, pues cuando el tren llegó a Harpalpur estaba dormido y no se le encontraba por ninguna parte. No arrancaron hasta que le hubieron despertado. Luego se volvió a dormir en el vagón y casi se cae de él. A las 2 de la madrugada llegamos a esta Casa de Huéspedes y tomé una comida fuerte. Llegó un soldado con lanza portador de una nota muy amable de C., en la que decía que pasaría a verme a las 6 de la mañana siguiente. ¡Pero ya era la mañana siguiente! No obstante, me tumbé en la cama, y en lo que me pareció un abrir y cerrar de ojos ahí le tenía, más feo que nunca, muy cordial y lamentando hasta la puerilidad que yo no pudiera ser su secretario particular. Nos llevamos bien la otra vez, y ahora brillo como no pude hacerlo cuando Lowes Dickinson y Bob Trevelyan estaban aquí. Es un tipo agradable, pero débil y exasperante, y no es fácil vivir con él. Ha tenido un hijo, un niño. Vamos a verlo mañana. Hoy hemos visitado a unos ingleses en Nowgong, camino innecesario y poco digno. Pero el paisaje es más espléndido de lo que las palabras pueden describir. Después de las lluvias, las selvas tropicales están magníficas. Se extienden hasta la carretera, y aunque hay

pocas flores, las faldas de las colinas están llenas de mariposas durante el día y de luciérnagas durante la noche, y abundan en conejos y faisanes, y hay monos saltando por doquier. ¡Cómo me gustaría que Dewas no fuera tan árido!, aunque no tengo dudas acerca de cuál de los dos Estados escogería para vivir.

Durante una hora Hassan, otros dos hombres y dos muchachos han estado intentando encender las lámparas. Yo escribo, primero junto a una, y cuando se apaga, me paso a otra. Ocurría exactamente lo mismo, aquí, hace ocho años. Pero debo decir que, en general, esta Casa de Huéspedes está bien gobernada, mejor que la nuestra. Y así ha de ser, pues hay más personal y tienen incluso un secretario especial.

El Maharajá de Chhatarpur, que siempre quería lo que nadie más tenía, y que se cansaba de ello cuando lo conseguía, se había disgustado mucho al enterarse de que yo había sido presentado como secretario particular de un monarca rival. Escribió al momento, con la intención de hacerme romper mi contrato, y me ofreció doblarme el sueldo, fuera éste el que fuera. Al rechazar yo su ofrecimiento, se enfadó y, realmente, durante mi semana de estancia, mis acciones subieron y bajaron caprichosamente.

Resultaba curioso estar con él después de las experiencias en otro Estado indio. Chhatarpur era más salvaje, más pequeño y más débil que Dewas, y mucho más pintoresco. Escondido entre las selvas, es realmente uno de los lugares más románticos que he visto nunca. La Casa de Huéspedes se levantaba en una empinada loma a la salida de la ciudad, y cuando las nieblas matinales se disipaban, aparecían las agujas de los templos hindúes y jainas, y las copas de los árboles parecían verdes almohadones. Más allá de la ciudad había colinas, y en sus laderas correteaban arriba y abajo monos, de caras negras porque no habían ayudado a Rama en sus guerras; cerca había

tigres y leopardos. Nada de industria, ni de ferrocarriles. Agricultura, lo corriente, pero más diversificado; por ejemplo, se cultivaba la areca: delicadas enredaderas enroscadas en torno a unas cuerdas dentro de un cercado de mimbres. Y había maravillosos monumentos: el gran grupo de templos de Khajuraho, que es una de las glorias de la India; y más a mano las líricas bellezas de Mau. Mau es un palacio semiderruido a orillas de un lago. Se pasa por un atrio con columnas y se sube a una galería abierta, y se llega al agua por unas gradas hechas en las raíces de un enorme árbol. El agua está llena de vegetación pero es clara, y cuando el sol se pone la sobrevuelan ánades, y cientos de aves baten la superficie con sus alas a lo lejos, haciendo un gran estruendo. En la orilla opuesta hay tumbas. Una ninfa ronda una de ellas; solía comer lotos y andar sobre las hojas de loto. El Maharajá me contó todo esto y mucho más. En una ocasión llevó a un brujo a Mau para que hiciera hablar a las paredes con un poco de incienso, pero aquel tipo era un falsario, se olvidó del incienso y las paredes no han hablado nunca.

El Maharajá era un tipo muy poco común: místico y sensual, estúpido y astuto. No creo que gobernara mal su reino, como hacía mi amigo con el suyo; no tenía la energía necesaria para ello. Simplemente descuidaba gobernarlo, y hacía lo que los ingleses le decían, lamentándose o riendo entre dientes continuamente. Tenía la actitud más vaga hacia los asuntos externos: un peregrinaje a Benarés era la última palabra por lo que a él se refería. Concentraba su atención en su salud, en la filosofía y la religión y en su compañía de danzas de Krishna, cuando tenía

una. La gente se reía de él y vivía a costa suya, y él lo sabía y se reía de ellos. Sacaba de quicio, era informal, no tenía dignidad, pero se hacía querer; y debe de haber mucha gente agradecida por su amistad y que lamenta su muerte. La India no volverá a conocer a otro como él.

Mientras estaba con él, le escribí una larga carta-crónica a Lowes Dickinson, que había estado invitado conmigo nueve años antes. Doy aquí algunos fragmentos. No eché la carta al correo allí, pues seguro que la habrían abierto y tal vez no hubiera llegado nunca a su destino.

Casa de Huéspedes
Chhatarpur
Bundelkhand
25 de septiembre-1 de octubre

No puedes figurarte qué paz estética estoy encontrando aquí. El sentido de la belleza, que Dewas violenta a diario, es halagado aquí por cada contorno de su arquitectura, cada suelo limpio y pared enjalbegada. Es como esos primeros diez minutos que siguen a la interrupción de un dolor de muelas. Esta mañana las montañas, las rocas, la hierba, los campos cultivados, el cielo y los lagos son más grandes y más radiantes de lo que recordamos, y veo en todas las direcciones delicados santuarios en ruinas y gráciles árboles. ¡Pobrecita Dewas, qué desgraciada eres paisajísticamente! Con todo, éste no es un lugar para quedarse a vivir. No es probable que vuelva a verlo, y Gandhi lo destruiría mucho más concienzudamente que cualquier C.P.

El principal problema del Maharajá en este momento es encontrar un Secretario particular inglés, y tiene más interés que nunca porque Dewas, conmigo, ha obtenido los servicios de uno. Muy impresionado por un personaje llamado Olaf de una novela de sir Rider Haggard, escribió al autor pidiéndole que le mandara alguien lo más parecido posible a Olaf. Sir Rider logró hacerlo, pero el Olaf no pudo empezar por razones familiares, y una segunda selección se considera menos prometedora.

Cuando sube a la Casa de Huéspedes, se pasa mucho tiempo enviando a alguien a palacio, en coche, por correspondencia sobre el problema del secretario, o por lo que no se ha perdido de una correspondencia que ha mantenido con Bertrand Russell sobre filosofía. Resultaba curioso leer en esta parte del mundo la opinión de Russell, fechada ora en Overstrand Mansions, ora en Garsington, ora en Bloomsbury. Éste era atento pero firme. Lamentaba no haber leído a G.H. Lewes, pero lo creía inferior a Herbert Spencer. Desmentía que el Universo tuviera ninguna consideración hacia el hombre, pero le negaba igualmente al hombre el derecho de abandonar sus propios ideales y esperanzas, pues esto sería "inclinarse ante un poder extranjero". Dejó al Maharajá en un buen aprieto, realmente. Pero todo hoyo indio tiene por lo menos dos salidas[76] y por consiguiente no hay nada que alguien escriba que pueda favorecer o estorbar. Hemos hablado también de tus libros, y descubro que *La Flauta Mágica* expresa con gran claridad tus nociones pragmáticas acerca del valor de la verdad, y que realmente eres un pragmático. Es un consuelo tenerte etiquetado. Desde que estuviste aquí, han llegado algunas obras sobre Psicoanálisis, pero todavía no han sido comprendidas.

La situación social y política parece en gran medida la misma. Persiste la vieja inquietud a propósito del C.P. El teosofista a quien conocimos y que nos gustaba bastante, acabó su búsqueda del Todo cayéndose de un tren. Su sucesor posee un tipo de carácter más duro. Dice: "¡Conque sois un filósofo, Maharajá! Entonces pensáis que yo soy un necio, y yo creo que vos sois un necio." "¿Qué le puedes decir?", observa dulcemente el Maharajá. Éste no tiene por qué tolerar esta insolencia, ahora que el Gobierno de la India ha modificado su política. Dewas no lo tolera, y yo estoy instando a este monarca a que también proteste. No lo hará, claro. Ha sido incluso forzado con amenazas a despedir a sus actores y danzarines, y ya no se dan más en palacio esas deliciosas representaciones Krishna.

Pero mis lamentos eran prematuros. El diario prosigue:

Acabo de ir en coche a los templos de Khajuraho con el último de los Krishnas. ¡Qué experiencias! Desconocía hasta la

existencia de alguien así hasta ayer por la tarde. Una pregunta casual me reveló su existencia, y ahora el Maharajá se ha propuesto que yo vea a esta persona tanto como sea posible. Hemos estado hablando todo el rato, no me explico de qué, pues ninguno de los dos entiende el idioma del otro. Inteligente y afable, pero su rostro es melancólico y posiblemente cruel. Se sentó apretujado entre nosotros dos, como una esbelta esfinge. He oído decir que sus dotes como actor y cantante no eran grandes, pero debía de tener una estampa impresionante, y a la vuelta tocó la flauta dulcemente para nosotros. Todos los demás Krishnas, las demás Radhas y todas las Gopis han sido eliminados para apaciguar las exigencias de ahorro hechas por el Gobierno. Ésta es la única protesta que sobrevive.

28 de septiembre. Hoy empezó el día de manera bastante grata, con el Krishna subiendo a verme con pendientes de diamante y sobre un caballo que no sabía montar. Estuvo simpático y natural. Pero cuando él se fue, llegó el Maharajá, con su humor más molesto y fastidioso, dando vueltas y más vueltas con sus inquietudes, sus temores, sus planes y sus presentimientos; y preocupado por saber si su Secretario inglés, cuando consiga uno, será fiel durante un período de veinte años y educará a su hijo y heredero adecuadamente. Esto duró dos horas y media —yo estaba extenuado—, luego fuimos en coche a Mau, más hermoso que nunca, pero yo le contrarié al negarme a contestar una preguntita que implicaba a otra persona, y él tuvo un arrebato de genio y dijo que yo no era amigo suyo. Luego, llegaron en coche el C.P. y compañía y se hicieron cargo —Mau es su sitio preferido para ir de jira—, los ingleses devoraron una espléndida merienda mientras el Maharajá se sentaba aparte y pedía permiso para que su Dewan pudiera sentarse —acción débil y sin dignidad— y molestaba a las señoras haciendo que admiraran su abrigo de pelo de poney. Nuestro regreso en coche no ha sido mejor, pues un pájaro carpintero gritó desde un árbol a la izquierda del camino, y él, estremeciéndose por el presagio, me arrancó de un tirón toda la manta de viaje y se arrebujó con ella. Y peor aún: cuando llegamos a la Casa de Huéspedes, me hizo subir andando toda la cuesta hasta aquí, en vez de llevarme con el coche hasta la puerta. ¡No se puede consentir esto en la India, no se puede consentir! Nunca habría ocurrido en Dewas. Ha hecho que me decida a irme mañana, a menos que insista efusivamente, y ya he redactado una nota en este sentido.

De modo que el día, que había empezado tan radiante, ha terminado medio nublado, y al Krishna lo van a castigar por haber venido a verme con pendientes y un caballo. Se le había dicho que subiera a pie tranquilamente, evitando la ostentación, pues tan pronto como se hable de ello, puede tener que irse, y con él se iría el último conducto para las visiones de la Deidad. Significaría la clausura definitiva de la vida religiosa. "¿Tiene amigos de su edad, él?", pregunté. La respuesta, dada con gran satisfacción, fue "ninguno".

1 de octubre. Aquí estoy todavía, bastante en alza de nuevo. Ayer, después de la habitual visita temprana de la realeza, fui andando al templo de Ram-al-que-las-manos-le-llegan-a-los-tobillos, que no debe confundirse con el templo del Dios-mono (Hanuman-que-derriba-a-europeos), el cual está cerca de la Casa de Huéspedes. S.A. continuó haciendo breves visitas todo el día, cariñoso, pero haciendo muchos aspavientos acerca de que me hubiera dado entrada a su palacio. No he podido entrar ni una vez en el patio donde solíamos sentarnos, ni siquiera bajar al vestíbulo de entrada; sólo a las salas de la biblioteca en la galería de la izquierda y a un pequeño patio de la parte posterior. Tal vez lo han prohibido los brahmines. Tienen poder y se pasan el día comiendo en hojas de plátanos.

Él dice ahora que yo soy un "mago" y me suplica que abra mi corazón para que Dios pueda llenarlo y también llenarle a él, y me inspire para contar el futuro. "¿Dónde están Sócrates y Platón? No lo sabemos—, sí, sí". Y luego vino la extraña e impresionante historia de un santón que murió hace unos cincuenta años y cuyo cuerpo podía oírse cómo canturreaba "Ram, Ram" si le aplicabas el oído. Fue vestido con ropas de mujer para que fuera la novia de Dios y adornado con albahaca santa[77], y se le encerró en una hermosa caja para que bajara flotando por el Ganges. Pero un pescador vio la caja y la abrió. Encontrando dentro sólo un cadáver, arrojó éste a la orilla, y los chacales se lo comieron y así acabó aquel santón.

Prometido coche para la noche, para llevarme al Palacio a escuchar algo de canto. Luego, una nota: "No me siento bien"; luego, el coche, después de todo, al cual, principalmente por curiosidad, subí. Nos sentamos en la entrada posterior, con Krishna y Radha enfrente de nosotros en sillas de patas cortas. Tenían cara de aburridos. Llegaron músicos y unos cuantos brahmines. Y había un muchacho que danzó religiosamente, vestido con una falda corta de color rojo y un chal azul claro

(un sari, si le podemos llamar). Era bueno. Todo el mundo había tomado un baño y estaban todos en estado de intocabilidad, lo cual vuelve gélido el ambiente. La presencia de Radha, si has tenido fuerzas para leer toda esta carta, puede que te sorprenda. A mí me sorprendió. Una mentira, se me había dicho una mentira. Después de todo, la compañía de danzarines sigue aquí. Le tomé el pelo a S.A. por su engaño. Fue todo regocijo y se rió para su capote.

Espero irme hoy, pues mi equipaje ya ha salido, pero a duras penas: neumáticos que revientan, conductores que enferman misteriosamente. Esto significa que mi visita ha sido un auténtico éxito; incluso el administrador de Correos está en el complot y no puede mandar telegramas. El cebo concreto para retenerme aquí hasta mañana es un primo, a quien tengo que ver y de quien debo informar, y con quien tengo que verme mucho. Pero tan pronto como doy la sensación de querer verme mucho con alguien, quieren que le vea menos, de modo que la cosa nunca se equilibra a mi favor. ¡Absurda y mágica Chhatarpur! Su perfección hará que mi propio Estado, insípido y aburrido, desnudo y sin gracia, resulte casi insoportable, en comparación, cuando regrese.

Me fui efectivamente aquella tarde. Recuerdo el curioso efecto de luz al atravesar la selva: como si dos mitades, luz y sombra, hubieran sido reunidas para hacer cada árbol. Un pequeño animal atravesó corriendo la carretera. Venía por mi dirección propicia, así que yo estaba seguro. En el mismo momento se acercaba otro coche. El animal venía por la dirección aciaga de ese coche; ¿qué iba a ocurrir, pues? Los agüeros parecieron echar los brazos en alto con desesperación, la situación era demasiado para ellos… y los coches casi colisionaron.

Al día siguiente volvía a estar en casa: empezaba a pensar en Dewas como mi casa. S.A. estuvo encantado de conocer mis manejos en sociedad y los elogió. Yo esperaba asentarme después de este intervalo y hacer un poco de trabajo, pero casi inmediatamente volví a

salir a toda prisa.

Casa de Huéspedes
Dhar
5 de octubre

Wilson, definitivamente, viene, para sorpresa y, puedo decirlo, consternación nuestra. Llega sobre el 20, y le iremos a recibir a Bombay, y luego yo me ocuparé de mi pasaje y me escabulliré a casa de Massood. Se encuentra en un estado muy raro a juzgar por sus cartas, prácticamente chiflado. Estoy muy apenado por S.A. Va a pasarlo mal, y sólo porque tiene un concepto exagerado de los derechos que otorga la amistad. Es una dulce falta, y él es una de las personas más dulces del mundo. Temiendo que yo pueda sentirme abatido, su único pensamiento es darme gusto. Acabo de regresar ahora mismo de Chhatarpur, pero él me ha enviado inmediatamente en su mejor coche a Dhar, telegrafiando a su Maharajá, que es primo suyo. Llegué anoche. S.A. (de Dhar) fue muy cortés y me invitó a su fiesta de cumpleaños, que daba la casualidad que se estaba celebrando. S.A. estaba contemplando una prueba de lucha de la cuerda entre los militares y la policía. Su principal interés es el deporte, y también es reservado, y yo fui reservado también. Dhar en sí misma no tiene ningún interés, y hace en ella un calor abominable. Vine aquí a fin de visitar Mandu, y hoy he pasado allí todo el día. Mandu es una de esas ciudades en ruinas en las que la India es especialista. Está sobre una montaña en el corazón de los Vindhyas, la muralla circundante tiene cuarenta millas de longitud y en el interior todo está desierto y es selvático. Pasé un mal rato para penetrar en ella. El coche cruzó la puerta medieval en el fondo del barranco, pero se paró en un viraje pronunciado un poco más arriba y empezó, en realidad, a deslizarse hacia abajo. Corrimos a buscar piedras, y luego a unos culis que estaban reparando otra puerta medieval. Hay un exceso de restauraciones, pero vino bien que estuvieran allí, pues lograron hacer subir al coche. Me designaron como guía al Guardabosques Jefe. Ha sido cortés e insípido, como parece serlo todo el mundo aquí en Dhar. Durante muchas horas atravesamos charcos con el coche o fuimos andando de una construcción a otra. La arquitectura es *pathan*, fecha el siglo XV (o sea, contemporánea del *duomo* de la catedral de Florencia). El paisaje y los árboles formidables, y los

grandes estanques de lotos rosados, y los precipicios y la vista del valle del Nerbudda han sido maravillosos, y una cobra negra de 8 pies de largo atravesó la carretera delante de nosotros para recordarnos que esto es realmente la India. Al atardecer, los monos se pusieron a ulular —en realidad, es entre un ululato y un arrullo—; no lo había oído nunca.

Mandu está a 20 millas de Dhar, que está a 33 de Indore, que está a 23 de Dewas: 76 millas hasta allí y otras tantas de vuelta. Este regalo le debe haber costado un dineral a S.A. y su Estado en quiebra.

Dassera

Palacio Nuevo
Dewas
10 de octubre

Aquí vuelvo a estar después de mi errabundeo, bastante bien de salud pero agotado por el calor y muy inquieto por lo incierto de esta situación. Mañana es la "Dassera", la gran Festividad nacional, y vamos a tener que colgar un coco, en la oficina, y venerarlo o comérnoslo, no estoy muy seguro de cuál de estas dos cosas. Habrá una solemne procesión con elefantes hasta el santuario de la cima de Devi, y el Diputado de finanzas va a leer en voz alta y sellar una lista de las ciudades y las regiones sometidas a Dewas. Nuestro Imperio se extiende desde Lahore, al norte, hasta Puna al sur y Bengala al este, pero somos modestos comparados con el Maharaná de Udaipur, quien gobierna (a efectos de la Dassera) la totalidad de la India. Soy frívolo y le pido a Bapu Sahib que gobierne toda la India, también, pero él dice que no hay ningún precedente de esto. Estuvo toda la semana pasada en Indore, tratando de conseguir dinero prestado de los mercaderes a fin de llevar adelante su administración. Fui a verle allí, en su destartalada casa, y me ofreció su propia cama —la única que había— y durmió en el suelo. Me estoy acostumbrando a aceptar tales atenciones de la realeza como algo normal.

Encontré Dewas como un hormiguero en desorden. La abandono igualmente en desorden, pero convertida en un desierto. Todas las obras han sido interrumpidas por falta de fondos, y el horrible Palacio inacabado emerge del paisaje como un mausoleo o un manicomio. Es una espantosa tragedia, que radica en la locura de diez años atrás. Las obras no se deberían haber iniciado nunca. Correctamente administradas podrían haber llegado a buen puerto, pero de este modo han consumido al Estado. Sin ninguna duda, S.A. reinará el resto de su vida en una ruina, y no veo de qué modo va a pagar el interés del préstamo sin agobiar con nuevos impuestos al agricultor; y si

agobia al agricultor en estos tiempos, habrá disturbios. Esto hace que los humores para la Dassera sean bastante sombríos. Yo tengo también el presentimiento de que me darán una medalla y me harán llevar una espada. Wilson, desde luego, "contenderá" con la situación mejor que yo, pero uno no puede contender sin piedras[78], y lo que él gane con su eficiencia lo perderá con su mal humor, pues la gente de aquí le teme, y todos los criados de la Casa de Huéspedes, que es donde va a vivir, están tratando de marcharse.

He estado solo, aquí, durante tres días, un poco melancólico y esperando a que llegara S.A. de Indore. Lo hizo anoche, pero ha vuelto a pasar fuera todo el día, por las exequias conmemorativas del anterior soberano, que desgraciadamente coinciden con la Dassera, y toda la corte está con él, haciendo el papel de los antepasados del fallecido, por lo que el Palacio está bastante tranquilo. Baldeo está tranquilo y muy amable. En el jardín, todo el mundo hace tan poco como puede, pero es que lo que se conoce como "Calor de Octubre" es ciertamente angustioso, y yo no estoy en condiciones de repartir reproches. Sí debo, no obstante, encargarme de esos cocos. Descubro que los automóviles y la batería eléctrica quieren, también, uno cada uno para venerarlo. Esperando haber captado el espíritu de la Dassera, he ofrecido uno, pues, a la Pista de Tenis y otro a la Casa de Huéspedes. Pero no, me he equivocado otra vez. La Pista de Tenis y la Casa de Huéspedes no le rezan jamás a un coco, y el Jardín ya hizo su ceremonia hace aproximadamente un mes cuando les pintaron los cuernos de rojo y verde a mis bueyes por cuatro peniques, una módica cantidad.

Desde lo relatado antes, he dado un paseo en barca, muy tranquilizador, y he observado los pájaros. Son tan notables en su género, que constituyen un espectáculo delicioso. En cinco minutos he visto a un martín pescador blanco y negro, cruzándose en su vuelo con una pequeña garza real, a un martín pescador azul posado sobre una mimosa sumergida, y a tres enormes grullas; todos ellos contra el fondo de un cielo inflamado. Y cuando declinó la luz, una bandada de enormes murciélagos frugívoros ha salido volando de un bosquecillo y se han ido sumergiendo en el agua y volviendo a salir. Al volver a la orilla, me ha saludado una voz femenina en inglés: la institutriz europea del hijo de Su Alteza Rama Secundaria. Me había "visto muchas veces", quería hablar conmigo, etc.; ¿no era una vida terriblemente solitaria, etcétera?; ¿teníamos

piano? Cuando le he dicho que dos, me ha llamado "egoísta". Quería que la invitaran a oír música, pero ¿quién ha de hacerle de acompañante? Además, R.S. no lo aprobaría.

He vuelto al palacio sobre las 6 y media; S.A., poco después, muy piano, piano y fatigado, pobrecillo. Entre los prestamistas y la Dassera, y la nueva constitución, y mi partida, y la llegada de Malcolm y Josie, de Wilson y Luard, no sabe qué pensar ni adónde acudir. Lo de mañana se presenta espantoso, pero me he librado de llevar espada. La Celebración es —en su origen— una revista militar que se pasa al término de las lluvias, cuando la guerra en las condiciones antiguas volvía a ser posible; pero como en la India todo adopta un aire religioso, se ha convertido en una veneración general de los implementos y del poder colectivo del Estado. A mí me gustaría si el Estado no tuviera deudas, pero con un gravoso préstamo en torno al cuello parece totalmente inadecuado. S.A. desea vestir de blanco, en señal de abatimiento, y yo deseo vivamente que lo haga, pero temo que sus estúpidos parientes no se lo van a permitir.

13 de octubre

Acabamos justo de pasar la Dassera. Tuve que oficiar de sacerdote dos veces. Fue muy agradable. La primera vez adoré una pluma, un tintero, una papelera y un pedazo de papel, bajo la dirección de mi empleado, y les administré a ellos y a él un sacramento de coco. El coco no paró de rebotar contra la alfombra de la oficina y de mirarme cuando yo trataba de partirlo. Luego, dirigiéndome a la Central Eléctrica, hice lo propio con el cuadro de distribución, la dinamo, las baterías y los ingenieros. Uno no tiene que decir nada, y aún menos que sentir nada. Simplemente agitas el incienso y asperjas con agua, y embadurnas con polvos rojos lo que tú quieras.

También salimos un par de millas contra el enemigo en landós, plantamos un árbol de la victoria y regresamos. Malcolm había presenciado en 1907 una celebración más vistosa. Comenzó con la ascensión ceremonial a Devi. Los nobles y los funcionarios rindieron culto en la cueva sagrada de la cima, y dieron por cinco veces la vuelta a un fuego de

leña cogidos de la mano; la quinta vez afilaron sus espadas en la llama. Al día siguiente, S.A. sacrificó un cordero y Bhau Sahib otro, los caballos desfilaron ante ellos, y un sirviente sostuvo una cabeza cortada y los embadurnó de sangre. Por la tarde se puso en marcha una magnífica procesión, la banda tocó el Himno del Estado, el ejército saludó, S.A., Bhau Sahib, el sacerdote mayor y el contable general montaron a lomos de un elefante, y todos los ciudadanos llevaron zapatos nuevos. A la puesta del sol, "los árboles eran un contorno borroso y oscuro que se recortaba contra el fondo de un mar de oro; la media luna, serena en un océano de blanca nube." Oscureció, humearon y fulguraron las antorchas, los cañones arrojaron fuego quince veces, se tuvieron que parar cada diez pasos cuando volvían en triunfo por la atestada ciudad, y "una fuente de chispas de oro brotó de algún caldero mágico delante del elefante". En el salón de recepciones del Palacio Viejo se rindió homenaje y se otorgaron presentes: por ejemplo, un veterano del Motín[79] recibió una fuente de plata para que su familia la conservara para siempre. Se intercambió el beso de la paz y así terminaron las guerras.

¡Qué tiempos aquéllos! Y Malcolm describe también las joyas del Estado que vio en aquella ocasión; apenas quedaba ninguna en mi época. Observado por un comité de seis nobles, examinó bandejas rebosantes de collares, brazaletes, aros de nariz, ajorcas, todo ello de oro, y también rubíes y diamantes sin tallar; y había collares y más collares de perlas: por ejemplo, diez collares de cuatro pies de largo cada uno, anudados a los extremos con oro; había una sarta de esmeraldas translúcidas que eran

como bolas de billar; había una espada tachonada de diamantes y una daga engastada con rubíes; había arreos de plata para los elefantes —eran necesarios tres hombres para levantar uno de esos arreos—; había gualdrapas de oro para los caballos, y trincheros y jarras de oro. Valor total estimado: 60.000 libras esterlinas.

Una Dassera en Dewas con toda esta fortuna detrás, una Dassera antes de que se formaran las nubes de la bancarrota, podía muy bien lograr evocar el pasado marcial. Pero en mi época esta fiesta había mermando, en realidad casi todo estaba mermando. Sólo la celebración religiosa, el Gokul Ashtami, que vinculaba a la dinastía y sus súbditos con Dios, conservaba su antiguo esplendor y se celebraba sin tener en cuenta para nada su coste.

Hotel y Restaurante Green
Bombay
25 de octubre

Me reuní felizmente con el barco de los Darling, saliendo con una embarcación a vela el sábado por la noche con mucho empuje y subiendo a bordo del *City of Birmingham* donde estaba anclado, bastante lejos en medio del puerto. A bordo había nueve novias, y cuando yo emergí por la pasarela con guirnaldas de flores en el brazo, cada una de ellas me tomó por el novio de alguna de las otras ocho. Josie está segura de que el matrimonio de todas ellas estará definitivamente amargado por este recuerdo; cada una de ellas pensará, cada vez que mire a su esposo: "Él no pudo subir a bordo, mientras que un hombre que no tenía nada que ver lo logró." Llevo aquí desde el 21, terriblemente atareado, enviando telegramas y mensajes por radio, comprando "accesorios" para automóvil y peleándome con la incompetencia. Como estaba de bastante mal humor, no he ido con muchos miramientos: la "Vida en Oriente" sólo es tan agotadora cuando uno intenta preservar los sentimientos de la gente. El Coronel Wilson ya es seguro que viene. Demasiado

tarde para detenerle. No tanto, esto, incompetencia por parte de S.A., como el deseo muy legítimo de consultar con Malcolm antes de telegrafiar: el barco de Malcolm lleva una semana de retraso y esto le ha malogrado sus planes. Vuelvo a Dewas esta tarde y haré parte del camino con los Darling. Me escabulliré casi inmediatamente, pues le prometí a Massood que iría a Hyderabad y no quiero decepcionarle otra vez. Baldeo se marchó hace una semana y tendré que seguir con Hassan hasta que me vaya de la India. Él va a irse, de todas maneras, a causa de Wilson, de modo que no tengo escrúpulos. A él le gusta estar conmigo y a mí me gusta él.

Debo cortar dentro de un minuto y preocuparme de que acarreen todos mis neumáticos y piezas de repuesto a la estación. Espero que a Wilson le gusten, pues tengo la triste sospecha de que, haga yo lo que haga, refunfuñará. Regresa con la intención de pelearse con todo el mundo. Es imprescindible que yo me quite de en medio. Pobre Malcolm y Josie, que conocieron a Wilson en la época en que éste era un…

Mi última carta desde el Estado de Dewas Senior termina con esta frase inconclusa. El relato de los últimos días que pase allí es necesariamente incompleto y confuso. Había tantas cosas que entonces no podían contarse. Ahora puedo escribir libremente, y gracias a las detalladas notas que hice entonces, puedo rehacer una notable secuencia. El Coronel Wilson ha aparecido ya como un problema. Fue en realidad mucho más que eso. Se cernió sobre nosotros como una pesadilla, como una tormenta que se fraguaba y que finalmente se desencadenó grotescamente.

El coronel Wilson

Para explicarlo, debo remontarme muchos años atrás.

Malcolm y él se conocieron en 1910 en las montañas que hay más allá de Simla, y a propósito de una disputa fronteriza. Wilson se presentó una mañana a la hora del desayuno, pero Malcolm no le ofreció tomarlo, pues no tenía nada que ofrecer: sus planes habían fallado y él mismo estaba pasando hambre. Al cabo de un par de días recibió una carta glacial, censurándole duramente por su falta de hospitalidad. Él contestó exponiendo los hechos. El coronel volvió a casa de Malcolm, casi llorando, y se hicieron amigos cordiales. En realidad, Wilson debía de tener mucho encanto y poseía seguramente muchas nobles cualidades. Daba todo lo que tenía, era desinteresado e intrépido, había perseguido caza mayor a pie, había domesticado a toda clase de animales de la India excepto el cocodrilo, los niños le adoraban, era un brillante narrador de cuentos y un escritor de vigoroso estilo.

Siguiendo la sugerencia de Malcolm, fue a Dewas en otoño de 1920. Su carrera como oficial tocaba a su fin, pero su vida particular había sido trágica y poco tenía que le llamara a Inglaterra; y aunque ser Secretario particular de un Estado indígena estaba por debajo de su rango, y a pesar de que tenía de los indios la opinión corriente, se instaló felizmente con el

Maharajá y pronto le tomó afecto. Eran Papá Guillermo y el Príncipe Blanco el uno para el otro, y Wilson pensó incluso construir en Dewas un abrevadero conmemorativo. Proyectó el inmenso jardín que rodeaba el Palacio Nuevo, reorganizó la Casa de Huéspedes, los automóviles, la municipalidad, supervisó la educación de Vikky y escogió a una institutriz que se ocupara de la enseñanza efectiva. Se movió por toda la India para promover la prosperidad del Estado, y durante uno de sus viajes saltó de un vagón restaurante, con el tren en marcha, y quedó aplastado entre el andén y el tren. Creyendo que agonizaba, lo llevaron a una sala de espera, y allí escribió con lápiz las palabras: "Mi último pensamiento es para ti, Príncipe Blanco." El Maharajá partió a toda prisa de Dewas para ir a cuidarle. Se recuperó, pero no se creyó prudente que se expusiera a una Estación Cálida. Partió para Inglaterra en febrero y tenía que regresar en otoño. Antes de su partida fue investido con el segundo mayor honor que el Estado podía conceder: la Medalla de Oro de Tukojirao III.

Cuando yo fui presentado un mes después en calidad de sustituto temporal, encontré a la corte deshaciéndose en elogios del coronel. Era leal, capaz, servicial, y también amable, ingenioso y chistoso. Él y Malarao estaban siempre jugando, y se sugirió que M. y yo jugáramos juntos, también, cosa que hicimos un poco, por cortesía. Por lo que respecta a sus actividades prácticas, no había duda: estaban esparcidas por todo el terreno. Pedí un plan, un memorándum, en particular de sus intenciones con respecto al jardín. No había ninguno disponible, pero

casi inmediatamente empezaron a llegar cartas suyas preguntando por el modo cómo avanzaba su "querido jardín". Yo esperé hasta hacerme una idea mejor de aquel caos, y luego le escribí la carta más larga que he escrito en mi vida, páginas y más páginas de pormenores, entremezclados con numerosas preguntas. También le conseguí su dinero. Se le debían unas 1.500 rupias. Él pensaba, y S.A. pensaba, que se le habían ingresado en su cuenta en Bombay, pero cuando intentó extender un cheque, éste no le fue aceptado, lo cual, como él observó, no es una experiencia agradable después de treinta años en el país.

Poco tiempo después todas las obras, incluidas las suyas, fueron suspendidas definitivamente. Por lo que se refiere al jardín, no importaba, pues había habido un inexplicable descuido en los planes del coronel que provocaba automáticamente esa suspensión: se había olvidado del suministro de agua. Había hileras de grifos y montones de cañerías, y estaban conectadas con un depósito elevado, un noble objeto de cuatro patas, pero ahí terminaba la sucesión: el depósito estaba vacío y no podía ser llenado. Hicimos el riego a partir de dos pequeños pozos que se secaron completamente en mayo. Se lo di a entender lo más diplomáticamente que pude. Me contestó dándome las gracias por mi simpática carta y prometiéndome leer *Howard's End* lo antes posible. Decía que estaba muy desilusionado porque las obras no prosiguieran, y que el motivo era la intriga. Gran parte de su carta estaba en francés. Continuamos carteándonos con cortesía, pero por mi parte con menos libertad: él parecía molestarse muy fácilmente. Le escribió al Maharajá:

“De modo que todos mis planes han sido desechados. En todos los años que serví a la reina Victoria (de bendita memoria) nunca sufrí una porción de la humillación que sufrí mientras estuve a tu servicio, querido Príncipe Blanco. Tu acongojado Papá Guillermo.” Y también: “Cuando S.A.R. el príncipe de Gales vaya a la India, ¿tiene la intención de visitar Dewas? Si lo hace, me cortaré el cuello. Ver el Palacio y el Parque que tú proyectaste como un monumento de piedad, convertido en un montón de estiércol y de basura y ser el hazmerreír de esos infames y despreciativos políticos de Indore, es más de lo que mi alma puede soportar, como tu santa madre y la mía, ambas reunidas con Dios, saben muy bien.”

Yo empecé a compadecerle. Estaba, obviamente, sobreexcitado y enfermo, pero su idealismo me inquietaba. ¿A quién atacaría a continuación? A veces hablaba de Inglaterra —todavía gloriosa a pesar del cáncer que roía su entraña—, o tenía que comunicar “un plan muy importante”, que el Maharajá no debía revelar ni siquiera a sus leales: Malarao y Morgan Forster, algún plan de propaganda anti-nacional que las Casas de Windsor y de Dewas debían elaborar conjuntamente y que contaba con todo el respaldo de un general al que se lo había mostrado. En otras ocasiones se imponían la tristeza y el desaliento: se había peleado con Malcolm (entonces en Inglaterra), sufría, y ¿quería realmente su Príncipe Blanco que él volviera? Siempre que se formulaba esta pregunta, S.A. se serenaba y enviaba un telegrama con frases tales como: “Te quiero más que nunca y suspiro por tenerte junto a mí”, que costaba unas cuantas libras. Malcolm también escribía, confirmando nuestra

impresión de que era cosa de mala salud, e insinuando que el coronel parecía bastante apenado por haber yo despedido al chófer Kanaya, a quién él había escogido especialmente con miras a la seguridad del Maharajá.

S.A. dijo de sí mismo una vez: "Me estoy sugestionando continuamente a mí mismo con la idea de que una situación es llevadera", y creo que este análisis es razonable. De todas formas, puedo descubrir cuatro etapas en la reputación de Wilson en Dewas: 1ª. A todos les gustaba y a él le gustaba todo el mundo. 2ª. Tenía muchos enemigos, pero S.A. le apreciaba. 3ª. S.A. en realidad no le apreciaba, pero reconocía sus buenas cualidades. 4ª. Ni siquiera tenía buenas cualidades. Se elevaron algunas quejas locales. El C.P. dijo: "Es demasiado viejo para que vuelva." El director de la Compañía Eléctrica dijo algo sobre una tremenda escena en su oficina de Bombay, que de no ser por la enfermedad del coronel habría terminado con bofetadas. El Maharajá, por pura malicia, le acusó de estar *au mieux*[80] con una dama. "Pero ¿cómo lo supo?" S.A.: "Abrí sus cartas un día, por broma, y había una de ellas que comenzaba: 'Cariño mío'. Luego me disculpé." "Pero eso estuvo muy mal." "Sí, Morgan, ya sé que estuvo muy mal, y así lo dije. Me arrepentí, pero, con todo, lo hice y así es como me enteré."

En Dewas resultó que se había peleado prácticamente con todo el mundo, y aunque había sido eficiente gracias a su dominio del idioma y su experiencia anterior como magistrado de un puesto militar, había tenido tan ocupado a S.A. como mediador, que éste había hecho más trabajo que él. La pelea más enconada la tuvo con Deolekr Sahib, su

ayudante particular. Se originó por motivo de un paseo a lomos de elefante en que se había producido cierto malentendido con el cornac. El Coronel Wilson quería regresar, el elefante seguía avanzando, y él pensó que Deolekr (era joven y bromista) lo hacía a propósito para tomarle el pelo, y con el enfado casi se cayó del castillo del elefante.

Empezó a escribir cartas que rezumaban una envidia patética: "Estoy seguro de que prefieres a Morgan Forster." Hizo campaña en mi contra, tachándome de débil literato a quien Deolekr había seducido para que me pusiera del otro bando, y que era demasiado holgazán para plantar mangos y limoneros en el huerto y demasiado frívolo para conservar a los buenos chóferes. Fuera cual fuese la opinión personal que S.A. tenía de mí, no toleraba que se me criticara, pues ello ponía en tela de juicio su propio buen criterio; y creo además que me tenía mucho cariño, aunque uno no puede estar nunca seguro de los santos. "El pobrecito Coronel debe volver —dijo—, pero él sólo quiere quedarse durante la estación fría, y eso es mejor. Regresa con espíritu de venganza y yo lo pasaré muy mal, muy mal, pues ya no le protegeré más contra mi propia gente. Por lo que a ti respecta, yo había pensado que os vierais y le traspasaras tus funciones, pero eso ahora es imposible. No puedo permitir que te insulten. Pero, no obstante, dejar que abandones mi Estado antes de que él llegue es una deshonra para mí. Él observará un gran cambio en mi actitud."

El Coronel nunca comprendió que yo no quería Dewas como un puesto permanente. Yo estaba muy contento de que él volviera y continué defendiendo su

memoria y escribiéndole notas amistosas. Cuando Malarao y yo jugábamos, cosa que ahora hacíamos porque nos gustaba, tratando de agarrarnos mutuamente los pies desnudos, haciéndonos caer mutuamente los turbantes y rodando por la alfombra del salón en el centro de un círculo de diecisiete nobles regocijados sentados con las piernas cruzadas, nunca le permitía a Malarao que dijera que Papá Guillermo no habría llegado a tanto con un indio. Yo tenía la conciencia limpia. Y todo parecía estar bien. El 4 de agosto me escribió una carta muy amistosa que comenzaba con un "Querido Forster" y terminaba con estas palabras: "Esperando que esté bien de salud y agradeciéndole mucho lo que ha hecho por mí."

Pero, un mes después, me escribió lo que viene a continuación.

Londres
6 de septiembre de 1921

Querido Sr. Forster,

Dándole las gracias por su nota, que recibí hace cosa de una semana, lamento no disponer de tiempo para contestarle excepto en lo relativo a un tema muy importante.

Vd. adjuntaba el contenido de un sobre que iba dirigido a mí personalmente y sin mención alguna de mi cargo oficial.

Sé que hay gente que cree, cuando pasan al este de Suez, que no sólo los diez mandamientos están obsoletos, sino también las obligaciones y la etiqueta de la sociedad inglesa. Vd. había abierto mis cartas privadas dos veces con anterioridad, pero en la segunda ocasión —una carta mandada bien patentemente por una dama inglesa— Vd. sintió ciertos escrúpulos por su acción y yo me abstuve de hacer comentarios. Estos escrúpulos parecen haber desaparecido ahora. He de pensar que ello se debe a que el poder hipnótico de su entorno le ha afectado. Pero como puede que haya ahora cierto número de cartas muy privadas esperando mi llegada,

¿puedo pedirle que tenga la bondad de abstenerse de abrirlas? Y si cree que S.A. desea que Vd. obre de modo distinto, le ruego que obtenga autorización escrita en cada caso.

Atentamente,
W. Wilson

Cuando cayó este rayo, S.A. estaba haciendo sus dos horas de oración y no se le podía molestar. (“Me sabe muy mal, pero en este preciso momento estoy consagrado”, decía si alguien le abordaba.) Tan pronto como nos reunimos, exclamó: “He recibido una carta de Wilson. Él, Malcolm y Josie salen ahora juntos en el mismo barco. Dice que no se encargará más de labores administrativas, puesto que no se le aprecian, pero que seguirá supervisando la educación del príncipe. Es una carta desagradable.”

“Como ésta”, dije, alargándole la mía. La leyó en un instante y se puso pálido. La alusión al “poder hipnótico de mi entorno” le causó el más patente enojo, pero en lo más hondo lo que sentía era una generosa indignación por mi causa. Yo parecía afligido. Se me había de distraer y confortar. No me molestó con preguntas; sobre si yo había fisgoneado la correspondencia del coronel a propósito, por ejemplo: esto no le interesaba lo más mínimo. No, telegrafió a su primo de Dhar y, mientras yo estaba todavía aturdido, dispuso que me desplazara allí como invitado oficial. Visité Dhar, como ya he mencionado, y Mandu, y me moví penosamente durante horas por sus peñas y sus estupendos paisajes. Mandu ocupa la extensión total de los Vindhyas. Al norte, una grieta la separa de la Meseta Central de la India; por el sur un precipicio baja derecho hasta el valle del Nerbudda,

pasado el cual comienza la patria de los *maratha*.

Yo no me daba cuenta de nada, ni siquiera cuando la cobra negra casi me pasa por encima de los pies. Me pasaba todo el tiempo redactando y rechazando respuestas al Coronel Wilson. Al principio me inclinaba por algo complicadamente satírico. Junto a mis recuerdos de la Puerta de Delhi encuentro algo del tenor de "si tiene suerte, cuando llegue a Dewas se encontrará con que me he apropiado del dinero de la oficina." No envié esta frase. Trataba de tener presente que se trataba de un hombre viejo y enfermo, pero cuantas más veces leía su nota, mejor encontraba su inglés. ¿Debía responderle genialmente, diciendo que su excelente estilo era lo único imperdonable? Rechacé esto mientras miraba al fondo de una sima en la que la Maharaní de Dhar había matado un tigre la semana anterior. No hay duda de que él había logrado herirme. No le perdono a la gente que hagan eso, y ni siquiera ahora le he perdonado el que me echase a perder Mandu. Los gritos de sus monos al anochecer, su maravilloso eco de larga duración, están deslucidos por esta pelea burguesa.

Al volver de nuevo a Dewas redacté una nota ofensiva. S.A. la supervisó y desaprobó cualquier intento de moderación: "No, no, él nunca lo entenderá; lo considerará una debilidad tuya." Mandamos mi producto por duplicado a Londres y a Bombay, pues pensamos que él podía encontrarse ya en alta mar.

Dewas Senior
7 de octubre de 1921

Querido Coronel Wilson,

Recibí su carta del 6 de septiembre y entregaré a S.A. toda aquella correspondencia suya que pueda llegar a Dewas antes que Vd. Su bicicleta y su lámpara, hasta ahora en mi habitación, serán entregadas a Malarao Sahib.

Por lo que se refiere a sus cartas privadas que yo abrí, por la presente formulo la siguiente declaración: las abrí en la creencia de que eran de carácter oficial y tenían que ver con mi trabajo. Viendo que no era así, no las leí. No tengo conocimiento alguno de su contenido, ni estaba enterado, hasta que Vd. me informó de ello, del sexo de sus correspondientes.

Si Vd. da por cierta la anterior afirmación, le exijo una reparación total e incondicional por su carta del 6 de septiembre, tanto por lo que se refiere al contenido como a la forma. Si no la da por cierta, ni espero ni deseo saber nada más de Vd.

Una copia de esta correspondencia será enviada al Sr. Darling. Es por consideración hacia él por lo que le ofrezco esta oportunidad de disculparse.

Atentamente,
E.M. Forster

Poco después de que mi carta fuera echada al correo, nos enteramos de que, al final, el Coronel no iba a salir en el barco de los Darling, sino en otro que zarpaba más adelante. Y la siguiente noticia fue de que se había comprometido en matrimonio. Esto último, confiado como un secreto personal y sagrado, fue inmediatamente participado por el enfurecido Príncipe Blanco a la corte reunida. "¿He de mantener también a su esposa?", exclamó. Decidió entonces dirigirse en persona a Bombay, ir a esperar el barco de los Darling, aclarar el embrollo y obtener el permiso de Malcolm para cancelar el regreso del coronel: había el tiempo justo para un telegrama antes de que el otro barco zarpara.

Pero no había contado con sus prácticas religiosas. El aniversario de la muerte de su madre coincidía con

la fecha de la llegada de Malcolm. Le era imposible abandonar Dewas, y ésa es la razón por la que yo tuve que ir solo a Bombay. ¡Ah, qué expedición más complicada! A medianoche salí sin ser notado del Muelle Apolo en la embarcación de vela. No sólo llevaba las guirnaldas de jazmín, rosas y oropel, sino que en el bolsillo llevaba también la carta que me había dirigido el coronel Wilson y una copia de mi respuesta a la misma. Repartí primero las guirnaldas y, cuando todo el mundo las llevaba ya, las cartas. Malcolm no se inmutó. "Una correspondencia lamentable", dijo. Debía de estar enfadado conmigo por mi imprudencia al abrir sobres dirigidos a otra persona, pero no dijo nada, sólo que le asombraba que el Coronel lo hubiera hecho. Pues el Coronel, medio riendo, le había comunicado sus sospechas sobre mí en Londres ("supongo que su Morgan Forster es totalmente honrado"), y Malcolm le había dado seguridades sobre mi honradez y pensado que todo iba bien.

Vino después la parte más difícil de mi misión; tenía que revelar que S.A. ya no quería que Wilson volviera, y que estaba sólo esperando el permiso de Malcolm para telegrafiarle despidiéndole. Malcolm se exaltó al oír esto, dijo que no había tiempo y que la conmoción y el agravio podían muy bien matar al Coronel, que era un hombre mayor y estaba mal de salud —mala salud que había contraído al servicio del Maharajá—, y que estaba muy enamorado y esperaba dar una conclusión feliz a su vida. Recalqué que yo quería que Wilson volviera. Mi trabajo eventual había concluido, ya no iba a encontrarme con él, y después de Hyderabad dejaría la India para siempre. Pero me

sentía violento.

Volaron telegramas entonces entre el vapor *City of Birmingham* y el Palacio de Dewas. Malcolm tenía que dirigirse inmediatamente a sus obligaciones en el Punjab. El duelo conmemorativo había terminado, así que el Maharajá tenía libertad para abandonar Dewas, pero ¿dónde iban a encontrarse? El correo del Punjab se detenía en Rutlam, y se dispuso que S.A. subiera a él en esta localidad y viajara hasta la siguiente parada para discutir la vuelta de Wilson. Mi último recuerdo de este asunto, y de Dewas en general, adopta la forma de un precipitado y absurdo viaje en tren. S.A. se presentó en Rutlam "casi solo"; es decir, sólo le acompañaban Malarao, Deolekr, Nadka, Babaji Rao, Ambunana el sacerdote, Boy el de Goa y algunos criados. Nos había comprado billetes para el correo, y nosotros teníamos que volver a Rutlam con el correo descendente. Yo contaba con que él cedería tan pronto como conociera la opinión de Malcolm, pero se reveló como todo un rey, habló con vehemencia y dijo que desde que la Maharaní se había ido, no había vuelto a estar nunca tan molesto, y que, rotundamente, no quería que el coronel volviese. "Contéstame esta pregunta, Malcolm: si le digo ahora que no venga con alguna excusa, ¿me estaré comportando de un modo indigno de un caballero?" Malcolm meditó cuidadosamente su respuesta. "Yo sé que nada de lo que hagas podría ser indigno de un caballero, pero los demás ingleses que oigan hablar de ello ciertamente lo considerarán así". —"No importa —dijo S.A.—; su opinión no tiene la menor importancia. Telegrafiaré en la próxima parada."

Para entonces ya habíamos avanzado mucho, en

dirección nordeste, hacia el interior de la India, pagando una y otra vez billetes suplementarios. El grupo de Dewas y yo nos apeamos en una estación solitaria, el grupo del Punjab continuó, en tono de frialdad, y yo me puse a redactar el telegrama en una pequeña oficina de Telégrafos, mientras mis distintos amigos miraban por encima de mi hombro y hacían sugerencias. El telegrama empezaba: "Debido a dificultades financieras transitorias de mi Estado, me veo obligado contra mi voluntad a renunciar al placer de tener un funcionario inglés", y costó 25 libras. Tuvo que enviarse urgente (tarifa triple), y además por duplicado a Londres y a Trieste, pues el coronel podía estar ya en camino. Contenía una indemnización de 100 libras, que Malcolm insistió en que era el mínimo que podíamos mandarle; el billete de barco ya había sido pagado. Por fin lo despaché y volvimos, deshinchados, a nuestra capital. S.A. estaba muy desanimado. "Todo es culpa mía, todo es debilidad mía", dijo, y en parte lo era, pues Wilson se había pasado todo el verano preguntando si haría bien en volver. También era culpa de Wilson, por ser envidioso, suspicaz y antipático. Y también culpa mía, por abrir cartas tan despreocupadamente y por no disculparme por mis errores de juicio en la debida forma y con el suficiente entusiasmo. Ninguno de nosotros tenía motivos para sentirse orgulloso. Y Malcolm —sobre quien recayó realmente la parte desagradable— no podía tener ningún motivo para estar orgulloso de sus tres amigos.

Así, pues, mi período en Dewas terminó con desaliento y frialdad. La estima y el respeto perduraron, y antes de mi partida fui

convenientemente investido con el segundo mayor honor que el Estado podía conceder, la Medalla de Oro de Tukojirao III. Todavía la guardo como un tesoro. Es una medalla provisional. Lleva arañada con un alfiler la faz del sol. Y tampoco tiene ninguna cinta apropiada, sólo un pedacito arrugado de tela de color rojo. Se me prometió que más adelante se acuñaría la medalla auténtica, y que entonces la cambiaría. Nunca la cambiaré. El honor mayor de todos era la Medalla de Oro de Tukojirao III engastada con un diamante. Ésta había sido concedida al Dewan, y no se me ocurre otra persona que la hubiera merecido más. Honorable, digno, diligente, prudente, austero, había servido al Estado sin cesar.

El Coronel Wilson no contestó a mi carta. Pero sé que su salud mejoró y que fijó su residencia en Inglaterra por el resto de su vida, respetado y estimado por los que le comprendían.

La última carta mía que reproduciré aquí es de Hyderabad, y denota alivio.

Hyderabad
Decán
12 de noviembre

Lo estoy pasando muy bien aquí y disfruto de cada instante. Masood en muy buena forma, el tiempo perfecto y vigorizante, cosas bellas que admirar, gente interesante con quien hablar, comida deliciosa, paseos románticos, hermosos pájaros en el jardín, nada de Baldeo y nada de religión. De todos modos, el Sr. Hydari[81], cuando menos te lo esperas, se desata los cordones de sus borceguíes y se postra durante un picnic vestido con un traje ajustado de “tweed”. Pero cuando se ha terminado se ha terminado, y él no necesita polvos rojos ni tambores para hacer eso. He pasado bruscamente del hinduismo al Islam, y el cambio es un alivio. He penetrado en un mundo cuyos problemas y preocupaciones me resultan

inteligibles: Dewas hacía mucho ruido por pocas nueces, y nada de ruido cuando un poco habría sido apropiado.

Mis últimas cartas no te cuentan nada de mi partida. Los dos estábamos muy tristes. Yo detestaba tener que abandonarle, pero lo trágico en él es no saber cómo emplear a la gente, y yo no veía que tuviera ningún sentido el continuar liado con un trabajo que no me daba ninguna satisfacción y que no era de importancia básica para él. Las cosas de esta vida significan tan poco para él —significan algo tan distinto, en cualquier caso—, que nunca estoy seguro de lo que le gusta; ni siquiera de si siente afecto por mí. La consideración hacia los demás simula muy a menudo en él el afecto. Sólo sé que es uno de los hombres más dulces y piadosos que haya conocido nunca, y que su bondad no es sensiblera, sino que acompaña a un agudo discernimiento de los caracteres y un profundo conocimiento del mundo. Es muy difícil describirle, pues él pertenece realmente a otra civilización, no como en el caso de otros indios que he conocido.

Podría escribir mucho, también, acerca de la visita del Príncipe de Gales. Casi todo el mundo siente desagrado y temor por esta visita. Las principales excepciones son las empresas de automóviles y los proveedores de comida, que harán su agosto, y también los que se oponen a la cooperación y los extremistas, que tendrán una oportunidad para protestar que de otro modo no habrían tenido. Masood es una excepción, también, pues cree que el príncipe hará algunas declaraciones importantes, posiblemente con respecto a Turquía. Si no hace algo sensacional y fundamental, su visita será poco menos que inútil, reconoce Masood. El Congreso Nacional se reúne en diciembre en Ahmadabad, y ciertamente llevará adelante su resolución en favor de la Desobediencia Civil, y si existe una respuesta mayoritaria, esta costosa expedición real parecerá bastante absurda. He estado siempre con indios progubernamentales y proingleses, así que no puedo conocer el sentir del otro bando; y sólo estoy seguro de esto, de que estamos pagando la insolencia que los ingleses y las inglesas mostraron en esta parte del mundo en el pasado. No quiero decir con ello que los buenos modales puedan impedir un disturbio político, pero sí pueden minimizarlo; y pueden llegar casi a prevenirlo más fácilmente en Oriente que en ninguna otra parte. Los modales ingleses aquí han mejorado admirablemente en los últimos ocho años. Algunas personas

están asustadas; otras parecen haber experimentado realmente un cambio de actitud. Pero es demasiado tarde. Los indios ya no desean seguir teniendo trato social con los ingleses. Se han construido su propia vida.

Nota a propósito de *Pasaje a la India.*

Empecé esta novela antes de mi viaje de 1921, y me llevé conmigo los capítulos iniciales con el propósito de darles continuación. Pero tan pronto como fueron confrontados con el país que pretendían describir, parecieron languidecer y perder todo interés, y no podía hacer nada con ellos. Solía mirármelos por las noches en mi habitación de Dewas, y sólo sentía aversión y desesperanza. El desfase entre la India que recordaba y la India que experimentaba era demasiado grande. Cuando volví a Inglaterra este desfase se redujo, y pude proseguir. Pero aún pensaba que el libro era malo, y probablemente no lo hubiera concluido sin el estímulo de Leonard Wolf.

Lo dediqué a Masood. En una de las últimas ediciones (la de "Everyman"), añadí el nombre del Maharajá al suyo. Para entonces los dos habían muerto.

La catástrofe

La catástrofe

Cuando regresé a Inglaterra, la primera noticia que tuve de Dewas se refería a su nueva Constitución. No un éxito. Al final lord Reading no había ido y los adornos de mesa habían sido desatinados. En un intento por ser original, alguien había tenido la idea de poner patitos de verdad en piletas de cristal. Habían de nadar arriba y abajo durante el banquete inaugural y distraer a los invitados con sus gracias. Pero el agua estaba demasiado fría, los patitos se apretaron unos contra otros y los invitados tuvieron que sacarlos del agua y calentarlos con sus servilletas. Uno de ellos casi se muere. Me recordó mi propio fracaso con los peces ornamentales en el Gokul Ashtami.

Por lo que se refiere a la Constitución, era una más de una serie que se improvisaron para recibir al Príncipe de Gales. Gwalior, Bhopal, la mayoría de los Estados vecinos elaboraron una. Era tripartita y estaba compuesta por el Soberano, un Consejo de Estado con seis miembros, y una Asamblea de Diputados con unos setenta. El Soberano tenía poderes supremos. El Consejo estaba constituido por un miembro nombrado por él, un miembro de la Casa Reinante, un noble, un funcionario designado y dos representantes municipales, nombrados por la Asamblea. El Consejo podía legislar, pero él tenía veto, y aquél no podía modificarle su asignación anual como no fuera para

aumentarla. Por lo que se refiere a la Asamblea de Diputados, ésta se componía de un funcionario que representaba al Soberano, un miembro de la Casa Reinante, veinte nobles, veintiún funcionarios, ocho diputados elegidos por las ciudades y veinte elegidos por los pueblos. No tenía poderes ejecutivos ni legislativos. Como defensa adicional contra la democracia, todos los miembros, tanto del Consejo como de la Asamblea, habían de ser nombrados, no elegidos, para los cinco años siguientes, pues el pueblo no estaba todavía lo bastante educado para votar. Así se preparaba Dewas para salir al encuentro del mundo moderno.

No obstante, siguieron llegando noticias alegres de los Darling. Aunque destinados en el Punjab, seguían en contacto. Bapu Sahib estaba evidentemente en espléndida forma. Se divertía mucho y obtuvo cierto prestigio a raíz de una crisis en los asuntos del Maharajá de Indore. Indore se había metido en líos con el Gobierno de la India, y lo llamaron a él para que mediara. Se movió de un lugar para otro detectando o iniciando intrigas, y pasándoselo muy bien. En otra ocasión, obtuvo cierta diversión a propósito de *Pasaje a la India*. Estaba cenando en la Residencia del virrey en Delhi, poco después de su publicación, y comprobó que allí se tenía mala opinión de la obra. Lady Reading no se sentía atraída por ella lo más mínimo, y el recién nombrado Miembro indio del Consejo se expresó con severidad. Él los dejó platicar a sus anchas y luego dijo dulcemente que el autor había sido su secretario particular. “Eso es lo que pasa cuando los Jefes se rodean del tipo de europeos que no deben”,

interrumpió lord Reading. “Pero entonces es culpa de Su Excelencia, pues no podemos emplear a ningún europeo sin su conformidad”. Y se puso a elogiar la obra efusivamente.

En la propia Dewas las cosas parecían normales. Había, por ejemplo, la periódica inquietud por causa de Su Alteza Rama Secundaria. Monarca tímido y discreto, al que se veía poco y se mencionaba pocas veces, y probablemente desprovisto por completo de ambición y de astucia, RS. hacía de vez en cuando alguna ligera demostración que convulsionaba a la nerviosa Rama Principal. Esta vez —era Navidad—, envió un mensajero con una carta para su Secretario particular solicitando los nombres de sus invitados para poder tener el placer de enviar a cada uno de ellos una felicitación de Navidad. Parecía un proyecto inocente, pero Bapu Sahib tenía otra idea al respecto. “¡Ah, hermana, esto es grave! —dijo en confianza a Josie Darling—. R.S. quiere saber algo. Ésta es alguna intriga peligrosa. Ayer me escribió a mí, pero yo sabía que tramaba algo y no le contesté.” Durante unas horas estuvo sumido en el desaliento, luego se animó e incluso participó en una broma a costa de él mismo.

¿Qué había de peligroso en Dewas? ¿Qué era inofensivo? El futuro iba pronto a revelarlo.

El Yuvraj

Vikky, al que de ahora en adelante me referiré como el Yuvraj (príncipe heredero), se había ya transformado, de un niño tímido, en un joven inteligente, cortés y encantador. Causaba una excelente impresión a todo el mundo. Durante un tiempo vivió en la Casa de Huéspedes con tres de sus hermanastras: él y la familia de Bai Saheba habían sido siempre buenos amigos. Cuando cumplió los dieciséis años se le buscó una alianza, y fue debidamente prometido en matrimonio a la hija del Jefe de Jath, un terrateniente *maratha* del Decán. La muchacha era instruida y encantadora, sus padres eran personas excelentes, todo parecía venturoso, y el matrimonio se celebró en Dewas a finales de 1926, con una inmensa concurrencia de notables.

No sé cuántos rajás hay aquí, [es Malcolm quien esto escribe]. Patiala y Kapurthala por suerte declinaron. Las Ranís no cuentan, y los europeos, que por fortuna todavía no han llegado, son legión. Esta mañana entró Tukoji inesperadamente, vestido enteramente de blanco, con excepción de un turbante verde, pero con rostro ensombrecido: el grupo de Gwalior, en vez de ocho invitados y veinte criados, iban a ser trece invitados y cincuenta y cinco criados, y que si podrían tomar el té todos ellos mañana por la mañana a las 6.30. Para empeorar las cosas, el C.P., que había escrito diciendo que él y su esposa se encontraban demasiado mal para venir, telegrafió para decir que ya se habían repuesto y tenían la intención de asistir.

Las ceremonias se celebraron sin ninguno de los presagios que se habían cernido sobre las propias nupcias del Maharajá en Kolhapur. Nadie —es decir, ninguna persona razonable— podía haber previsto lo que iba a ocurrir.

Fue realmente interesante y hermoso, también [le escribe Josie a su hijo], pero ¡ay! qué mal lo ha pasado Vikky durante una semana, bañándose y rezando y sentándose como un ídolo con sartas de perlas colgándole por delante del rostro, y con la frente pintada de rojo y oro. Anoche vi cómo él y su novia desfilaban en torno al fuego, y cómo les anudaban sus prendas de vestir y ellos hacían sus últimos votos. Esto lo vi dentro de la *purdah*. Luego vino la procesión: muy alegre. Vikky y esposa sobre un elefante, las hermanas de él, con sus novios, en otros dos elefantes, otros muchos novios y novias más en carruajes, luego el ejército, bandas, más elefantes, más bandas. Delante del elefante de Vikky llevaban dos enormes estandartes, de 30 pies de alto, y en torno al castillo de su elefante se agarraban un enjambre de *chaprassis* agitando varillas de plumas de pavo real. Caminamos un ratito en la procesión como parientes; escapé luego por un pelo, asustada, de ser metida en el autobús *purdah*. Todas estas ceremonias son una agradable mezcla de ritual y de ausencia de formalismo. Por ejemplo, en un punto, toda la procesión se detuvo para permitir que tío Tukky y yo encendiéramos cigarrillos.

Las partes contratantes acordaron que la consumación del matrimonio se pospusiera dos años. El Yuvraj habría llegado entonces a la mayoría de edad y se habría emancipado de su padre, y también debería haber obtenido para entonces su licenciatura en Filosofía y Letras. El Jefe de Jath quiso que la novia se quedara con sus padres durante este intervalo, pero después que ella llevara con ellos un corto tiempo, el Maharajá se inquietó por el prestigio de su Estado e insistió en que ella volviera a Dewas

aunque no hubiera allí una casa a propósito para ella. Fue instalada en la Casa de Huéspedes, no la acompañaba nadie de su familia, y su marido sólo estaba autorizado a verla cuando estaban presentes otras personas. La situación degeneró pronto en un tremendo embrollo, se intentó esto y lo otro, nada resultó, los nervios se crisparon, el Yuvraj no se podía concentrar en sus estudios. La novia hizo entonces algo radical e inesperado: a la vuelta de un peregrinaje que realizó, dejó una carta abierta sobre el altar dinástico del Palacio Viejo en la que juraba eterna fidelidad a su marido y pedía que cayera la venganza de Shri Krishna sobre cualquier miembro de las dos familias que intentara separarlos. La carta afligió al Maharajá. Aunque tenía la conciencia tranquila, pensó que ello podía ser un reproche dirigido a él y adoptó un aire preocupado. Después de diversas medidas poco eficaces y de cambios de humor y de muestras de debilidad, adoptó el único proceder sensato y permitió que su nuera volviera con sus padres.

Pero era demasiado tarde. Poco después de que ella partiera, el 21 de diciembre de 1927 para ser exactos, llegó la catástrofe. El Yuvraj huyó. Huyó de Dewas, afirmando que su padre le estaba envenenando. Huyó a Indore y buscó la protección del Gobierno de la India y de su representante, el D.G.G.

La situación era horrible, y tan confusa que ni siquiera hoy, con todo este espacio de tiempo, es posible aclararla. Destacan tres puntos. Primero, el muchacho estaba genuinamente asustado. Segundo, no tenía ningún motivo en absoluto para temer. Tercero, emisarios de Kolhapur le habían inficionado

la mente. Esos emisarios siempre estaban al acecho. No recuerdo un solo día que no hubiera alguno. Mayormente se dedicaban a observar e informar. En ocasiones iban más lejos e insinuaban. En esta ocasión —por segunda vez en su infame existencia, tal vez— golpearon y mataron.

El Maharajá se desmayó. Tan pronto como se recobró telegrafió solicitando la presencia de Malcolm y Josie, quienes se pusieron inmediatamente en camino desde Lahore. Mientras tanto, el D.G.G. de Indore, Mr. Reginald Glancy[82], se vio enfrentado con esta situación a su regreso de unos Juegos Escolares. La manejó con presencia de ánimo, con prudencia y con benevolencia. Acogió al inquieto Yuvraj en la Residencia, calmó sus ridículos temores, impidió que se dirigiera a Kolhapur y preparó un encuentro entre él y su padre. Éste fue un fracaso: las sospechas del muchacho cobraron nueva fuerza y esta vez se desmayó él. Padre e hijo estaban de acuerdo, por lo menos, en un punto: no podía haber regreso a Dewas después de este horrible malentendido. Y Mr. Glancy aprobó la sugerencia del Maharajá de que el Gobierno de la India asumiera la tutoría. "Naturalmente —escribe el Maharajá—, nunca quise otra cosa sino el bien del muchacho, y en estas circunstancias quiero que el Gobierno Supremo tome mi lugar y dirija su educación y formación, y ofrezco razonables costas por las mismas y por su manutención". Esta sugerencia era sensata y digna, y parecía que se evitaría el escándalo. Pero desafortunadamente, y característicamente, S.A. empezó a poner condiciones. El Yuvraj no tenía que ir a Kolhapur, donde estaba su madre, ni tampoco a

Jath, donde estaba su esposa; había de ser considerado un Infractor Político, sus cómplices tenían que ser extraditados y castigados, y no había de hacerse ninguna investigación. Esta última condición debió de desconcertar a Mr. Glancy. ¿Por qué ninguna investigación? ¿Tenía el Maharajá, después de todo, algo que ocultar? Fue una maniobra nefasta: la inocencia disfrazada de culpa. Naturalmente, el Gobierno de la India no podía ser obligado; asumiría la tutoría sin condiciones o no la asumiría. Las negociaciones fracasaron, el Yuvraj se dirigió a Kolhapur, y el *Times of India* publicó titulares tales como "Desagradables Acontecimientos en Estados indios: Escándalo en Dewas."

Así, pues, cuando Malcolm y Josie llegaron de Lahore, se encontraron con que todo había sido manejado mal. Todas las cartas se habían jugado mal, su amigo casi se había vuelto loco, declarando que quería abdicar, que apelaría a los Príncipes de la India para impedir la investigación y que Mr. Glancy era su enemigo jurado. Trataron de convencerle con razones y luego se enojaron. "Lo lamentable fue —escribe Josie— que tuvimos que decirle cosas muy hirientes, como que siempre había tenido abandonado a Vikky y que él aceptaba simples rumores como si fuesen el Evangelio; pero él lo tomó con su habitual dulzura angélica. Él es, pienso, uno de los hombres más adorables, más originales y más imprudentes que he conocido jamás." Él emitió su relato de la catástrofe. Después de la partida definitiva de la novia para Jath, el novio permaneció en la Casa de Huéspedes, cada vez más descontento y cada vez más bajo el influjo de un agente de Kolhapur. Se designó a un "sirdar leal"

para contrarrestar al agente: recurso típico y necio; ¿por qué no despedir al agente? El Yuvraj se puso entonces enfermo y fue fácilmente persuadido de que su padre le estaba envenenando. Aterrorizado, saltó a un coche y salió precipitadamente para ganar la frontera. Y cuando cruzaban el Sipra, el fatal Sipra, el agente disparó una pistola al guardabarros para que pareciera que les habían preparado una emboscada en el fondo del barranco. Perforados con agujeros de bala, llegaron a la Residencia de Indore, y el resto ya lo conocemos.

Ésta era la versión del Maharajá. Puede que sea inexacta, y el guardabarros acribillado a balazos no aparece en ninguna otra parte. La desdicha, la inocencia, la vergüenza, todas ellas son auténticas. Vergüenza por su Estado, al que una intriga miserable había derribado. Malcolm hizo lo que pudo, y junto con Charles Goodall (de Bombay) mantuvieron algo de correspondencia con el redactor jefe del *Times of India*, señalando algunas de las calumnias e inexactitudes más patentes contenidas en su crónica. Por desgracia, Malcolm, como funcionario del Estado, no podía escribir públicamente, y el redactor jefe, aunque comprensivo, no quiso publicar una rectificación sin firmar.

El Gobierno de la India actuó razonablemente. En carta al Maharajá del 9 de abril de 1928, Mr. Reginald Glancy menciona con aprobación que “se ha fijado una asignación de 2.500 rupias al mes para el mantenimiento de marido y mujer” y añade que no es intención del Gobierno hacer caso alguno de las absurdas informaciones que han aparecido en la prensa, y el Gobierno ha tomado ya todas las medidas

que están en su poder para oponerse a la continuación de esa campaña de prensa." Pero el fango se adhirió. Los intereses de Kolhapur eran poderosos en las carreras y otros círculos de Bombay, las "absurdas informaciones" se difundieron, y al final se dio por sentado en las cenas y los clubs que el Maharajá de Dewas Senior era un infame villano. En una ocasión April[83] (la hija de Malcolm y Josie) estaba sentada junto a un distinguido y respetable funcionario que expresó esta opinión de modo complacido. Ella se enfureció por dentro, y con sus dieciocho años le quitó los humos de un modo que no es probable que él olvidara jamás.

Antes de dejar el asunto del Yuvraj, tengo que añadir algo más agradable y esperanzador. Éste se convirtió en Maharajá (como Vikramsinharao) a la muerte de su padre, gobernó bien y fue al Norte de África en la Segunda Guerra Mundial, donde luchó con bravura y honor. Cuando volví a la India en 1945, me mantuve apartado de Dewas, pues no podía suponer que fuera bien recibido allí. Él se enteró de esto y envió una atenta nota diciendo que habría estado muy contento de recibirme, como amigo que fui de su padre. Dos años más tarde vino él a Londres para los Festejos de la Victoria, con Deolekr Sahib como su edecán. ¡Extraña secuela india! Nos encontramos en un Club Deportivo cerca de Ealing, y luego comí con ellos en Park Lane. No le había visto desde 1913. Ahora se había convertido en un príncipe ilustre y magnánimo, tan parecido a su padre físicamente que yo estuve todo el rato olvidando que había pasado una generación y que me estaba dirigiendo a un desconocido. Era afectuoso y

simpático, saludable y enérgico, y estaba resuelto a poner fin a las viejas querellas y a borrar odios y riñas entre familias. Con esta idea, me invitó a ir a Dewas y permanecer allí como invitado suyo y escribir la vida de su padre, a quien con razón consideraba un gran hombre. Mis recuerdos de él se cierran con esta nota feliz. Poco después de su venida a Londres, se convirtió en Maharajá de Kolhapur, el Estado de su madre; Kolhapur, fuente de honores y de malestares. Le sucedió en Dewas su hijo. Con el traspaso de poderes, ambos Estados han perdido su identidad y se han fundido en la India actual, por lo que su inveterada enemistad ya no existe. ¡Ojalá que todo lo que tenían de bueno —y mucho había— se combine para fertilizar el futuro!

Pondicherry

El prestigio del Maharajá no se recuperó nunca de este escándalo interno. El golpe final a su suerte, no obstante, fue económico. Su posición económica ya era mala en mi época, empeoró, gastó enormes sumas en la boda del Yuvraj, en el nacimiento de un hijo de Bai Saheba y en agentes de servicio secreto destacados en Delhi y otros sitios. Y luego vino el hundimiento de los precios agrícolas. Se produjo en 1930 y duró cuatro años. Todas las zonas agrarias se resintieron. Dewas, que ya estaba en situación precaria, quebró. En un año las Rentas Públicas de la Tierra se redujeron a la mitad, y los ingresos totales del Estado bajaron de unos diez *lakhs* a seis[84], los funcionarios no recibieron su paga, se exigieron contribuciones excesivas a los labradores, se enajenó la tierra. En 1933 la situación era ya tan grave que el Gobierno de la India se vio obligado a intervenir.

Tenía dos alternativas. Podía dirigirse al Maharajá de modo extraoficial y amistoso, y establecer así un contacto personal. Él quería ayuda, sabía que estaba en un aprieto, en gran parte por su propia culpa, pero era demasiado orgulloso para pedir ayuda a aquellos que le responderían no como amigos sino como funcionarios, y ponía inmediatamente el grito en el cielo si se le obligaba a aceptar la ayuda. “Por mí es igual, pero se está ofendiendo a mi Estado”, exclamaba. Y señalaba, indignado, que otros

soberanos —Alwar, por ejemplo— se habían portado mucho peor que él y habían salido impunes porque eran poderosos, y que él —a diferencia de otros— nunca había flaqueado en su lealtad a la Corona. Por desgracia, la mayoría de D.G.G.s y de C.P.s con quien había tenido que tratar no eran de la clase de gente que él quería como amigos o negociadores; y no me sorprende: los he sufrido yo mismo. Eran insensibles, o, si acaso eran sensibles, eran unos sabihondos que trataban de ser más listos que él en su propio terreno; y algunos de ellos eran unos sinvergüenzas. Había excepciones. Estaba el Mayor Luard, que podría haber hecho cualquier cosa con él, y estaba Mr. Reginald Glancy, cuyos buenos oficios él rechazó, pero en conjunto constituían un grupo de hombres poco interesante.

Pero el Gobierno rechazó esta primera alternativa y tomó la otra. Dictó órdenes, que se conocieron por todas partes y que le deshonraban a los ojos de sus súbditos y de los demás Jefes: tenía que solicitar un Oficial de Cuentas que examinaría la situación económica y prepararía un informe; o, si no, tenía que solicitar un Dewan[85] y prometer que no lo despediría. En comunicación de 24 de julio se le ordenaba que tomara una decisión antes de quince días. No la tomó, ni siquiera cuando se extendió a un mes el período de gracia, pues estaba ofendido. Escribió cortésmente y empleó evasivas con la esperanza de obtener un empréstito de dos o tres *lakhs*. El Gobierno, entonces, se mostró más severo y le mandó aceptar una Comisión de Investigación "según Resolución del Gobierno de la India n.° 426R de 1921". Adjuntaban una copia de la n.° 426R "por si

Su Alteza no tiene". Pero antes de que pudiera leerla, él ya había tomado una decisión extravagante y fatal.

El Templo de Ramesvaram es uno de los lugares más sagrados de la India. Lo fundó Rama cuando iba de camino a Ceilán buscando a Sita. Se levanta en una isla que se encuentra en el extremo sur de la península, y es un maravilloso santuario shivaíta con tres atrios, enormes salas hipóstilas, majestuosas puertas y un *linga*[86] lavado diariamente con agua del Ganges. En septiembre de 1933 el Maharajá decidió ir en peregrinación a Ramesvaram. Y allá se fue. Bai Saheba y su creciente familia le acompañaron, también lo hizo su hermano y diversos cortesanos. La decisión fue imprudente, pero peor fue lo que siguió: nunca llegó allí. Después de un par de días de viaje, se quejó de mala salud y se desvió a Pondicherry, la capital de la India francesa, para recibir tratamiento médico. Sin duda estaba enfermo: los informes del médico de Pondicherry son explícitos, y había sufrido sin duda suficiente ansiedad como para causarle una crisis nerviosa. Pero influyeron otros motivos: malicia, el deseo de zafarse del Gobierno y negociar con él desde posición segura, y tal vez incluso la loca esperanza de que desde ese rincón de Francia él podía derrocarlo y echar abajo a todos sus D.G.G.s y C.P.s. En cualquier caso, allí estaba, a mil millas de distancia de su amado reino y en una parte de la India que le era desconocida; y allí se atrincheró y murió. El lugar tenía pocos atractivos para un rey en el exilio. Un eminente santo y hombre de letras, Aurobindo Ghose, vivía allí, pero no hicieron amistad. Se quedó encerrado con su familia y su progresivamente menguante séquito de sirvientes, inmerso en sus

prácticas religiosas y sus intrigas políticas.

El Gobierno se puso furioso y ordenó su regreso. Tenía que estar de vuelta en Dewas antes del 10 de noviembre. Él se negó, y ordenó a su Consejo de Estado que se autodisolviera si había alguna intromisión externa. Mandó también un enorme telegrama al Virrey, lord Willingdon: su canto del cisne por lo que a telegramas se refiere. “Comienzo rogando a Su Excelencia que me perdone por este telegrama tan largo”, empieza, recapitula luego la disputa, se niega a hacer ninguna concesión, pide un empréstito, se niega a abandonar Pondicherry, y concluye, después de un millar de palabras, con “situado como estáis en la más alta posición de confianza para el prestigio y el honor británicos, y para la prosperidad, la dignidad y los derechos de los Soberanos indios, no me queda otra alternativa y ruego que se me excuse por ella.” El secretario de lord Willingdon contestó que Su Excelencia no veía razón alguna para modificar la decisión ya tomada. Las ruedas de la rectitud occidental siguieron su marcha y lo aplastaron.

Sus amigos quedaron consternados al ver la trampa que él mismo se había tendido. La situación ya era bastante peligrosa mientras permanecía en Dewas, en Pondicherry se había vuelto catastrófica. Dewas se había perdido. Había sido instalado allí un Gobierno provisional bajo el Yuvraj. Le escribimos y le telegrafiamos instándole a que transigiera, a que cediera a lo inevitable y salvara así algo del naufragio. Mis cartas me fueron devueltas después de su muerte: resulta extraño leerlas ahora. Él no hizo caso de nuestros consejos, y es natural, pues por sus venas

corría sangre real, no por las nuestras. Él descendía del sol. Malcolm intercedió por él ante distintos funcionarios, altos e inferiores, y les señaló la importancia, en un caso como ése, de hacer muestra de bondad y de benevolencia. Había habido muchísima rectitud con lo de la quiebra de Dewas Senior, pero nada de imaginación y escasa cortesía. En una ocasión, un alto funcionario que se ocupaba del caso llegó a atravesar Dewas en coche sin pasar a hacer una visita. Escuchaban —con preferencia al otro extremo del teléfono—, pero sabían que habían actuado correctamente y que por lo tanto no tenían nada que decir. Tenían impecablemente razón y estaban absolutamente equivocados. No quiero dar a entender con esto que le hubiera ido mejor bajo un Gobierno puramente indio: el fallecido Vallabhai Patel habría sido aún menos compasivo con él. Pero los británicos, que estaban entonces en el poder, acabaron con él.

Un año después, Malcolm, con cierta molestia para su persona, fue a Pondicherry para estar unas horas con él y consolarle, e instarle a que atendiera a razones. Describió su visita en una larga e interesante carta dirigida a su hija: nuestro último vislumbre. No le gustó Pondicherry. Lo único bonito en ella era el mar con sus grandes cachones que parecían decir: “Ya es hora de que te engullamos”. Cruzó la barrera de la Aduana, rellenó varios impresos quisquillosos y se encontró en “los abarrotados y destartalados bazares de la capital de la India francesa”. De vez en cuando alguna tricolor y un aviso: “Ralentir”[87], y una calle dedicada a Dupleix; de no ser por eso podría haberse tratado de cualquier pequeña e insignificante ciudad

de provincias. Llegó a una vieja casa en una calle lateral. Todo era viejo y ruinoso. El Maharajá de Dewas Senior le esperaba en el portal, con los pies descalzos, vestido de blanco. Entraron, se sentaron en un sofá, y el Maharajá reclinó la cabeza en su regazo y rompió a llorar. "Lo rodeé con mis brazos y, oh, qué delgado estaba. Sus ojos no expresaban otra cosa más que una vehemente y trágica súplica, pidiendo un poco de comprensión por todo lo que ha padecido. Una importante novedad es su barba, larga, cerrada y entrecana."

Pronto pasaron a hablar de su "pleito" contra el Gobierno, y entonces sus ojos centellearon y "casi le saltaron de las órbitas, desafiantes". No haría ninguna concesión: "Soy un *rajput* y traicionaría todas mis tradiciones si comprometiera mi honor. Antes prefiero morir aquí que hacer eso." Malcolm trató de "convencerle con razones", señaló que "la otra parte" gobernaba entonces en Dewas, que él no podría vivir en Pondicherry indefinidamente, que debía pensar en sus hijos, *etc.* Él exclamó: "Si no vuelvo a Dewas como Señor absoluto, mis enemigos envenenarán a mis hijos o me envenenarán a mí mismo. Sin duda lo harán."

En aquel momento anunciaron que el té estaba servido, y los dos subieron al piso superior.

En una habitación grande de arriba encontré a toda su familia. La habitación estaba llena de chiquillería, la mayoría muchachas de todas las estaturas, pero había también tres muchachos y dos nietecitos. La Maharaní[88] también estaba, naturalmente, y se sentó a mi lado para el té. Pero la que causaba más admiración era Prabhavati[89], aquella de quien te prendaste el año pasado. Vestía un hermoso sari de color burdeos y tenían el porte de una reina. Hablaba con un tono tal vez un poquito demasiado aseverativo para la estricta

costumbre hindú, pero eso era así, tal vez, porque a mí me consideraba como un miembro de la familia y no como alguien con quien debiera usar de cumplidos. “Hemos aprendido muchas lecciones, aquí”, dijo, casi desafiante. “¿Cuáles?”, pregunté. “Dulces son las experiencias de la adversidad”, respondió. “¿Qué experiencia?”, insistí. “Nuestros gansos son cisnes y nuestros cisnes, gansos”. Una alusión a los muchos que les habían abandonado. Al principio no tenían criados y los hijos tenían que hacer todo el servicio.

Después del té, los niños se agruparon en torno a él, rebosantes de afecto. El chico mayor —“un diablillo listo y resuelto, y muy guapo también”— trepó a su silla y apartó a los demás. La conversación pasó a girar en torno a la economía. El Maharajá necesitaba dinero urgentemente. Había estado vendiendo alhajas, pero los franceses estaban ojo avizor contra el contrabando. ¿Podía prestarle alguien un par de miles de libras? Si el Gobierno de la India no quería “volverse atrás”, estaba decidido a irse a Francia o al Japón; tenía “medios para eso”, dijo misteriosamente. Pero no se atrevía a volver a entrar en la India británica, por miedo de que restringieran su libertad. Vino a continuación una cena familiar —una agradable comida— y luego la triste despedida. Bai Saheba lloró y lloró e imploró que la libertaran de Pondicherry: ella y todos los niños la odiaban. El Maharajá también lloró, y Malcolm cambió unas últimas palabras con él y le suplicó que hiciera alguna concesión, por pequeña que hiera, que pudiera ser trasladada al Virrey en Delhi y sirviera como base para una discusión. “Me lo pensaré”, fue la inútil respuesta.

Al llegar a la estación de ferrocarril, Malcolm miró su libreta de ahorros y envió un cheque por el importe

que pudo permitirse; no obstante, cuando pensó en aquella atestada habitación del piso superior, le pareció como "enviarle un bollo a un elefante". A su vuelta a Delhi trató de ver a uno de los consejeros principales del Virrey, pero le denegaron la entrevista. Dos meses más tarde oyó rumores desalentadores. Según un informante de confianza, el retiro a Pondicherry había sido premeditado: se habían enviado allí, de antemano, objetos de valor; todo había ido a parar allí, hasta el más mínimo símbolo de la realeza, incluso se habían arrancado los arreos de plata de los castillos de los elefantes y se los habían llevado. Nuestros ruegos continuaron, pero no sirvieron de nada. Parecía empeñado en su propia destrucción. Tal vez se estaba destruyendo a sí mismo. En mayo de 1935 Malcolm recibió un gentil telegrama en que se aludía a "nuestros sutilmente anudados derechos a tu cariñosa solicitud". Luego la oscuridad se vuelve más densa, las deformaciones producto de la enfermedad y preludio de la extinción próxima se incrementan, y en diciembre de 1937 Bapu Sahib muere. Su cuerpo fue incinerado conforme a sus ritos ancestrales y sus cenizas fueron tragadas por el mar.

The Times de Londres publicó puntualmente una esquela de su defunción. Es un modelo de falta de generosidad y de afectada indignación, y la leí con rabia. Rabia que ha remitido porque, en definitiva, ¿qué otra cosa podía publicar *The Times*? Aquí estaba un Soberano indio que no había tenido éxito, que había administrado mal su Estado, contraído deudas y causado problemas al Gobierno de la India, y que no había sido franco, siquiera, cuando había sido instado a serlo por funcionarios británicos. "Descendía de una

antigua y renombrada dinastía, y en sus primeros años de gobierno dio algunas muestras de buen hacer, pero un carácter ingobernable y su falta de moderación le llevaron a un grave deterioro". Se traza el desarrollo de este deterioro: su matrimonio fracasado, la partida de la princesa de Kolhapur, su enemistad con la familia de ella, sus problemas con sus hijos, todo es descrito, no desde su punto de vista, sino desde el punto de vista de sus enemigos. Se hace mofa de su llamamiento a Ramsay MacDonald y de sus ayunos religiosos. No hay una sola alusión a que era adorable, brillante, ingenioso y encantador, y (lo que es aún más irritante) ni una sola, tampoco, a que era complejo. Pasará a la historia como un fracasado. Ésa es realmente la clase de cosas que pasan a la historia.

No estoy interesado en rehabilitar su memoria y todavía menos en presentarlo como digno de lástima. Los hombres siempre han malinterpretado el pasado y siempre lo malinterpretarán; el pasado debe dejarse a sus propios muertos, que sabían que estaba vivo. Pero lo ofrezco como objeto de estudio. Desde el principio hasta el fin, desde los días en que actuaba bien y era mimado oficialmente, hasta los días en que actuó mal y fue castigado, nunca fue simple, nunca corriente, nunca sordo a los dictados que la mayoría de nosotros apenas escuchamos. Lo más profundo en él era su religión. Debería ser estudiado, no por el psicólogo ni por el mitólogo, sino por la persona que haya experimentado inspiraciones semejantes. Él penetró en regiones inexploradas y siempre esperaba que otros le siguieran allí. Nunca fue exclusivista, a pesar de sus interminables *pujahs*. Para traer al recuerdo la conversación que tuvimos hace cuarenta años en una

habitación superior en Delhi, él tenía la esperanza de que todos seríamos llamados a la atención de Dios.

Una de las cosas incomprensibles acerca de los muertos es que es imposible pensar en ellos de un modo imparcial. Todos ellos desaparecen y son olvidados, todos ellos se sumen en el silencio, y no obstante no podemos evitar el asignar a alguno de ellos una melodía. La mayoría de aquellos a quienes he conocido no han dejado tras de sí sonido alguno; no puedo evocarlos aunque quisiera. Él tiene la rara cualidad de evocarse solo, y no creo que lo esté haciendo por última vez.

Dig febrero 2016

NOTAS

[1] El autor juega aquí con las diversas acepciones de esta palabra, que en inglés, aparte de los sentidos de “desenlace desgraciado de un poema dramático” y de “suceso desgraciado”, tiene también el sentido de “final desgraciado” de una vida o una situación real. (N. del T.)

[2] Emily Eden (1797-1869), hermana del Segundo Barón de Auckland, al que acompañó a la India cuando éste pasó a ser su Gobernador General. Llevaba un diario y posteriormente publicó tres volúmenes sobre aquel país y sus experiencias en él: *Portraits of the People and Princes of India* (1844), *Up the Country* (1866) y *Letters from India* (1872), al último de los cuales se refiere aquí Forster (N. del T.)

[3] “Knight Commander of the Order of the Indian Empire”, Comendador de la Orden del Imperio de la India. (N. del T.)

[4] Su criado, como averiguamos más tarde. En Paisaje a la India, Forster presta este nombre al criado de Ronny Heaslop. (N. del T.)

[5] El rey Jorge V y su esposa María. (N. del T.)

[6] Palabra hindú de origen persa, que en la India británica tenía los significados de a) sala de recepción; b) corte de un príncipe; c) recepción formal de príncipes a cargo del Gobernador General, y d) gobierno de un estado indígena. (N. del T.)

[7] Se refiere a las óperas bufas compuestas entre

1871-1896 por Sir William S. Gilbert (los libretos) y Sir Arthur Sullivan (la música). (N. del T.)

[8] Traducimos así la palabra inglesa "Senior", y por "Secundaria" la palabra "Junior", excepto cuando forma parte del propio nombre del estado (ej.: Dewas Senior), por entender que aquí se trata, prácticamente, de un topónimo. (N. del T.)

[9] Esta palabra, propiamente, designaba en la India a un jefe indígena o un jefe militar. (N. del T.)

[10] Waghalkar Sahib. Volví a encontrarle y a simpatizar con él años más tarde.

[11] En realidad, se trata de Jodhpurs, un tipo de pantalones que toma su nombre, precisamente, de la ciudad india de Jodhpur, Rajputana. (N. del T.)

[12] Palabra hindú de origen portugués, que tiene, como puede suponerse, el mismo significado que en español, además del de "doncella de una dama". (N. del T.)

[13] Palabra de origen persa que significa "velo". En la India, cortina o biombo para ocultar a las mujeres de la vista de los extraños, y por extensión este sistema mismo de ocultación de las mujeres. (N. del T.)

[14] Traducimos así "Agent to the Governor General". (N. del T.)

[15] Traducimos así el título de "Political Agent", funcionario cuyas funciones consistían en tratar con los príncipes de los estados indígenas en calidad de consejero. (N. del T.)

[16] Nombre de una revista inglesa de la época. (N. del T.)

[17] Nombre de una de las formas que adopta el aspecto femenino de la Divinidad, conocido éste como

devi o *shakti*. (N. del T.)

[18] Palabra de origen árabe. En hindú significa "honor", "buena fama", "reputación". (N. del T.)

[19] Vocablo anglo-indio que designa a un vehículo liviano de dos ruedas, normalmente para cuatro personas, tirado por jacas o bueyes. (N. del T.)

[20] Palabra de origen sánscrito, que en el Hinduismo designa cualquier acto de adoración de una deidad delante de una imagen de la misma; y también, en sentido lato, una celebración religiosa. (N. del T.)

[21] Los montes Vindhya, cadena de montañas que separa la cuenca del Ganges del Decán. (N. del T.)

[22] Se sobrentiende el Gobierno *británico* de la India. (N. del T.)

[23] Se refiere a Hanuman, a quien encontramos, particularmente, en el *Ramayana*, donde se constituye en eficaz aliado de Rama. (N. del T.)

[24] Título de una soberanía hereditaria de la nación *maratha*. (N. del T.)

[25] La denominación oficial, en inglés, era "Central India Agency". (N. del T.)

[26] Palabra de origen persa, que en la India equivalía a "harén" o "serrallo". (N. del T.)

[27] Ver nota 3 del Prefacio. (N. del T.)

[28] Indian Civil Service, más o menos Cuerpo de Funcionarios del Estado en la India. (N. del T.)

[29] Aunque la relación personal de Darling con Dewas fue continua, la mayor parte de su carrera se desarrolló en el Punjab. Tres de sus obras, *The Punjab Peasant, Wisdom and Waste* y *Rusticus Loquitur*, tratan de la vida rural en esa región. Su última y tal vez más fascinante obra, *At Freedom's Gate*, describe un viaje

desde Peshawar hasta el Nerbudda, después de la retirada británica.

[30] Carruaje liviano de dos ruedas altas, con dos asientos unidos por el respaldo. La palabra parece una deformación de "tándem". (N. del T.)

[31] I *Cor*. X, 12. (N. del T.)

[32] Un *kshatriya* es un miembro de la segunda casta, la de los guerreros, que encarna el poder administrativo, el cual comporta a la vez las atribuciones judiciales y militares. Los *kshatriyas* son los encargados de defender el derecho, en su sentido más amplio; así, la función regia está vinculada esencialmente a esta casta, de la que constituye la cima. En el orden normal, esta casta debe supeditarse a la superior, la de los brahmanes, pero históricamente muchas veces los *kshatriyas* han tratado de invertir esta supremacía o eludirla, como vemos en el caso del soberano de Dewas Senior. Los rajput, precisamente, son uno de los últimos y más representativos ejemplos de casta *kshatriya*. El cordón sagrado es aquel que los miembros de las tres castas superiores reciben en la ceremonia de iniciación que consagra su entrada en una de ellas. (N. del T.)

[33] Véase Chirol, *Iridian Unrest.*

[34] Palabra de origen persa que significa “cacería”. (N. del T.)

[35] Título de respeto aplicado a la mujer blanca europea en la India colonial. Es un término híbrido: del inglés *ma'am (madam*) y el hindi *sahib. (*N. del T.)

[36] Aquí hay un juego de palabras, en el original, que sólo hemos podido recoger ligeramente. (N. del T.)

[37] Aquí hemos intentado recoger, también, la

asonancia del original: "holy or homely". (N. del T.)

[38] Se refiere a la forma que tiene la cima de esta colina. (N. del T.)

[39] Chamunda es uno de los nombres de Durga, y éste es, a su vez, el de uno de los aspectos terribles de Devi. Véase nota 13 del Capítulo primero. (N. del T.)

[40] "Peninsular & Oriental", nombre de una compañía de vapores. (N. del T.)

[41] Syed Ross Masood, a quien Forster dedicó su *Pasaje a la India* y al que nos presenta en el capítulo siguiente. (N. del T.)

[42] Se refiere a una oficina de la Agencia de Viajes Thomas Cook. (N. del T.)

[43] Ciudad situada a 13 millas de Indore, donde había un puesto militar británico. (N. del T.)

[44] Todas mis cartas subsiguientes llevan esta dirección, salvo indicación en otro sentido.

[45] Una fiesta popular en honor de Krishna, de tipo licencioso, que se celebra en primavera. (N. del T.)

[46] No hemos podido identificar este instrumento por el nombre que le da Forster. (N. del T.)

[47] Aquí hace el autor un juego de palabras intraducible, pues la palabra que debemos traducir por "toallero" significa, literalmente, "caballo (en realidad diríamos "caballete") para toallas". (N. del T.)

[48] El día de los Inocentes se celebra en los países anglosajones el 1 de abril. (N. del T.)

[49] Este suceso le sirvió de base a Forster para un episodio de *Pasaje a la India*. Véase p. 176 de la traducción española. (N. del T.)

[50] Una de las siete ciudades santas de la India, que atrae anualmente a millares de peregrinos, en

particular durante la celebración, cada doce años, del "Kumbhamela", una de las fiestas religiosas más importantes de la India, cuando estas peregrinaciones toman unas dimensiones extraordinarias. El año que Forster estuvo en Dewas (1921) coincidía con una de esas celebraciones. (N. del T.)

[51] Ascetas hindúes. (N. del T.)

[52] Palabra de origen persa que designaba en la India, y especialmente en las provincias *marathas*, una concesión de las rentas públicas de una provincia a la persona con autoridad para recaudarla y para administrarla; y también la provincia así asignada, las rentas de la misma, o la tenencia de esa concesión. (N. del T.)

[53] Esto es, mi manifiesto sobre la cuestión de una “Sociedad Literaria de Dewas”.

[54] El aguadero. (N. del T.)

[55] Forster juega aquí con el nombre de la planta de agua potable, que es el de uno de los avatares de Vishnú. (N. del T.)

[56] Nombre de la vía religiosa del amor, en el hinduismo, que es la propia de los kshatriyas y que comporta la devoción incondicional a una divinidad personal. (N. del T.)

[57] Traducimos así aproximativamente, y en cuanto a sus funciones, lo que en el Gobierno británico de la India se conocía como “Political Department”. (N. del T.)

[58] Típica alfombra india de algodón. (N. del T.)

[59] Tal es, conjeturamos, el sentido de la expresión "goldified" que usa Forster. (N. del T.)

[60] Palabra árabe que se emplea en África para designar una estacada o empalizada provisional,

hecha para proteger pueblos, campamentos, *etc.* (N. del T.)

[61] Famosa soprano austríaca de la época. (N. del T.)

[62] Forster se refiere, sin duda, a la mala situación económica por la que se atravesaba en aquellos años de posguerra (N. del T.)

[63] Este suceso sirvió también para inspirar a Forster un episodio de *Pasaje a la India*. Véase pp. 112 y ss., y 124 de la traducción española. (N. del T.)

[64] Palabra persa que significa “perfume”. (N. del T.)

[65] Literalmente significa “hoja de betel”, pero habitualmente designa al masticatorio que se prepara con nuez de areca y corteza de lima envuelto en hojas de betel. Corresponde a lo que en español se conoce como “buyo”, palabra de origen tagalo. (N. del T.)

[66] Lo mismo que *attar*, pero en la forma árabe original. (N. del T.)

[67] El partido que abogaba por un gobierno autónomo de la India. (N. del T.)

[68] Forster se ha referido antes, ya, a la imagen de Krishna como un "muñeco" (*dolí*); ahora usa esta palabra en diminutivo y le da tratamiento de nombre propio (Dolly). (N. del T.)

[69] Término anglo-indio que designa a un tipo de bandoleros. (N. del T.).

[70] Nuestro gato.

[71] Prenda de atuendo masculino, que no es más que un largo taparrabos que se enrolla alrededor del cuerpo, para pasar luego el extremo libre entre las piernas y remeterlo en la cintura. Se lleva holgado. (N. del T.).

[72] Palabra que en hindi designa un almohadón para un trono, y por extensión al trono mismo. Aquí, no obstante, posee unas características particulares. Forster lo mencionó ya en sus cartas de 1912-13. (N. del T.)

[73] Así literalmente en el original (*petticoats*). Probablemente un modo irónico de referirse a alguna prenda de atuendo indio, tal vez un *dhoti*. (N. del T.)

[74] Otro Ministerio de Obras Públicas.

[75] Aquí hay un juego de palabras entre "cerdo" (*pig*) y el nombre que se daba en inglés a un tipo de cacería en que se cazaban jabalíes a caballo y con venablos (*pig-sticking*). (N. del T.)

[76] Juego de palabras propiciado por el doble sentido de la palabra "hole" en inglés: "hoyo" y "aprieto". (N. del T.)

[77] Traducimos literalmente el nombre de esta planta en inglés (*holy Basil*) por no haber encontrado evidencia de que tenga un apelativo propio en español. En la India se la conoce como *Tulsi* y está consagrada a Krishna. (N. del T.)

[78] Hemos intentado reproducir aquí el juego de palabras del autor con la palabra "cope": "luchar" y, también, "enfrentarse con" (una situación, etc.) (N. del T.)

[79] Nombre que recibe por antonomasia, en los países anglosajones, la famosa insurrección de los cipayos de 1857. (N. del T.)

[80] Tener buenas relaciones con alguien, en francés. (N. del T.)

[81] Más tarde (el primer) sir Akbar Hydari. El y su esposa fueron sumamente amables conmigo y con mi madre. Me hospedé en casa de su hijo, el segundo

sir Akbar, en mi última visita a la India, en 1945.

[82] Más tarde sir Reginald Glancy. Su hermano, Sir Bertrand Glancy, estuvo relacionado con los asuntos de Dewas en fecha posterior, y adoptó hacia ellos una actitud muy distinta.

[83] En la actualidad Madame van Biervüet.

[84] Un *lakh* = 7.500 libras esterlinas.

[85] Aquí este término significa “administrador jefe”. (N. del T.)

[86] El símbolo bajo el que se venera principalmente a Shiva. Representa esquemáticamente un falo. (N. del T.)

[87] "Aminorar" (la velocidad), en francés. (N. del T.)

[88] Bai Saheba ostentaba ya entonces este título.

[89] En la actualidad es una docta especialista en estudios védicos y se dedica activamente a la política. En las elecciones parlamentarias de diciembre de 1951 se presentó candidata por la región de Dewas.